

¿Por qué
tenías
que ser
TÚ?

Raquel García



¿POR QUÉ TENÍAS QUE SER TÚ?

Raquel García

Obra registrada.

Capítulo 1

Siempre había creído que la vida era mucho más fácil, más simple. Tal vez a mis veintiséis años aún creía que tenía toda la vida por delante, aún tenía muchas experiencias que disfrutar, mucho más mundo que recorrer. Mi vida hasta aquel momento había sido sencillamente perfecta. Unos estudios de filosofía en algún punto olvidados con la ambigua promesa de terminarlos en algún momento; un trabajo difícilmente estable en un sencillo pero productivo restaurante de comida rápida al que no prestaba la suficiente atención, una vida cómoda en casa de mis padres y una hermana diez años mayor que había heredado toda la ambición de la familia. Abogada, felizmente casada y con dos hijos. No había necesidad de explicar quien era el orgullo de la casa y para ser honesta, adoraba a mi hermana.

Sally era perfecta, tenía ese algo especial con el que conseguía que todo el mundo la adorase, que hacía que los problemas parecieran un poco más ligeros y en quien buscaba refugio cada vez que me encontraba perdida. Sally no sólo era mi hermana, era mi amiga y no teníamos secretos entre nosotras.

La muerte no entraba en mi diccionario, no era una palabra que usara habitualmente en mi vocabulario.

El accidente ocurrió de camino a casa tras una de las funciones de ballet de Margaret. Yo me encontraba en Irlanda, disfrutando de uno de los numerosos pubs con el grupo de amigos que había organizado el viaje. Con el móvil silenciado y varias copas de más, no me enteré hasta el día siguiente.

Mientras mi cerebro trataba de asimilar la noticia, estrujando con fuerza el móvil en la mano y apoyada en la pared del hostel a punto de colapsar y caer al suelo, escuché hablar sobre un conductor borracho y mala suerte. Intenté relacionar ambas cosas, posiblemente negándome a escuchar el resto de la noticia, sintiendo como las lagrimas me abrasaban la cara y finalmente me derrumbaba, cayendo al suelo y tirando el teléfono a un lado, recibiendo directamente la etapa de negación.

Mis padres, mi hermana y mi cuñado habían muerto.

No había tenido mucho tiempo para negarlo. No había nadie más que pudiera identificar los cuerpos, preparar los entierros y encargarse de los dos niños que milagrosamente habían sobrevivido pero que tardarían unos días en salir del hospital. Ni siquiera, una vez finalizó el entierro tuve tiempo de dedicarme a llorar una vez más mi pérdida, sumergirme en el dolor desgarrador que parecía estrujar mi pecho y convertirlo en un agujero negro. Sin ninguna familia más, Eric y Margaret, los niños de trece y diez años de mi hermana, tenían las dos únicas opciones de pasar directamente a mi custodia o a una trabajadora social que se encargaría de buscarles una casa de acogida tal y como me explicaron en el hospital.

No dudé, por supuesto. Ellos no sólo eran la única familia que me quedaba, sino que eran parte de mi hermana, parte de mi misma y siempre los había querido, pero era mucho más fácil ser tía que madre y vivir con dos niños que habían perdido a sus padres y sus vidas de la noche a la mañana no era sencillo, ni siquiera después de ocho meses, cuando intentaba con todas mis fuera seguir adelante y que esa nueva vida funcionase para los tres.

—¡Eric! —me recogí rápidamente el pelo a medio peinar en un moño alto, atándolo con un viejo pasador que había encontrado en el desastroso armario del cuarto de baño de la segunda planta—. ¡Eric!

Abrí la puerta de la habitación, ignorando una vez más el enorme póster que casi cubría toda la superficie con la única intención de dejar bien claro que no quería que nadie entrara sin su permiso y me acerqué a la cama, moviendo el edredón hacia abajo, soltando una maldición y salí a toda prisa cerrando la puerta a mi espalda de un portazo.

—¡Eric! —grité asomándome a la cocina y dando un traspies con la enorme mochila de gimnasia de Margaret—. ¡Joder! —Me agarré a la encimera con las dos manos, apretando los

dientes y miré a la niña de ojos azules que masticaba sus cereales sin dejar de mirarme—. Maggy, te he dicho cientos de veces que no dejes las cosas tiradas por el medio.

—No está en el medio, tía Dave —dijo la niña llenando otra cuchara con los cereales mojados en el enorme tazón de leche—. Está a un lado.

—Como sea —gruñí, haciendo una mueca al comprobar que no había café hecho—. ¿Dónde está tu hermano?

Me acerqué a la mesa y y agarré una magdalena, mirando como la niña se encogía de hombros, sin dejar de desayunar.

—Ni idea, ¿Cómo quieres que yo lo sepa?

—Suficiente —Cerré los ojos con la misma fuerza que estrujé la magdalena en la mano, deshaciéndola—. Coge tus cosas. Vamos a ir a buscar a tu hermano antes de que te deje en el colegio.

—¿Qué? —protestó Margaret indignada, tirando la cuchara sobre el tazón y salpicando varios de los cereales sobre el mantel de amapolas con fondo negro—. No quiero que mis amigas me vean con los amigos de Eric.

—Es tu hermano. Coge tus cosas.

—No es justo, tía Dave —echó ruidosamente la silla hacia atrás—. Estás mancillando mi reputación.

Estuve a punto de atragantarme.

—¿Mancillar? ¿De dónde sacas esa palabra?

—¡Lo leí en uno de los libros que tienes en tu habitación!

—¿Qué...? —Parpadeé sorprendida— ¡Lee libros Indicados para tu edad!

Salí al pasillo para ver como la niña subía las escaleras tranquilamente y se giraba hacia su

habitación.

—¡No seas tan ñoña, tía Dave!

—¿Pero qué demonios...?

—No digas palabrotas, tía.

Respiré con fuerza y miré la pared de azulejos blancos frente a los muebles de la cocina con una necesidad enfermiza por golpear la cabeza contra ella.

Me sentía desesperada.

No sólo no servía como madre, sino que me estaba resultando prácticamente imposible criar y cuidar a los niños de mi hermana yo sola, mantener un trabajo que hacía aguas y pagar todos los gastos de la casa que había heredado de mis padres y hacer frente a las deudas que tenía la casa hipotecada, algo que me había pillado completamente por sorpresa. Tampoco había ayudado mucho tener que abandonar la casa que mi hermana y cuñado habían comprado. Haciendo cálculos y siendo realista, me resultaba imposible hacerme cargo de los problemas económicos que significaban las dos casas, una con una hipoteca y la otra aún pendiente de pago casi por completo. Eric nunca me lo había perdonado y que tuvieran que mudarse no había hecho que nuestra relación mejorase, ni siquiera aunque tuviera que conducir durante media hora todas las mañanas para llevarlos a su colegio sin obligarles a cambiar a uno más cercano de la zona. Sabía que desde hacía un tiempo Eric había empezado a relacionarse con unos amigos de dudosa reputación, chicos con problemas y bastante conflictivos pero no había visto nada extraño en él. No fumaba, llegaba puntual a casa y sus notas seguían estables. Lo había dejado pasar.

Hasta ahora.

Desde hacía unas semanas Eric casi no hablaba en casa y cuando lo hacía era para gritar y pedir que lo dejara en paz. Prácticamente no aparecía por casa y no asistía al instituto y le había encontrado un paquete de cigarrillos en la mochila sin hablar de las constantes llamadas del colegio. Las discusiones con el niño habían sido el pan de cada día y no veía que la situación fuera a mejorar, ni siquiera sabía qué hacer para solucionarlo y, aunque antes tenía cientos de amigos que aparecían nada más chasqueaba los dedos, ahora me sentía muy sola. Mis amigos habían ido desapareciendo gradualmente en cuanto comprendieron que no volvería a llevar la vida

de antes, que se acabaron las fiestas, los viajes, el despilfarro y, por supuesto, la Dave siempre divertida y dispuesta a pasarlo bien. No tenía a nadie con quien hablar e, incluso, llevaba un mes sin ver a Matt, mi novio, a quien para poder oír su voz al menos, tenía que ser siempre yo quien lo llamase y las tres o cuatro veces que nos habíamos visto después de la muerte de mi familia, había sido yo quien le había llamado e insistido para vernos.

Sabía lo que significaba pero no tenía muy claro de como debía sentirme porque no me importara demasiado dejarlo ir. ¿Tan voluble habían sido mis sentimientos hacia él? Era obvio que habían sido tan frágiles como los que Matt había sentido por mí cuando se dio cuenta que ahora acarrearía con el pack de una mujer con niños incluidos, pero era desgarrador no tener un hombro donde llorar, una persona al lado que dijera una cálida palabra de ánimo o alguien que pudiera aconsejarme al menos con la situación de Eric. Ni siquiera había tenido tiempo aún de sentarme sola y llorar a mis padres, a mi hermana... de darme cuenta lo mucho que los echaba de menos.

Cerré los ojos angustiada, negándome a caer en el desanimo o la desesperación. No tenía tiempo para eso.

—¡Maggy, coge rápido la mochila que va en serio que primero pasamos a por tu hermano!

—Te haces vieja, tía Dave.

—Marchando —casi gruñí con la mandíbula tensa, abriendo la puerta de entrada y la sostuve para que pasara la niña que caminó forzada hasta el coche y esperó a que yo abriera la puerta para sentarse a mi lado.

Conduje más rápido del acostumbrado, pisando el acelerador hacia la zona de unos almacenes abandonados a poca distancia de donde se encontraba el instituto. No podía permitirme llegar tarde al trabajo. Me había costado que me dieran el puesto de cajera que ofrecían en un supermercado por falta de experiencia y aunque no era el trabajo de mi vida, me veía en ese puesto para el resto de mi existencia, incapaz de retomar en ese momento los estudios y lamentando no haber terminado la universidad a su debido tiempo. En realidad me arrepentía de tantas cosas...

Dejé el coche mal aparcado fuera de la valla destrozada que limitaba la entrada a los almacenes y me giré un momento hacia Margaret con una ceja levantada.

—Ni se te ocurra moverte de aquí.

—¿A dónde quieres que vaya?

Margaret sacudió la cabeza sin apartar la mirada del móvil y antes de salir del coche me aseguré de que el teléfono de Eric siguiera apagado, después, maldiciendo, abrí el coche y me encaminé hacia el agujero en la valla oxidada y sucia que sabía usaban Eric y sus amigos para meterse allí y caminé por el silencioso y lúgubre lugar con un nudo en el estómago, asomándome en todos los lugares que podía entrar y alejándome rápidamente de aquellos que se encontraban ocupados por indigentes o drogadictos, todos mirándome con curiosidad. Cuando finalmente encontré al grupo con el que había visto a Eric en ocasiones, me crucé de brazos y me planté frente a ellos con la cabeza erguida.

—¿Dónde está Eric?

Los chicos me miraron de arriba abajo desagradablemente, dándose codazos y riéndose. Varios estaba fumando y sólo me observaron indiferentes, sin preocuparles mi presencia.

—¿Y cómo coño lo vamos a saber nosotros?

Hubo unas risotadas y yo respiré hondo, ruidosamente, bastante harta y contuve las ganas de mirar la hora. Iba a llegar tarde por culpa de unos niños, unos bastante problemáticos, por cierto. Desvié de reojo la mirada hacia una navaja que había cerca de la mano de uno de los que se encontraban sentados en un sofá improvisado con varios palets amontonados.

—No ha dormido en casa....

—El niño se hace mayor —rieron algunos, mirándose entre ellos con más sonrisitas cómplices, interrumpiéndome y dejándome claro que ellos sabían algo que no pensaban contarme.

Cerré un segundo los ojos con fuerza.

—Y estoy preocupada —seguí, ignorando las risas y los comentarios ofensivos.

—Mira, vieja —uno de ellos, con el pelo casi rapado y una camiseta de marca de color

amarillo, tiró lo que le quedaba del cigarrillo y lo pisó con la zapatilla antes de acercarse a mí, encarándome, casi pegando su rostro al mío—. Te hemos dicho que no sabemos donde está, así que, ¿por qué no te piras y nos dejas en paz? Estamos siendo amables, ¿sabes?

Lo miré, sosteniendo su mirada desafiante con la impresión de tener más entereza de la que realmente sentía. Al final, dejándome llevar por la prudencia y convencida de que Eric no se encontraba allí y que no conseguiría nada de aquellos chicos, di un paso hacia atrás.

—Si lo veis decidle que vuelva a casa y me llame o tendré que llamar a la policía.

Más risas.

—Sí, mamá.

Me di la vuelta y me apresuré a salir del almacén, casi echando a correr hacia la valla, agarrándome un instante a ella antes de agacharme para pasar por la abertura y entré en el coche, sentándome un segundo frente al volante con la mirada pérdida en la calle solitaria de enfrente. Margaret me miró con curiosidad.

—¿No estaba?

Giré la llave y arranqué el motor.

—Voy a matar a tu hermano cuando lo encuentre.

Si no tenía que llamar a la policía antes de dar con él. La idea de que le hubiera pasado algo comenzó a rondar por mi cabeza y cuando llegué al trabajo después de dejar a Margaret en el colegio, la idea se había convertido en ansiedad.

—Llegas tarde —me avisó Emma, mi compañera, una chica de tres años más que yo y de un pelo rizado y oscuro como su piel. En realidad, podía decir que era mi única amiga ahora mismo.

—Lo siento, no encuentro a Eric.

—¿A tu sobrino? —Aquello la sorprendió—, ¿a qué te refieres?

—Se ha escapado a la noche y no sé donde está —me lamenté agobiada, cambiándome rápidamente la ropa y poniéndome el uniforme poco favorecedor de pantalones y chaqueta de color rojo y blanco.

—Está en la edad, ¿no? Aparecerá.

Sonreí sin ganas y la seguí fuera del vestuario camino de las cajas para sustituir a las dos compañeras que nos miraron enfadadas por los diez minutos tarde que habían tenido que apoyarnos. Emma estaba divorciada y tenía un niño de dos años con sus padres, donde vivía desde que el impresentable de su marido la hubiera abandonado. Necesitaba el trabajo y como yo, se sentía pérdida en muchas ocasiones.

—¿Has conseguido algo de tu marido? —pregunté en un momento que el supermercado estaba medio vacío y tuvimos un minuto de descanso.

—Todo lo que tenga que decir, que lo haga a mi abogado —masculló Emma irritada—. Ni siquiera le importa su hijo.

—¿No ha intentado verlo ni una vez desde que se fue?

—Ni una. Ya te digo yo lo que le voy a hacer el día que se plante en casa exigiendo sus derechos como padre.

Hice una mueca y abrí la boca para decir algo pero una llamada desde dirección por megafonía, requiriendo que me presentara en el despacho hizo que me diera un vuelco al corazón. Miré a Emma preocupada.

—¿Y si es para despedirme?

—No creo. Nos cubrieron. Creo que nadie se enteró y últimamente no ha habido problemas.

Emma me miró con aprensión y me di prisa en ir a dirección, llamando despacio al despacho, asomándome tímidamente cuando me dijeron que pasara. Notaba los fuertes latidos del corazón resonando en la cabeza. Si me despedían ni siquiera sabía que iba a hacer. Conseguir ese trabajo había sido muy complicado y no podía permitirme perderlo. No ahora. Cerré los ojos agobiada y cerré la puerta a mi espalda.

—¿Me ha llamado?

Me giré para mirar el austero rostro del encargado. Un hombre de unos cuarenta años, bastante corpulento y bajo que no trataba de disimular la cada vez mayor calvicie que adornaba su brillante cabeza.

—Tienes una llamada —parpadeé sin comprender, mirando el teléfono fijo que había a un lado de la mesa donde estaba sentado el señor Farrel.

—¿Perdón?

—Es la policía —explicó él moviendo una mano con efusividad para que me apresurara a coger el teléfono—. Dijeron que necesitaban hablar contigo.

—¿Conmigo? —murmuré dando unos pasos hacia delante sin apartar la mirada del teléfono al borde de la hiperventilación. Sólo había recibido una llamada de la policía en mi vida y había sido para decirme que había perdido en un accidente de coche a la mayor parte de mi familia. Pensar en Eric sólo hizo que un sudor frío me recorriera toda la espalda y cuando cogí el teléfono mi mano temblaba violentamente—. ¿Sí, diga?

Eric seguía vivo.

—¿Es usted la tía de Eric Codd?

—¿Qué? Sí, soy yo... ¿Dónde está Eric? —pregunté notando la nota histórica en la voz.

—No se preocupe, señorita Elliot, su sobrino se encuentra bien pero ahora mismo lo tenemos retenido en comisaría junto a dos de sus amigos.

La sangre me volvió de golpe a la cabeza.

—¿Qué...? ¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

Apoyé una mano en la mesa del señor Farrel para sostenerme, escuchando como Eric se había metido ilegalmente en la casa de un hombre por la noche y había intentado robarle junto a dos de

sus amigos, algo que no había ocurrido por la alta seguridad que disponía el propietario y los había detenido, llamando a la policía para que se hiciera cargo de la situación.

—El problema, señorita Elliot es que el señor Shalder, el propietario ha presentado una denuncia, no sólo por el allanamiento e intento de hurto, sino porque en el intento de huida han roto algo de valor. El señor Shalder está dispuesto a retirar la denuncia y dejar las cosas como están si se le abona la cantidad íntegra de la pieza destruida. Los padres de los otros dos implicados están dispuestos a aceptar el acuerdo y dividir la cantidad a partes iguales...

Dejé de escuchar en algún momento de la conversación y cerré los ojos, apretando con más fuerza la mano en la mesa. Eso no podía estar pasando. No tenía dinero extra para estar malgastándolo en esas tonterías. Era tan obvio que cuando pillara a Eric lo iba a estrangular con mis propias manos. Suspiré resignada, aceptando que ese mes tampoco podría arreglar la valla del patio y posiblemente Margaret tendría que pasar un par de meses sin sus zapatillas de baile... Iba a ser un problema decírselo.

Abrí los ojos despacio, suspirando.

—¿Y de cuanto dinero estamos hablando?

—Diez mil dolares, señorita Elliot.

Capítulo 2

—¡No vas a volver a salir de casa en tu vida!

Cerré la puerta de la habitación de Eric con un portazo, mirando la pared abstraída por unos segundos, después comencé a gritar hasta que escuché a Eric al otro lado de la puerta.

—¡Estás loca!

—¿Loca? ¿De dónde demonios crees que voy a sacar diez mil dolares? ¿Por qué no me lo dices tú ya que eres tan listo? Niñato...

—Estúpida —soltó Eric desde el otro lado de la puerta, escuchando como daba una patada a

algo, posiblemente al armario—, ¡y déjame en paz!

—¡Más te vale que no rompas nada más!

—¡Qué me dejes en paz!

Volví a gritar, histérica y bajé las escaleras aún más furiosa, mirando a mi alrededor como si pudiese encontrar de esa forma una manera de solucionar el problema en el que me encontraba.

—Diez mil...

No tenía forma de pagarlo ni en dos vidas. Me arrastré hasta el salón y me dejé caer en el sofá, agotada. Al menos había salido antes del trabajo y por una vez el señor Farrel me había pedido que me lo tomara con calma y no volviera al trabajo en todo el día, que solucionara el problema que tenía. Se lo había agradecido y había echado a correr a comisaria donde había tenido nada más entrar la pelea del siglo con Eric que en vez de arrepentido se mostraba altanero y desafiante. El policía encargado del caso había intentado moderar la situación pero ninguno de los dos habíamos cedido y al final la pelea había continuado en el coche.

—Diez mil... —repetí amargada.

No tenía ahorros, no había dinero en herencia, sólo una casa hipotecada y unos muebles antiguos que nadie querría ni aunque intentara venderlos. Empezaba a ver la posibilidad de vender mis órganos como una posibilidad... hasta que mi racionalidad me plantaba cara, por supuesto. Todo tenía que tener una solución y si lo pensaba detenidamente aún me quedaba la alternativa de ir a hablar con ese señor, Jeyson Shalder, para que me permitiera pagar en pequeñas cuotas... muy pequeñas cuotas que posiblemente me llevaría toda la vida pagar... Cerré los ojos y me llevé una mano a la cara, agobiada, antes de mirar la hora y comprobar que no me quedaba mucho tiempo para ir a buscar a Margaret. Había estado horas en comisaria. Apoyé un instante la cabeza en el respaldo del sofá y me levanté, cansada, arrastrando los pies hasta buscar mi bolso y pasé los nombres de la agenda con un nudo en el estómago.

No tenía a nadie a quien recurrir, a nadie con quien hablar y mucho menos a nadie a quien pedir ayuda. Aún así, me detuve en el nombre de Matt y esperé a oír su voz al otro lado de la línea para intentar hablar de manera despreocupada.

—Ey —saludé.

—Cuanto tiempo, Dave, ¿cómo te va?

La pregunta me resultaba una mala broma.

—Bien —mentí.

Hubo un largo silencio.

—¿Y para qué me llamabas?

Su voz sonaba molesta, incómoda, con prisa por querer colgar y fue lo único que necesité para notar como todo lo que llevaba acumulando hasta ese día desde el accidente se me echaba encima y como no era capaz de controlar las lagrimas. Ni siquiera respondí. Corté la llamada, apretando el móvil en la mano, con los labios y la barbilla temblando aún conteniendo la humedad de mis ojos para no echarme a llorar, tal vez con la esperanza de que Matt me devolviera la llamada, que se interesara por lo que había ocurrido y por qué se había perdido la comunicación, pero ésta nunca llegó y sentí como el nudo en el estómago se hacía más y más grande y me costaba respirar, inclinándome hacia delante y posiblemente hubiera arrancado a llorar desconsolada, pérdida y sin encontrar una salida si no hubiera escuchado unos pasos cerca del salón y me llevé las manos a los ojos, frotándolos con fuerza antes de respirar hondo y girarme hacia la figura inmóvil y seria de Eric en la puerta, observándome en silencio. En sus ojos azules había un atisbo de culpabilidad y desvió los ojos antes de decir:

—Lo siento, tía Dave.

Cerré los ojos un segundo y me levanté, acercándome a él y lo abracé con fuerza, acariciando su lacio cabello rubio ceniza tan idéntico al de mi hermana, tan parecido al mío que era imposible no mirarlo y ver a mi hermana reflejada en él.

—Saldremos de esta —aseguré, aunque no sabía cómo lo íbamos a hacer—. Ya verás.

—Sólo quería demostrarles que no era un cobarde...

Hice una mueca.

—No eres un cobarde, Eric, pero nadie tiene que hacer nada para demostrar ni eso ni nada. Ni se te ocurra volver a pensar siquiera en robar.

—Lo prometo —murmuró el niño en voz baja.

No dudaba que había estado asustado. En algún punto, en algún momento pero debía aprender que las cosas no se hacían de esa manera.

—Vamos a buscar a Margaret, tiene baile y quiero que vallamos a un sitio.

—¿Tengo que ir? —protestó separándose de mí.

Enarqué una ceja, cruzándome de brazos.

—¿A ti qué te parece? —Eric puso mala cara pero accedió, echando a andar hacia la puerta de entrada mientras yo recogía el móvil y las llaves y me unía a él— Y, por supuesto que seguirás castigado sin salir hasta que hayas terminado la universidad.

—¿Qué? ¿Por qué? —gritó Eric de nuevo enfadado.

—Tal vez así me asegure que no se te ocurre ir entrando en las casas ajenas.

—¡Te he dicho que no lo volveré a hacer!

—Claro que no lo harás —Eric empezó a protestar de nuevo—. ¡Y ponte el cinturón!

Decidí que Margaret se saltara la clase de baile aquella tarde, demasiado concentrada en el problema que tenía ahora como para importarme un nuevo berrinche y unas lagrimas demasiado acostumbradas a salirse siempre con la suya, algo que seguramente siempre habían tenido efecto en Billy, mi cuñado y conduje directamente hacia la casa de Jeyson Shalder, a varios kilómetros a las afueras y estuve a punto de sufrir un infarto cuando Eric, muy de mala gana, me indicó la casa donde había intentado colarse esa misma noche.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué? —se defendió él.

No respondí.

Si Eric hubiera decidido entrar en una simple casa normal y corriente del vecindario seguramente no tendría que estar sufriendo ahora por un pago de diez mil dolares. Aquello era una mansión, una casa señorial de las que obviamente quedarían pocas por la zona, incluso destacaba en ese barrio exclusivo de la ciudad con su patio limitado por una valla cuidada y negra que dejaba verse un amplio jardín y un camino de piedra y grava que subía hasta una mansión de tres plantas. La fachada estaba pintada en blanco con enormes cristalerías y una puerta de madera custodiada por varias columnas.

—¿Qué? —mascullé irritada—. ¿No había otra casa?

—Es un conde —explicó Eric encogiéndose de hombros— y por lo visto está forrado.

—Un conde —bufé—, lo que me faltaba.

Abrí la puerta del coche y los mandé bajar, ignorando las protestas de Eric y los llantos de Margaret, indignada de tener que pagar ella por las gamberradas de su hermano y miré la enorme puerta de metal con un timbre a un lado con cierta ansiedad, arrepintiéndome de mis propias intenciones. Estaba tan claro que allí vivía un anciano amargado, posiblemente vanidoso, regodeándose en su fortuna y ahogándose en la soledad y su pasado, los recuerdos de sus antepasados en el viejo continente antes de terminar en América encerrado en una sobria y enorme casa con posiblemente media docena de gatos deambulando por una casa llena de piezas tan valiosas y ridículas como la que Eric y sus estúpidos amigos habían roto.

—Como sea —solté pegando el dedo en el timbre, varias veces hasta que escuché la voz de una mujer al otro lado.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Ah... —musité mirando a Eric que parecía muy tenso de pronto—, quería ver al señor Shalder.

—¿Tiene una cita?

¿Una cita? Enarqué una ceja.

—No... de hecho no, pero...

—Entonces el señor Shalder no podrá recibirla.

Bueno, aquello era el colmo. Rico, amargado y prepotente.

—Verá, necesito hablar con él por lo ocurrido esta noche. Eric... uno de los chicos que entró a la casa es mi sobrino. Si es tan amable de decirle que quiero hablar con él. Sólo será un momento... y es algo importante.

—Deme un segundo.

Escuché como se perdía la comunicación y volví a mirar a Eric. Cada vez estaba más nervioso.

—No has hecho algo más de lo que deba preocuparme, ¿verdad? —inquirí con los ojos entrecerrados.

—No —contestó él rápidamente con voz débil.

Entrecerré aún más los ojos pero no tuve ocasión de decir nada más. La puerta se abrió de improviso y tras dudar un segundo me aventuré a entrar, tirando de los dos niños para que me siguieran.

Eric se mostró especialmente callado y taciturno mientras que Margaret no dejó de protestar y detenerse, quejándose de la vida y de lo injusta que era con ella. Decidí ignorarlo todo. Cuando nos acercábamos a la casa, la puerta se abrió de improviso y una mujer se unos cincuenta años que posiblemente en su tiempo de juventud podía haber sido una modelo cotizada, incluso ahora sus facciones eran hermosas con el cabello rubio cayendo por debajo de los hombros perfectamente peinado, sin una hebra fuera de lugar, sus ojos castaños estaban perfilados y unos labios rojos se movían con una voz fría y tranquila.

—El señor Shalder ha decidido recibirla, señora...

—Señorita Elliot —corregí con una sonrisa que no me devolvió, desinflándome.

—Sígueme, señorita Elliot —dijo ella, girándose y caminando hacia la izquierda, esperando que la siguiera.

Lo hice de inmediato, mirando con curiosidad el interior de la casa, tanto como Margaret que había dejado de lloriquear y protestar y miraba a su alrededor fascinada. Eric se mantenía a mi lado, intimidado, haciendo que me preguntase como habían conseguido que entrara en esa casa a robar si no parecía estar muy acostumbrado a ese tipo de cosas.

El mobiliario era tan sobrio como había esperado. Tenía una decoración recargada, austera y decididamente millonaria con tonos dorados, ocres y metales pero piezas clásicas se entremezclaban con una decoración más moderna. Había estores y algunas estancias tenían colores más claros, incluso blancos.

—Ni se os ocurra tocar nada —les advertí en un tono de amenaza después de que se me pasara por la cabeza que esos dos pudieran agravar la situación. Prefería no pensar cuanto costaba el jarrón que adornaba la esquina que acababa de pasar, y seguí muy tiesa a la mujer que nos había abierto la puerta y que se movía ágilmente enfundada en un vestido estrecho de color negro que pasaba de las rodillas y sus altos zapatos de tacón fino. Incluso su silueta era envidiable, delgada pero bien formada en caderas y senos, algo muy diferente a mí que era un fideo. Siempre había sido delgada, alta y delgada, sin muchas curvas para seducir posiblemente y la mujer que tenía delante era el tipo reducido de prototipo capaz de desalentar a cualquier mujer normal que habitaba el planeta. Decidí no pensar demasiado en ello. No venía a competir en belleza, algo que mi pelo aún recogido en el moño de la mañana, mis viejos pantalones vaqueros y la sudadera gris bajo una cazadora verde y unas deportivas sucias no acentuaba precisamente mi atractivo, ni a conseguir marido, algo que comenzaba a creer que terminaría amargada y sola junto a ocho gatos, exactamente igual que el dueño de esa casa... pero sin la fortuna, claro. Ni la mansión, ni...

La mujer se detuvo bruscamente, siempre con esa elegancia tan irritante y abrió una puerta oscura, asomándose un segundo antes de abrirla completamente e invitarnos a pasar a un amplio despacho ovalado rodeado de grandes ventanales con cortinas blancas.

—El señor Shalder os está esperando.

—Gracias.

Entré con un nudo en la garganta, agarrando a Margaret del brazo y a Eric del gorro de la cazadora para impedir que se movieran de mi lado.

Caminé todo lo erguida posible hasta el fondo, escuchando una voz baja al fondo, al otro lado de la mesa de cristal, oculto por las cortinas del ventanal abierto y sólo cuando me detuve frente a la mesa y el portátil abierto, pude distinguir la alta silueta que, tras un instante, le escuché algo parecido a una despedida y retrocedió, cerrando el cristal y salió de entre las cortinas.

Contuve la respiración.

No era viejo y mucho menos feo. Su presencia era magnética, pura sensualidad. Era alto, de anchos hombros y facciones regias. Su cabello negro lo llevaba peinado hacia atrás y sus ojos igual de oscuros me miraban fríamente, sin analizarme pero tampoco con curiosidad, sólo una helada cordialidad. No se sentó en la silla de cuero al otro lado de la mesa, apoyó las yemas de los dedos en la mesa son dejar de mirarme, sólo desviando un instante la mirada hacia los dos niños a mi lado que estaban increíblemente quietos, muy pegados a mi costado.

—¿En qué puedo ayudarla?

Incluso su voz tenía una marcadísima nota seductora, algo ronca, como si pudiera acariciarme con ella y sentí un estremecimiento, obligándome a recordar que no estaba manteniendo los pies en el suelo y que necesitaba volver a la realidad. Bajé la mirada hacia la chaqueta negra de su traje, posiblemente a medida.

—Quería disculparme por lo ocurrido esta noche —murmuré reordenando mis pensamientos—. Queríamos —añadí dando un codazo a Eric que dio un bote a mi lado.

—Sí... perdón —dijo sin levantar la cabeza.

El hombre siguió mirándonos en silencio. Era inquietante el poder de su mirada. Me ponía nerviosa y me resultaba difícil tragar.

—Esto era completamente innecesario —dijo él de pronto sin variar la voz—. Ya hemos llegado a un acuerdo. Y espero que mantenga a su hijo lejos de mi casa.

Hice una mueca, de pronto molesta por el tono altivo y despectivo que usó para hablar y decir aquello.

—Me parecía correcto venir a disculparme y que el niño lo hiciera también —dije con aspereza, levantando una ceja—, siento haberle importunado —Malditos ricos de mente cuadrículada—, y no me niego a pagar la parte de lo que mi sobrino —recalqué la última palabra con una marcadísima nota de sarcasmo— haya roto, pero no dispongo de ese efectivo —no todos podíamos hacer que el dinero nos saliera de las orejas—, así que tendré que pagarle de otra manera, señor Shalder —solté a los niños y agarrando un trozo de pañuelo que tenía en el bolsillo de la cazadora, lo rasgué y con un bolígrafo que siempre guardaba en el bolso apunté rápidamente el número de mi móvil, luego lo lancé a su lado de la mesa, ignorando la manera que levantó una ceja contrariado, sin coger el papel—, vaya pensando la manera y luego me llama y me lo dice —agarré a los dos niños del brazo que me miraban como si me hubiera vuelto loca de pronto y tiré de ellos, saliendo del despacho sin que aquel hombre hubiera vuelto a abrir la boca ni cambiara su expresión contrariada y el rictus de los labios y, sin esperar a que la despampanante mujer que difícilmente la veía como un ama de llaves, nos escoltara hasta la puerta de entrada, me las apañé para moverme por la laberíntica planta baja hasta la salida sin prestar atención a los dos hombres con uniformes que salían en ese momento de algún punto del interior de la mansión y nos miraban sin demasiada curiosidad, como si no fuera algo atípico que hubiera visitas en esa casa —algo que no me extrañaba demasiado dado el atractivo de ese hombre— y empujé a Eric y Margaret por el camino de grava hasta la puerta metálica, abriéndola de un manotazo y sólo cuando me encontré caliente y segura sentada en la cabina del automóvil, incliné la cabeza para dar golpecitos al volante con mi frente, maldiciendo en voz baja.

—Me he vuelto loca —me lamenté.

Capítulo 3

—¿No has recibido ninguna llamada todavía?

Emma se quitó tranquilamente el pantalón del uniforme, dejándolo sobre el banco de madera que usábamos para sentarnos mientras nos cambiábamos y negué con la cabeza, guardando el uniforme que ya me había quitado en mi taquilla y cogí la cazadora con parsimonia.

—Seguramente tiró el papel según me fui —recordé la cara que había puesto aquel hombre, el rictus blanquecino de sus labios y la manera tan altiva con la que me observaba—, no, espera, seguramente le pediría a algún sirviente que lo hiciera.

Emma se echó a reír.

—¿De verdad era tan guapo?

—Sí, me sorprendió —admití con un suspiro. No sólo me había sorprendido; había quedado completamente fascinada—. Era joven, posiblemente unos treinta y cinco, no creo que llegaría a cuarenta años y joder, chica, es de esos hombres que sólo imaginas encontrar en una novela romántica de esas —Me eché a reír y Emma también lo hizo—, excepto por lo imbécil que era, claro, un tipejo rico y prepotente que se debe creer que puede comprar al mundo o algo así. Supongo que eso mata la burbuja de cuento de hadas en un instante.

—Ya, bueno —Emma silbó, poniéndose sus vaqueros—, ya sé que puedo encontrarme en la vida real y capullos los hay en todos lados. ¿Qué el tío ese es un capullo? Pues vale, dámelo, al menos es rico.

Puso los ojos en blanco para dar mayor énfasis a sus palabras y yo reí bajito, sin mucho entusiasmo, sentándome en el banco a su lado.

—No es un hombre que se fijaría en alguien como nosotras.

—Por supuesto que no, nena. Nosotras nos conformaremos con capullos... pero sin dinero.

Emma soltó una carcajada y yo no pude evitar reír también, dándole un codazo.

—¡Oye! Que hablaba en serio.

—Y yo también.

Sacudí la cabeza y miré la hora con un suspiro.

—Tengo que ir a recoger a Margaret y Eric. No quiero que Eric se me escape. Va a estar

castigado el resto de su vida y no quiero que Margaret siga de morros porque la hago perder sus clases de baile.

—Eres toda una madraza, ¿eh?

—No creo que sirva para eso de ser madre.

Emma se encogió de hombros, sin mirarme mientras se ataba las zapatillas.

—Todos valemos cuando llega el momento.

No lo negué y mucho menos lo discutí. Me despedí de ella y me apresuré a ir a por el coche al aparcamiento, revisando el móvil y comprobando que tenía una llamada de un número que no conocía. No le di importancia. Si alguien quiere algo que es importante siempre vuelven a llamar o dejan un mensaje. Lo volví a guardar en el bolsillo y fui en busca de los niños, asegurándome de que Eric no tuviera más opción de entrar al coche conmigo.

—No hace falta que vengas a esperarme a la puerta.

—Oh, tranquilo —me hice la inocente—, me hace ilusión hacerlo. Vamos.

Hice señas con una mano a Margaret que salió corriendo desde una de las puertas nada más vernos y seguí al malhumorado Eric al coche, dejando que se sentara delante, a mi lado mientras Margaret lo hacía detrás, dejando la mochila a un lado.

—La profesora Sullivan dice que no tengo pagada la última cuota del colegio.

Puse mala cara. Tenía que esperar un par de días más antes de que tuviera el sueldo del trabajo.

—Dile a tu profesora que no somos ricos.

Miré la expresión de espanto de Margaret, petrificada en el sitio y suspiré arrepentida.

—Sólo bromeo —me disculpé—, pero tienes que esperar un par de días y todo estará bien.

Al menos lo estaría hasta que la policía volviera a llamar a mi puerta con un requerimiento judicial de parte de su excelentísimo señor Shalder. En fin, como fuera, no tenía el dinero y no merecía la pena pensar mucho en ello. Llegado el momento ya lidiaría con lo que viniese.

—Tía...

—¿Hm?

Miré hacia atrás para asegurarme que no veía un coche y di marcha atrás.

—Tu móvil está vibrando.

—Ah, sí, se me olvidó ponerle sonido. ¿Quién llama?

No miré a Margaret mientras la niña rebuscaba en el bolso.

—Es un número desconocido.

—Ah, igual es el de antes. Contesta.

Seguí pendiente de la carretera, adentrándome en la hilera de coches parados buscando la oportunidad de salir de allí después de recoger a sus hijos del colegio y escuché con indiferencia como Margaret respondía al teléfono, preguntándome si también debía prohibirle a Eric el acceso a Internet para castigarle más seriamente por lo que había hecho.

—Está conduciendo... —escuché que Margaret decía, volviendo al hilo de la conversación con quien fuera.

—¿Quién es? —dije mirando un poco hacia atrás.

—Dice que llama de parte del señor Shalder.

Estuve a punto de atragantarme con mi propia saliva. Solté violentamente el volante, sobresaltando a Eric que dejó caer encima el móvil que tenía en las manos y me giré para arrancarle el teléfono a Margaret.

—¿Sí? —saludé precipitadamente, carraspeando un segundo para aclararme la garganta—, soy Dave Elliot.

—¿Señorita Elliot? Soy la señora Hermey, la secretaria del señor Shalder, nos conocimos hace unos días en casa del señor Shalder...

—Sí, lo sé... —la corté, demasiado nerviosa para escuchar una explicación más larga. Estaba claro que aquella mujer no era una ama de llaves después de todo.

—Por lo visto acordó una manera de pago con el señor Shalder. Si no tiene ningún inconveniente, agradecería que viniera esta tarde para completar el acuerdo.

—¿Qué?

No podía evitar sorprenderme. No había dado muchas explicaciones y era evidente que no había sido muy agradable la forma en la que lo había soltado y mucho menos marchado de aquella casa pero que aquel hombre hubiera tenido en cuenta mis palabras —y no hubiera tirado a la basura mi número—, hacía que me sintiera un poco más ligera, como menos insignificante.

—¿No será posible que pueda venir hoy? Puedo concertar otra cita...

—No, no —me apresuré a decir, dándome cuenta que la fila de coches se había movido y que los de atrás empezaban a pitarme, impacientes. Me apresuré a pisar el acelerador, moviéndome un poco hacia delante, sin soltar el móvil—, ¿a qué hora debería ir?

—Tengo clases de baile —me recordó Margaret desde atrás—. No te olvides.

Le hice señas con una mano desde delante, sin girarme a mirarla.

—¿Qué le parece a las ocho?

—¿A las ocho?

—Será sólo un momento.

—Oh, vale, no hay ningún inconveniente.

—Entonces nos veremos dentro de un rato, señorita Elliot.

—Sí, gracias.

Me aseguré de haber cortado la comunicación y miré a Eric con una sonrisa.

—Parece que podremos solucionar tu problemilla de alguna manera —dije haciendo que Eric bajara la cabeza avergonzado y me limité a revolverle el pelo, retomando la atención en la carretera, preguntándome que forma de pago habría decidido aquel hombre. Esperaba que al menos fueran cuotas pequeñas para poder hacer frente al pago todos los meses.

Decidí dejar a Eric y Margaret con Emma y su madre, una mujer muy agradable y bastante empática que por su aspecto se veía que había sido alguien que había sufrido bastante en la vida. No dudó en quedarse un rato con los niños y hasta se ofreció a prepararles algo para cenar. Eric y Margaret no dijeron nada. No habían querido ese trato pero me negaba a dejar a Eric solo para que tuviera la oportunidad de volver a juntarse con los mismos chicos. No necesitaba más problemas y mucho menos pensaba levantarle el castigo.

—Vete tranquila —me dijo Emma en la puerta—. Estarán bien.

La sonreí.

—Gracias —dije sinceramente—. No tengo a nadie más a quien acudir.

Ni siquiera mentía. Ya no tenía amigos, unos que no habían dudado en abandonarme cuando habían visto que era incapaz de seguir el antiguo ritmo de vida, el ritmo de vida que ellos llevaban todavía. No tenía novio. Matt ni siquiera había tenido la decencia de venir a mí y hablar para poner en palabras el final de nuestra relación. Y la familia... lo que me quedaba de ella estaba ahora mismo con Emma.

—Vete —insistió Emma.

Asentí con la cabeza, emocionada y me giré incapaz de decir nada más, bajé las escaleras rápidamente y volví a entrar en el coche, conduciendo de nuevo hacia el barrio donde vivía Jeyson Shalder.

Una vez más me recibió la hermosa mujer, su secretaria, la señora Hermey.

—Venga conmigo, señorita Elliot.

No dudé. Volví a seguir a la mujer quien llevaba esta vez un austero vestido azul oscuro de cuello alto. Sus pasos me guiaron de nuevo hasta el mismo despacho donde había conocido al señor Shalder y tras llamar a la puerta y anunciarme, me invitó a pasar y se marchó.

Esta vez Jeyson Shalder estaba sentado frente al escritorio y tecleaba enérgicamente en el teclado del portátil sin apartar la mirada de la pantalla.

—Siéntese, por favor —dijo cuando llegué a su altura y aprecié su cuidado traje gris, esta vez con una corbata a rayas.

—Su secretaria me ha llamado —empecé algo intimidada, a la espera de que me explicara el nuevo plan de pago. Quería marcharme cuanto antes. La presencia de aquel hombre era abrumadora y no me gustaba sentirme de esa manera.

—Sí, le pedí que lo hiciera.

Por supuesto. No imaginaba otro motivo por el que hubiera podido hacerlo.

—Si son cuotas pequeñas no creo que tenga ningún inconveniente en ir pagando...

Me callé de golpe cuando los largos dedos de Jeyson dejaron de moverse y su mirada se giró para mirarme. Me erguí inconscientemente, nerviosa por la intensidad de aquella mirada oscura.

—No creo que sea un trato satisfactorio para ninguno de los dos.

Parpadeé confusa.

—¿Cómo?

—Ya que no puede pagar...

Fruncí el ceño, otra vez molesta.

—No soy rica y mucho menos me sobra el dinero pero he dicho que pagaré, sólo que lo haré poco a poco y...

—Me explicó la policía su situación.

Enmudecí de golpe, indignada y sorprendida.

—Mi situación —repetí sin disimular la dentera que me daba esa conversación—, es asunto mío.

Jeyson cruzó los brazos encima de la mesa, sin dejar de mirarme.

—Que su sobrino haya entrado a robar en mi casa sí es mi problema, señorita Elliot. Estoy seguro de que comprende que ahora no tendríamos esta conversación si ese niño estuviera mejor educado.

Di un golpe en la mesa con la palma de la mano, furiosa, sin importarme mi situación, el dinero que debía o lo condenadamente rico e importante que podría ser ese hombre. No tenía por costumbre dejar que me humillaran de esa manera. Ni a mí ni a mi familia, y aunque en esos días tras el accidente había aprendido a la fuerza a ser más humilde, dar las gracias por todo y pedir perdón por mucho más, incluso por cosas y detalles que no eran culpa mía, aquello ya rozaba el límite de lo que era capaz de soportar.

—Ni se le ocurra pensar que tiene el derecho de juzgar la educación de los demás.

—No la juzgo, señorita Elliot —dijo él muy serio, analizándome con los ojos entrecerrados, destilando peligro por cada poro de su piel. No me amedrenté—. Ni a su sobrino. Sólo expongo unos hechos, ¿o va a decirme que en su familia está bien visto el robo y...?

—He dicho que suficiente —dije en un suave siseo, cada vez más furiosa—. Puede que seamos pobres pero honrados.

—Sí, las últimas acciones me lo dejan claro.

La prepotencia de aquel tipo era irritante. Apreté los dientes hasta que empezaron a rechinar.

—Eric es un niño...

—No muy bien educado, eso está claro, pero no la juzgo. Tener que hacerse cargo de dos niños adolescentes, con un trabajo que apenas da para vivir y unas deudas que difícilmente podría hacer frente... es bastante para alguien de su posición.

Me erguí de golpe, roja de la rabia y la vergüenza.

—He tenido suficiente —inquirí con los dientes apretados—. No voy a quedarme aquí para soportar sus insultos.

Me di la vuelta y caminé con pasos largos hasta la salida.

—No creo que eso sea lo que le conviene, señorita Elliot —dijo él con calma—. Tiene una deuda conmigo.

—Que le jodan —Le enseñé groseramente el dedo medio un instante antes de salir por la puerta del despacho, pasando frente a la secretaria que acudió a mí con una sonrisa, descolocándose cuando le lancé una mirada de advertencia antes de salir por la puerta de entrada, pasando de largo de todas las reliquias de aquella casa.

Me sentía furiosa, humillada y dolida. Tal vez en parte tenía razón. No sabía educar a un niño. Nunca lo había hecho y me encontraba en la situación de tener que hacerlo con unos ya crecidos en la peor edad que no me consideraban su madre y que encima venían sin manual de instrucciones, pero lo hacía lo mejor que podía.

Subí al coche y cerré la puerta con un portazo, arrancando y saliendo de ese barrio todo lo deprisa posible, negándome a contagiar de la estupidez que esa gente respiraba cada día.

Capítulo 4

No tardé en comprender que si me había visto obligada a aprender humildad en los últimos

meses no se debía a mi nueva y recién adquirida modestia o mi entusiasmo por una nueva moralidad. Ni mucho menos. No tener dinero y decir que se podía vivir perfectamente con el cariño de la familia y trabajo duro era mentir bastante o evadir la realidad. Nada solucionaba los problemas.

Apreté los dientes y arrugué en la mano la carta que había recibido del pago acordado de la pieza que Eric había roto en la casa del imbécil de Jeyson Shalder. No es que me hubiera olvidado de aquello, no, simplemente había decidido no pensar en ello y con suerte, con mucha suerte, ésta no llegara nunca.

Había llegado.

Y yo seguía sin dinero.

Y por mucho que lo había intentado, me resultaba imposible reunir ese dinero. Los bancos se negaron a darme un crédito y no tenía nada que vender ni a nadie a quien pedir dinero prestado.

Arrugué un poco más la hoja en la mano.

Sólo me quedaba una solución y ésta no me gustaba nada. Tener que volver a humillarme para hablar con aquel hombre no hacía que me sintiera mejor, ni siquiera había podido dormir en toda la noche y esa mañana había tenido un choque camino al trabajo después de dejar a los niños en el colegio por culpa de la ansiedad y el agotamiento.

—Todo es tu culpa, maldito Jeyson Shalder.

Respiré hondo y salí del coche, mirando la puerta metálica de la casa de Jeyson Shalder con un nudo en el estómago.

No recordaba haberme rebajado tanto y hacerlo ante ese hombre no hacía que me sintiera mejor. Apoyé la frente en el metal, agradeciendo el frío en mi frente y volví a respirar hondo, intentando buscar el valor para llamar, deseando que después de aquello aún me quedaran trozos de mi orgullo para poder encajar las piezas de nuevo.

Estar de nuevo frente a esa casa no había sido una decisión precipitada, sino el resultado de una larga meditación y el último recurso tras todos los intentos que se me habían ocurrido con

ayuda de Emma para buscar otra salida, cualquier otra salida.

No la habíamos encontrado y como resultado me encontraba allí, con un dedo en el timbre y mi cordura pendiendo de un hilo.

—Joder.

Y a la mierda con todo. Pulsé el timbre y escuché el sonido de la música hasta que separé el dedo, a la espera de oír la inconfundible voz de calma de la señora Hermey.

—¿Señorita Elliot? ¿En qué puedo ayudarla?

—Quería hablar con el señor Shalder y no, no tengo cita, pero será sólo un par de minutos —añadí apresuradamente, restándole importancia al asunto

—Deme un segundo, señorita Elliot

Esperé unos minutos antes de volver a oír el chasquido de la puerta abriéndose y caminé por el sendero de piedras hasta la puerta principal y me detuve un segundo, contemplando el paisaje con un nudo en el estómago.

—Venga conmigo, por favor.

Esta vez no me condujo por la izquierda hacia el despacho del señor Shalder, sino que me invitó a pasar a un despacho mucho más pequeño en el que vi a la mujer sentándose al otro lado de la mesa.

—Tome asiento, por favor.

La mujer enredó con unos papeles antes de dejarlos en la mesa frente a mí, junto a un bolígrafo.

—¿Qué es esto? —pregunté extrañada, echando un rápido vistazo por encima las hojas sin llegar a leerlas.

—Es su contrato —respondió ella mirándome también extrañada, como si no entendiera mi

pregunta.

Enarqué una ceja. Puede que pensara que era estúpida pero no mentía cuando decía que no tenía ni idea de lo que estaba hablando.

—No la entiendo —insistí—, ¿qué contrato? Yo he venido aquí a hablar de lo del pago por lo que sea que rompió mi sobrino. Creo que se está confundiendo con otra cosa.

—No, señorita Elliot, hablamos de lo mismo.

Esta vez mi expresión debía ser de completa desconfianza. Miré a la mujer con los ojos cerrados y esboqué una media sonrisa, sin ceder y ponerme a leer el dichoso contrato.

—Explíquemelo —exigí.

La mujer respiró despacio, sin cambiar la expresión y tras una breve pausa volvió a sonreír.

—Como ya le explicó el señor Shalder días atrás...

—A mí no me explicó nada —la corregí de mal humor, recordando la última vez que había visto al maldito hombre.

—Como no puede hacer frente al pago —continuó sin dejar de mirarme, como si en ningún momento la hubiera interrumpido—, el señor Shalder consideró que podría saldar la deuda trabajando para él.

Parpadeé alucinada.

—¿Cómo dice? —Ni siquiera me importó parecer una idiota, con la boca abierta y los ojos como platos.

—El señor Shalder iba a contratar a otra empleada. La señora Owen se jubiló hace unas semanas y el personal se queda corto —apreté los labios, recobrándome y no precisamente para sentirme mejor—. Consideró que sería una alternativa que beneficiaría a las dos partes. Y, por supuesto —añadió como si de pronto se le ocurriera la posibilidad de que yo no lo hubiera entendido—, no cobrará. Todo el dinero de su sueldo será para enfrentar la deuda que tiene con el

señor Shalder.

Respiré ruidosamente. Me sentía de pronto enferma.

Y furiosa.

—¿Y si me niego? —la desafié.

—¿Creé de verdad que se encuentra en posición de hacerlo?

La voz aterciopelada a mi espalda me puso la piel de gallina y me estremecí a mi pesar, girándome sólo a medias.

—Señor Shalder —saludó la mujer con una entonación que me dio aún más nauseas.

—No voy a trabajar para usted —insistí caprichosamente, ya llegados a ese punto de una manera irracional.

—¿Tiene alguna otra idea? —sugirió él entrando en el despacho con una elegancia que era difícil apartar la mirada de su cuerpo. Intenté mantener la vista clavada en sus perturbadores ojos negros—. Si cree que puede pagarme la deuda, adelante, hagamos como que esto no ha sucedido —agarró las hojas del contrato y yo seguí el movimiento con la mirada—. Puede hacer efectiva la cantidad cuando deseé... de este año —apreté los puños con fuerza. Los dos sabíamos que no podía pagarlo. Ni en ese año ni en varios siguientes. A no ser que me tocara la lotería, claro—. Siento haberla importunado.

Hizo una hechizante inclinación de cabeza y se giró, caminando hacia la salida.

—Espere —dije en un tono de voz demasiado alto, cerrando los ojos con fuerza un instante, notando como todo mi orgullo y dignidad se iban por el desagüe del inodoro. Después los volví a abrir, clavando la mirada en los ojos de aquel hombre—. ¿De qué iría el trabajo?

Él me observó unos segundos en silencio.

—Está todo explicado en el contrato. Al igual que las condiciones —dijo levantando las hojas que tenía en la mano.

Y con eso me veía obligada a leerlo delante de él. Oh, bueno, ¿importaba ya algo a esas alturas? No podía permitirme ser orgullosa y mucho menos codiciosa. Suspiré y me levanté, agarrando los papeles de su mano sin dejar de mirarlo a los ojos, desafiante, dejando claro que eso no significaba que me cayera bien o planeara dejar que me trataran como una porquería. Después, sin esperar a que decidiera nada, él giró sobre sus talones y salió del despacho. Me giré para mirar a la mujer.

—Puede tomarse el tiempo que necesito para leerlo.

—Es lo que pensaba hacer —mascullé de mal humor, volviendo a sentarme y empecé a leer con una mano en la cabeza.

Básicamente sería una empleada del hogar. Me encargaría de la limpieza y aseo junto a otras empleadas de casi la totalidad de la casa. Varias estancias estarían vetadas al acceso y debería respetar esa norma. Aún así, según me dijo la señora Hermey, esas estancias siempre estaban cerradas con llave así que no debía preocuparme por ello. Mi horario de trabajo sería por la tarde, cuatro horas para no trastornar demasiado mis obligaciones fuera de aquello. Ni siquiera el sueldo estaba mal. Toda la rabia se desinfló cuando cogí el bolígrafo para firmar. Ni siquiera era un mal trato y yo me había comportado como un becerro.

—¿Puede empezar mañana, señorita Elliot?

Asentí con la cabeza, agotada.

—Sí, por supuesto.

—Entonces la estaremos esperando.

La señora Hermey me sonrió cordialmente una vez más y por primera vez desde que había entrado en esa casa, me acompañó hasta la puerta.

Capítulo 5

—Recogerás a tu hermana, la llevarás a baile e irás directamente a casa de Emma.

Había repetido aquello tantas veces que hasta me salía la frase sin pensarla. Eric, como todas las veces, puso mala cara.

—¿Por qué tenemos que ir a casa de Emma? Puedo traer a Margaret a casa, puedo preparar aquí la cena y...

—No.

Y era mi última palabra. Ni siquiera me hacía gracia tener que dejarlo solo la hora que Margaret tenía de practica en el salón de baile.

—Pero...

—Y ni se te ocurra moverte del salón de Avery o te despellejaré cuando vuelvas a casa y si dejas sola un segundo a tu hermana...

—Dije que no volvería a hacerlo, ¿es que no confías en mí?

—No, claro que no lo hago —gruñí—. Si me hubieras hecho caso desde el principio ahora no me encontraría en la situación de tener que trabajar gratis para un tío imbécil.

—Es un conde —me corrigió Eric despacio.

Me volví para mirarlo con el tenedor que había estado revolviendo los huevos.

—¿Es un conde? ¿Ahora me vienes con esas?

Eric se encogió de hombros, mordisqueando la tostada.

—Las cosas son como son.

—Un conde —gruñí—. Sigue siendo un maldito repelente.

—Es... guay.

Esta vez el tenedor estuvo a punto de escurrirseme de los dedos. Parpadeé, varias veces, segura de que no había escuchado bien.

—¿Cómo has dicho?

—Digo que es guay. Tiene ese aire, ya sabes —volvió a encogerse de hombros, pendiente del programa de la televisión.

Lo miré alucinada. ¿Guay? ¿Estábamos hablando de la misma persona? No, un segundo, ¿Ese era mi sobrino? Ese cambio repentino de actitud desde que había entrado a robar a la casa de Jeyson Shalder no parecía haber sido por un brote de conciencia y arrepentimiento. Intenté cruzarme de brazos.

—Tía Dave, se te están quemando los huevos.

Me giré bruscamente, tratando de salvar los restos de los huevos chamuscados y antes de que me diera cuenta se hacía demasiado tarde para entretenerme en algo más. Salimos los tres a toda prisa y conduje hacia el colegio, recordándole una vez más a Eric lo que tenía que hacer, poniendo especial cuidado en que seguía castigado. Eric me hizo una mueca con la mano y esperé a verlos entrar antes de seguir hasta el supermercado, cambiándome a toda prisa. Emma ya estaba allí.

—No es un mal negocio —me aseguró tranquilamente.

Le había comentado a ella y a su madre el día anterior cuando había ido a recoger a los niños a su casa y las dos parecían de acuerdo en que era la mejor solución.

—Lo sé, pero no me cae bien.

—¿Por qué? ¿Es grosero? —se encogió de hombros—. No vas a encontrar tipos ricos, guapos y poderosos sin ser petulantes. Limítate a ignorarlo. ¿La casa no es grande? Evita encontrártelo y se te pasará el tiempo rapidísimo.

—Sí, lo sé, pero hay algo en todo esto que me resulta inquietante.

—Oh —rió ella mientras saludábamos a las dos compañeras a las que íbamos a hacer la

sustitución—, ¿algo inquietante?

Puse los ojos en blanco.

—No sé qué estás pensando pero desde ya te digo que no es eso.

Ella siguió riendo.

—Claro, ¿y qué es?

—Al parecer no me dejan entrar en ciertas habitaciones de la casa. Están cerradas con llave y esas cosas.

Emma enarcó una ceja pero mantuvo la sonrisilla.

—¿Un psicópata que guarda a sus víctimas en casa? —bromeó—. Ten cuidado no te vaya a encerrar a ti también.

Volví a poner los ojos en blanco, sonriendo y sacudí la cabeza.

—Muy graciosa.

—Bueno, sé su dirección, si no vuelves un día a casa, iré allí con la policía.

Solté una risotada, volviendo a sacudir la cabeza y empecé a preparar la maquina, abriendo de nuevo la caja.

Trabajar para Jeyson Shalder no fue tan terrible como había imaginado al principio. Nadie me iba persiguiendo, exigiendo quitar más el polvo de una casa extremadamente limpia o arrodillarme para fregar. Era, como trabajar en cualquier sitio y sin necesidad de hacer lo que Emma me había sugerido evitando a Jeyson, simplemente no llegamos a cruzarnos en ningún momento, al punto de pensar que no se encontraba en la casa.

No tardé en comprender el sistema. Después de varios días empecé a familiarizarme con el resto del personal y a participar en sus pequeñas charlas y cuchicheos. La casa tenía mayordomo, secretaria, cocinero las veinticuatro horas del día, jardinero y varios empleados más junto a seis

empleadas de la limpieza durante el día. Al parecer, el señor Shalder era un maniático de la limpieza. Sólo una empleada pasaba la noche por si había una emergencia. Ninguna de ellas había entrado nunca a las habitaciones cerradas y no sabían quien las limpiaría o qué podría haber en ellas. Cuando llegaba nada más salir del trabajo en el supermercado, aún compartía tiempo con las cuatro mujeres de la mañana, quedando una hora después, sola con Eliane, tal vez la más taciturna del personal que trabajaba allí pero con la lengua más larga.

—Está claro que es la que duerme aquí por la noche la que se encarga de la limpieza de esas habitaciones cerradas —soltó Eliane, al menos cinco o seis años mayor que yo, terminando de enjabonar uno de los baños de la planta baja—. Lleva trabajando aquí desde hace años, la más antigua junto a la señora Hermey y el señor Derian, el mayordomo —añadió al ver que la miraba sin entender. Eliane siempre tenía esa expresión de mal humor, como si todo la molestase, como si el mundo fuera su enemigo y se reflejaba hasta en la voz, siempre de disgusto—, y es la única de nosotras que tiene diferente contrato. La pagan más, además.

—Igual es porque está obligada a pasar la noche —sugerí terminando de aclarar los azulejos gris perla y empezaba a sacarlos.

—Sí, claro. ¿Desde cuándo una casa necesita personal de limpieza por la noche? ¿Lo has oído alguna vez?

—Bueno...

—No, ¿verdad? —ni siquiera me dejó terminar de hablar—. Es todo muy evidente.

Respiré despacio. Después de casi tres semanas había empezado a acostumbrarme al comportamiento de Eliane, aunque era la primera vez que la chica hablaba tanto.

—¿Y qué crees que sucede en esas habitaciones para que esté todo tan en secreto?

¿De verdad iba a dejarme contagiarse por la forma tan misteriosa y crítica en la que hablaban todas de esas habitaciones? Era absurdo...

Eliane se encogió de hombros.

—Quien sabe. En realidad puede ser cualquier cosa. ¿No son todos los ricos nobles un poco

excéntricos? Imagina algo, seguro que luego es algo peor.

Se levantó para cambiar el agua del cubo y sacudí la cabeza, terminando de secar. Aún me quedaba el otro cuarto de baño de la planta baja y no quería que el tiempo se me echara encima. Estaba abusando demasiado de la amabilidad de Emma y su madre y había empezado a pensar en la manera de agradecerles por todo lo que estaban haciendo por mí, más que cualquier amigo que había llamado hasta ahora pese a que a ellas las conocía desde hacía tan poco.

—Eliane, empiezo con el otro baño —dije moviéndome mientras ella hacía un sonido de aceptación, dejando el cubo en el suelo con malos modales y me aparté para no mojarme con el agua que salpicó.

Me moví por la planta baja con familiaridad. Ya conocía casi la totalidad de la casa y era tan laberíntica como me había parecido el primer día, pero me gustaban esas cosas y me resultaba muy sencillo ubicarme. Al final me resultaba más agradable de lo esperado trabajar allí y de alguna manera, aunque jamás lo reconocería, sufría cierto desencanto al no haber vuelto a ver al príncipe de hielo, tal y como lo llamaban en secreto las chicas del personal al señor Shalder.

Como si mis pensamientos lo hubieran invocado, oír la suave y aterciopelada voz de Jeyson hizo que me detuviera de golpe, pegándome a la pared para no ser descubierta. Había sido un acto reflejo, ya que en realidad no estaba haciendo nada malo ni estaba en algún lugar de la casa donde no debiera estar. Simplemente me había asustado, intimidada por volver a verlo después de tanto tiempo y más cuando acababa de pensar en él, pero tras unos instantes de pausa, salir simplemente y hacerme ver, me resultaba de alguna manera vergonzoso, y más cuando él y la otra persona con la que hablaba —sin duda una mujer— se habían movido hacia donde me encontraba y salir en ese momento iba a dejar bien claro que había estado agazapada en la pared, como si los espiese al no verme llegar desde el final del pasillo. Me hundí un poco más, quedándome de cuclillas en la misma posición que la mesita de caoba que adornaba el recibidor.

—Fue fantástica esta noche, Jeyson.

Sus palabras vinieron acompañadas de una pausa y no necesité asomar la cabeza para imaginar que se estaban besando. Bueno, tampoco estaban en un lugar donde nadie debía verlos, pero aún así me sentí mal por estar presenciando —más o menos—, algo tan privado. Incluso aunque no la veía a ella, podía hacerme una idea de como sería la mujer. Tal vez estaba tan ensimismada en mis propias y absurdas cavilaciones que me sorprendí de volver a escucharlos,

esta vez a Jeyson.

—Puedes volver cuando quieras, Estefanía, siempre eres bien recibida.

—Eres un amor, Jeyson.

Hubo otra pausa y escuché pasos alejándose. Cuando se perdieron en algún punto de la casa, tal vez fuera de ésta, ya que me había sonado a despedida, suspiré más relajada y me incorporé, sacudiéndome la bata de trabajo y dispuesta a terminar el baño e irme.

Me quedé de piedra.

—¿Es una afición esconderte y escuchar las conversaciones ajenas?

Ahugué una exclamación, impresionada. Jeyson Shalder estaba apoyado en la pared, posiblemente en el mismo lugar donde había estado despidiéndose —y besándose— con la mujer, y me observaba muy serio, con esos intensos ojos negros que tanto me perturbaban. Carraspeé con fuerza y agarré el trapo que había sacado del cuarto de baño.

—No quería molestar —intenté ser amable—. Quería ser educada.

Al ver que no respondía, sonreí forzada y me apresuré a seguir mi camino, deseando encerrarme en el baño y darme unos cuantos cabezazos antes de limpiarlo —no iba a limpiarlo primero y luego correr el riesgo que en uno de los golpes se ensuciara de sangre. Era trabajo doble y eso no descontaba dinero de la deuda—.

—¿Le llaman ahora espiar y escuchar conversaciones ajenas ser educada? Debo estar haciéndome viejo.

Me detuve de golpe. Mis dientes rechinaban.

—No —solté con esfuerzo, girando la cabeza para mirarlo. Me había detenido a su altura y de cerca su rostro era más impresionante. No dejé que me afectara—, no es ser educada espiar y escuchar conversaciones ajenas —respondí con acritud, molesta por el tono displicente de sus palabras—, pero qué se le va a hacer, ¿no? En algo tenemos que entretenernos la plebe —Jeyson enarcó una ceja de manera casi imperceptible—, espero sepa disculparme, majestad.

Hice una extravagante y absurda reverencia y me alejé todo lo rápido que pude, encerrándome en el cuarto de baño con más ganas que antes de darme cabezazos contra la pared. ¿Tan difícil era cerrar la boca, decir lo siento y no meter la pata una y otra vez?

—Me quiero morir —sollocé.

Capítulo 6

No volví a encontrarme con Jeyson Shalder. Tampoco lo vi como un mal presagio. Sencillamente era algo inevitable. Si en tres semanas era la primera vez que me lo encontraba no iba a ser después una excepción. No le di importancia, aunque sí apunté mentalmente pedir unas discretas disculpas si llegaba a presentarse la ocasión.

Comprendía en frío que él hubiera pensado de esa manera. Después de todo sí que había estado escondida y escuchando, ¿qué otra interpretación podía darse a que me encontrara acurrucada bajo una mesa? Y yo había respondido ofensivamente como si fuera la víctima. Pensar en ello me ponía enferma conmigo misma.

—Muy bien, chicos, una ducha rápida, el pijama y a la cama —dije, agotada, dejando la mochila de Margaret sobre el sofá y me dejé caer en él, buscando el móvil dentro del bolso.

Llevaba días que no descansaba. Ni siquiera los fines de semana. Había decidido ir también los fines de semana a trabajar en casa de Jeyson Shalder y aunque en el supermercado libraba los domingos, no es como si no tuviera nada que hacer en casa. Había que limpiar, hacer la colada, había que... Arrugué la frente y saqué la mano del bolso, agarrándolo y me senté derecha, poniendo toda mi atención en todo lo que iba acumulando dentro del bolso sin dar con el teléfono. Preocupada, le di la vuelta y tiré todo lo que guardaba dentro encima del sofá. El móvil no estaba por ningún lado.

Medio histérica empecé a buscarlo en todos los bolsillos, en la cazadora, en el pantalón y hasta me aseguré que no se me hubiera caído en el sofá al sentarme.

—Eric, ¿has cogido mi móvil por casualidad? —pregunté asomándome a las escaleras y miré

hacia arriba. El niño se asomó desde su habitación.

—No, ¿por qué?

—No lo encuentro.

—Pues no sé...

—¿Dónde está Maggy?

—En la ducha... pero ella no creo que lo haya cogido.

—Ya, sí —me froté el cuello, preocupada. No es que estuviera últimamente muy enganchada a él pero me preocupaba perder algunos números.

—¿Has mirado en el coche? Igual te lo has dejado allí.

Asentí con la cabeza.

—Miraré.

Revisé todo el coche con la ayuda de Eric, incluso se unió Margaret cuando salió del baño y descubrió lo que estábamos haciendo.

—¿Y si lo dejaste en la casa del conde? —sugirió Margaret encogiéndose de hombros.

Sacudí la cabeza.

—No creo. Allí no lo uso y... —abrí mucho los ojos, conteniendo de pronto la respiración—. Mierda.

—Tía, no digas palabrotas.

Hice una mueca.

—Coged la cazadora, nos vamos.

—¿A dónde? —protestó Margaret mirando su pijama y sus zapatillas de casa.

—Eric, cierra la puerta, ¡Vamos!

—¿Dónde lo has dejado? —se interesó Eric obedeciendo de inmediato, cogiendo las tres cazadoras y me lanzó la mía, empujando a Margaret dentro del coche, mientras la niña se negaba a deambular por la calle en esas pintas, con cazadora o sin ella.

—No pienso ir —aseguró empezando a gritar cuando Eric la cogió en brazos para meterla en el coche.

—Sólo será un momento —aseguré—. Y nadie te va a ver. Me pasaré un momento por la casa del señor Shalder, cogeré el móvil y volveremos a casa, ¿vale?

—No —Margaret se cruzó de brazos, de morros.

—Vale —dijo Eric entusiasmado—, ¿veremos al conde?

—No, Eric, sólo entraré yo. Vosotros esperareis en el coche y a poder ser no me verá nadie.

Nadie me había dicho que no pudiera ir por la noche pero por algún motivo me sentía como una intrusa abriendo la cerradura con la llave que la señora Hermey me había dado al empezar el trabajo. Todos los empleados teníamos una de la puerta de entrada metálica, la que conectaba con el patio, pero ese tiempo allí había escuchado demasiadas cosas, como que el mayordomo solía pasear hasta tarde por el jardín por culpa del insomnio. No necesité ser muy lista para imaginar que saldría por la puerta lateral de la cocina y, tal y como supuse, escabulléndome por el patio hasta la zona de la cocina, la puerta estaba abierta.

Me asomé a la cocina con cuidado, entornando la puerta y me apresuré a salir con cuidado por el pasillo todo lo silenciosa posible hasta el cuarto que usábamos para cambiarnos la ropa. Cerré la puerta nada más entrar y busqué entre la ropa sucia de los uniformes que había amontonada en un cesto y di con el móvil en uno de los bolsillos. Lo agarré con una sonrisa de triunfo y salí igual de sigilosa, deteniéndome de golpe cuando escuché un fuerte grito desde la primera planta.

Me quedé helada y por un momento el instinto me hizo que saliera corriendo y me pusiera a

salvo pero no podía simplemente ignorar un grito de dolor. ¿Y si alguien se había hecho daño y necesitaba ayuda? No era algo que simplemente se puede ignorar y luego vivir en paz. Suspiré nerviosa y me agarré a la barandilla para ayudarme a subir la escaleras, mirando hacia abajo todo el rato, como si temiera ser descubierta por alguien y caminé por la larga alfombra oscura mirando las puertas cerradas de las habitaciones.

Sabía que Jeyson Shalder dormía en la habitación del fondo, una de las puertas cerradas con llave y vetadas para el personal pero los gritos, esta vez más bajos pero igual de intensos se escuchaban de varias puertas más cerca de mí y me moví con cuidado, dispuesta a asegurarme que no había nadie en peligro de muerte inminente y me marcharía tan sigilosa como había llegado. Nadie llegaría a enterarse que estaba allí.

Me detuve de golpe.

No lo hice sólo porque hubiera escuchado un nuevo grito, más fuerte que los anteriores, sino porque provenía de una de las habitaciones que no tenía permitido entrar. Eso me detuvo unos instantes. Escuchar un nuevo grito de dolor hizo que cerrara los ojos, me tragara el miedo y salvara los dos pasos que me separaban de la habitación. La puerta estaba abierta, completamente entornada y sólo la moví un poco con los dedos para mirar dentro.

Me quedé helada.

Posiblemente no se estaba muriendo nadie pero la escena hizo que se me erizara todo el vello del cuerpo. En el suelo había un hombre completamente desnudo y con los ojos vendados y de pie, también desnudas pero manteniendo los zapatos de tacón de aguja, pisoteaban y golpeaban al hombre que se retorció y chillaba aferrándose extasiado a los pies de las mujeres.

—¿Pero qué...?

Di un paso hacia atrás, sobresaltándome cuando alguien me agarró bruscamente del brazo y tiró de mí, apartándome de la puerta y me empujó escaleras abajo, soltándome solo cuando estuvimos en la puerta de entrada, dejándome contra la pared.

—¿Qué creé que está haciendo?

Abrí mucho los ojos y levanté la cabeza, mirando la ferocidad del brillo de los ojos oscuros

de Jeyson Shalder. Tardé en reaccionar, incapaz de decir nada. Me di cuenta que abría y cerraba los labios, buscando una excusa, aún impresionada por lo que acababa de ver.

—Había... —murmuré señalando con un dedo las escaleras, incapaz de reorganizar mi mente y buscar las palabras para explicarme.

Los ojos de Jeyson se entrecerraron y cerré la boca de golpe, poniéndome de inmediato a la defensiva, comenzando a comprender la situación en la que me encontraba.

—Acaba de infringir una norma del contrato.

—De hecho —dije con aspereza después de una pausa, ignorando el tono de amenaza que había usado él—, sólo había una norma.

—¿Debo felicitarla entonces por romper la única norma que había en el contrato?

¿Estaba siendo sarcástico?

—De hecho —repetí con la misma aspereza dándome cuenta de que temblaba y oculté las manos en la espalda—, no la he roto. Yo no abrí esa puerta y tampoco entré. El contrato no decía nada de mirar —me defendí sin sentir la seguridad que estaba dando mi comportamiento. Nunca me había sido fácil ceder.

—Señorita Elliot —Jeyson dio un paso hacia mí y yo me erguí asustada, pegándome aún más la espalda a la pared y casi di un grito cuando unos golpes en el cristal de la ventana de al lado hizo que Jeyson se detuviera y los dos miramos a Eric que hacía señas con la mano antes de desaparecer y el sonido del timbre resonó por la casa. Casi me sorprendí cuando fue Jeyson quien se adelantó a abrir la puerta.

—Hola señor conde —saludó Eric completamente fascinado—, ¿cómo está usted?

Puse los ojos en blanco y le di un manotazo a la mano que Eric le tendía amigablemente al hombre para estrechársela.

—Nosotros nos vamos —le avisé significativamente tirando de él, negándome a quedarme más tiempo en esa casa y con ese hombre. Prefería no saber qué hubiera ocurrido si Eric no

hubiera aparecido.

—¿Qué te ocurre ahora, tía Dave? —protestó el niño, molesto por tener que irse tan rápido—, ¿has encontrado el móvil?

—He dicho que nos vamos. ¡Ahora!

Convencí a Eric para que entrara en el coche a regañadientes, teniendo en ese momento no sólo a Margaret de morros, sino que Eric le acompañó todo el trayecto hasta casa. Ni siquiera me entretuve en gritar a los dos niños que discutían sobre algo que no llegué a escuchar. Subí directamente hasta mi habitación y me tumbé en la cama, analizando lo que acababa de ver y de vivir, segura de que ya no podría volver a casa de Jeyson Shalder.

Al menos dudaba que fuera a ser bien recibida allí.

Capítulo 7

—¿De verdad no vas a volver?

Sacudí la cabeza. La presión me estaba matando. Estaba segura que mi tensión debía estar por las nubes de las tres noches que llevaba en vela.

Después de que la impresión de lo que había visto, de analizarlo y buscar miles de explicaciones y decidir que fuera lo que fuera lo que se cociera en esa casa después de todo no era asunto mío, la realidad —muy aplastante, por cierto— sobre el motivo por el que estaba trabajando para ese maldito hombre me sacudió de golpe. Simplemente el dinero no iba a aparecer de la nada. Si no lo había hecho ya, no empezaría hacerlo ahora.

Eché hacia atrás el cuello y me di pequeños golpecitos en la nuca con el borde de las taquillas sobre el banco que nos sentábamos para cambiarnos de ropa.

—No puedo volver.

Emma se sentó a mi lado, ya con la ropa para regresar a casa.

—Aún no me has dicho que ha pasado para que decidas algo así. ¿Te hizo algo ese hombre?

Me puse directamente a la defensiva.

—No, nada, ¿por qué?

Ella enarcó una ceja.

—No pareces muy convencida.

—Sí, bueno —me enderecé y me saqué una zapatilla para empezar a quitarme el uniforme—, tuvimos otra pelea.

—Es tu jefe, mujer, debes aprender a agachar la cabeza si te interesa el trabajo... y si el agravio lo permite, ¿tan serio fue?

—No...

En realidad ni siquiera habíamos discutido. De hecho habíamos hablado poco y si me detenía a pensarlo había sido yo quien había hecho el mayor gasto de la conversación. Pateé el suelo desesperada y me froté la cabeza con fuerza. Aquello era una mierda.

—Vale, de acuerdo, ¿y qué vas a hacer ahora? Supongo que el dinero tendrás que dárselo de todas formas.

—Pues supongo que no lo dejaré correr...

Y menos desde lo que había ocurrido.

—¿Y no hay posibilidad de ir y disculparte?

Bufé.

—Si tuviera la cara para hacerlo ya lo hubiera hecho.

Pero era difícil hacer algo así, incluso podía imaginarme la escena si aparecía. Sacudí la cabeza, amargada.

—¿Fue tu culpa? —Esta vez Emma pareció escandalizada—. ¿qué hiciste? No me digas que te lanzaste como una loba...

—¿Qué? —la miré sorprendida. La imagen mental de esa escena también podía hacérmela y sentí un escalofrío. Decidí no pensar demasiado en lo que eso significaba—, por Dios, Emma, no, ¡claro que no!

—Oh, bueno, una pena.

Me sonrió dándome un codazo y yo traté de sonreír sin muchas ganas. Aún tenía que buscar la manera de conseguir el dinero.

—Será mejor que nos vayamos.

—Sí, estoy cansada —Emma me esperó hasta que me deshice del uniforme y me apresuré a seguirla hasta el aparcamiento—, por cierto, ¿no tiene poca seguridad esa casa?

—¿Hm?

La miré sin mucho interés.

—Sí, dijiste que entraste a la casa, ¿no? —asentí sin comprender—, ¿no había entrado antes tu sobrino con sus amigos? Según Eric les pillaron nada más cruzaron la puerta. ¿también te trataron como a una ladrona?

—No... yo tenía... —me callé de golpe y miré a Emma de pronto horrorizada—. Espera....— musité haciendo cálculos y empecé a enredar con las llaves en busca de las del coche.

—¿Qué ocurre? —Emma parecía preocupada, mirándome sin saber qué hacer.

—Tengo que hablar con Eric. Nos vemos luego, ¿vale?

—¿Qué? ¿Eh? Sí... ¿Estás bien?

—Sí, sí.

Entré en el coche y me apresuré a encender el motor, dando marcha atrás torpemente para salir del aparcamiento y crucé la ciudad a toda prisa, deteniendo el coche frente a la puerta del colegio justo cuando Eric y Margaret salían. Parecían enfadados por algo pero no me entretuve a averiguar de qué iba ahora la pelea, los agarré del brazo y los acerqué al coche, apretando los hombros de Eric mientras la niña entraba en la parte posterior del vehículo.

—¿Pasa algo tía, Dave?

—Oye, Eric, cuando entraste en casa del señor Shalder, ¿viste algo?

—¿Qué? —el niño se soltó bruscamente, a la defensiva—, ¿a qué viene eso ahora? ¿Aún sigues igual? Ya no he visto más a esos chicos y no hago esas cosas, además, ni siquiera sé por qué has dejado de ir a la casa del conde.

—Eric —insistí, obligando al niño a mirarme—, es importante, ¿qué viste ese día?

—¿Ver? Nada. No sé a qué te referes. Nos tenían vigilados desde que saltamos la valla, ¿sabes?

—¿Vigilados? —lo solté lentamente, extrañada.

—Sí, tiene un sistema de seguridad que es una pasada. Tiene alarmas silenciosas que se activan dentro de la casa conectadas con la policía directamente y una sala con un montón de cámaras de seguridad, ¿dónde crees que está el guarda de seguridad? —mi cara se fue poniendo blanca y la voz de Eric fue menguando—, ¿no lo sabías? Pero si trabajas allí...

Sacudí la cabeza.

—¿Entonces, llegasteis a entrar a la casa?

—Sí, Oliver rompió uno de los cristales. Pensábamos que la casa estaba vacía pero el conde nos esperaba al otro lado. Sabía que éramos unos críos por eso se lo tomó con tranquilidad y nos reprendió como si fuera nuestro padre —pareció avergonzado—. Todo hubiera terminado en una

bronca del conde pero el imbécil de Norman se hizo el gallito y trató de envalentonarse, lanzándole una figura que había en el recibidor y salimos todos corriendo. Para entonces la policía ya estaba allí y bueno... sabes el resto.

—Ya...

¿Así que Jeyson sabía que Eric y los demás entraban a la casa? Un sudor frío empezó a recorrerme la espalda. ¿Y si sabía que yo también entraba? ¿Y si me había dejado que subiera a la segunda planta y curioseara aquello? Noté el cuello rígido, de pronto emocionada y me di cuenta que aún agarraba a Eric. Lo solté de golpe.

—¿Estás bien, tía?

—¿Eh? Sí, sí, entra al coche —ordené, apresurándome a meterme en el coche y volví a ponerlo en marcha.

—¿A dónde vamos? —se interesó Margaret mirando por la ventanilla con las dos manos en el cristal—. El salón de baile está en la otra dirección.

—Hoy no habrá baile. Os dejaré en casa de Emma que tengo que ir a trabajar.

—¿Qué?

Margaret se giró alarmada.

—Se me hará tarde si te dejo allí.

—Puedo ir andando.

—Deja de decir tonterías.

La niña se cruzó de brazos y suspiré, mirando la hora. Aún había tiempo y yo estaba siendo irracional. Miré a Eric.

—No me moveré de allí —recitó con una media sonrisa, resignado— e iremos después directamente a casa de Emma.

—Sigues castigado —le recordé.

—Sí, hasta que me licencie o algo así.

—Tú lo has dicho.

Me apresuré a dejarlos en el salón del baile y tras repetirle a Eric lo mismo conduje nerviosa hasta la mansión de Jeyson Shalder, unos nervios que aumentaban progresivamente en la boca del estomago y se expandían por el resto del tubo digestivo a medida que me acercaba a la puerta. Tras vacilar un poco, decidí abrir con la llave que aún no había devuelto. Fue Eliane quien me abrió la puerta de entrada.

—Vaya, pensé que no regresarías.

—Sí... bueno... —sonreí, aunque por su expresión creo que no fui lo suficientemente convincente.

—Señorita Elliot —Por un momento, al escuchar la voz de la señora Hermey, me costó identificar si lo que sentí fue alivio o decepción. Me giré con reticencia. Las facciones de la secretaria eran severas—. Venga conmigo un momento.

—Te has metido en problemas, ¿eh? —comentó Eliane sin ninguna emoción, siguiendo con sus tareas mientras yo dejaba que la mujer me guiara hasta su despacho. Cuando entramos, fue derecha a su mesa y rodeándola se sentó, indicándome con una mano que hiciera lo mismo.

—Seré sincera, señorita Elliot —comenzó entrelazando los dedos sobre la mesa—. Me ha decepcionado —la observé sin decir nada. Estaba segura de que ni esperaba ni deseaba que la respondiera y me limité a satisfacerla—. Lleva tres días sin venir y no ha contactado en ningún momento para excusarse, ¿cómo debo entender este atrevimiento? ¿O piensa que esta casa es un lugar de ocio que vine cuando desea y cuando no le apetece no aparece? Firmó un contrato pero como veo que no le interesa...

—Espere, señora...

Moví una mano para intentar hablar y explicarme pero en ese momento la puerta se abrió y la

mujer alzo la vista, contrariada, dispuesta a decir algo a la persona que había osado importunarla pero algo hizo que se lo pensara mejor y se levantó de su silla, haciendo que me girara también con curiosidad.

Jeysen Shalder se encontraba en medio de la estancia.

—Déjame a solas con ella, Emily.

—Pero señor, puedo hacerme cargo perfectamente para...

—Por favor —insistió él sin mirarla, con los ojos oscuros clavados en mí. Le sostuve la mirada sin vacilar. No iba a intimidarme.

—Como quiera.

La mujer salió del despacho con la espalda erguida y yo me levanté de la silla lentamente, encarándome. Estaba claro que aquel hombre pasaba mi metro setenta y cinco pero aún así podía hacerle frente más fácil de pie que sentada.

—Ha tenido el atrevimiento de volver después de lo ocurrido.

—Me ha sorprendido que no le haya preocupado que pudiese irme de la lengua.

Sus ojos me estudiaron cuidadosamente y sin quererlo noté como me perturbaba esa manera de mirarme. Me revolví incomoda.

—¿Y qué iba a decir? —la idea le parecía graciosa pero a mí me enfureció.

—¿Tal vez hablar de las practicas poco morales que se realizan en esta casa?

—Los deseos sexuales de cada quien son asunto privado, no deberían importunarla, señorita Elliot. Todos tenemos deseos ocultos.

Bufé pero me crucé de brazos a la defensiva. Mis relaciones sexuales hasta ahora habían sido muy normales y no se me había pasado por la cabeza cambiar de practica. Era una chica muy normal.

—No soy tan morbosa, señor Shalder, aunque debo imaginar que usted si tiene gusto por ese tipo de perversiones si se practican en su casa, ¿suele participar mucho en ellas?

My voz se fue apagando. Mi desbordante imaginación me jugaba una mala pasada, imaginando a aquel hombre en una posición semejante al que había visto la otra noche en una de esas habitaciones prohibidas. Noté como me sonrojaba ligeramente y me obligué a centrarme en otra cosa, en cualquier otra cosa.

—¿Por qué, señorita Elliot? —ni siquiera parecieron afectarle mis palabras—, ¿le gustaría participar?

Aquello sí me sorprendió. Lo miré a la cara con la boca abierta, sin saber que decir hasta que noté como el calor subía bochornosamente a mis mejillas y me llevé inconscientemente una mano a la mejilla.

—¿Participar? ¿Qué? ¡No! —lo señalé con un dedo, moviéndolo frente a él—, ¿estás loco? Siento tener que decirle que no comparto ese tipo de perversiones. No me dan morbo esas cosas y no planeo experimentarlo —¿Por qué me sentía tan nerviosa? Estaba claro que la culpa la tenía el hecho de no poder quitarme esa imagen de la cabeza, incluso me había encontrado esos días investigando sobre ello por internet—. Soy una persona normal... muy a diferencia de usted.

Sus ojos se entrecerraron suavemente y dio un paso hacia mí. Retrocedí instintivamente hasta chocar contra la mesa del despacho y me obligué a levantar la cabeza, cohibida, dejándome rodear por el cuerpo de aquel hombre, sin que llegara a tocarme en ningún momento, sin rozarme siquiera pero su proximidad era embriagadora, podía sentir el calor de su cuerpo, el olor de su colonia mezclado con el del jabón. Su rostro estaba tan cerca... No me di cuenta pero desvié la mirada hacia sus labios, entreabiertos y provocadores y por un momento sentí un impulso, algo que me espantó aún más que cualquier otra cosa.

—Es una lastima, señorita Elliot —la suavidad de sus palabras me acariciaron el cuerpo, dejándome helada cuando se echó hacia atrás, apartándose de mí y se dio la vuelta.

Tardé varios segundos en reordenar las ideas.

—¿Estoy despedida? —logré preguntar antes de que saliera por la puerta.

—No, aún tiene una deuda que pagar. La manera en la que quiera hacerlo es su decisión.

No se detuvo, siguió su camino pero yo me quedé en esa misma posición, aún sintiendo el calor de mis mejillas y el hormigueo en todo el cuerpo, mirando embobada la puerta vacía. ¿Era mi imaginación o había entendido con sus últimas palabras que me estaba invitando a algo más?

Cuando mi cabeza reaccionó lo suficiente para pensar en ir a cambiarme y empezar a trabajar, me di cuenta que no había abordado con él lo que realmente me rondaba por la cabeza, el motivo por el que no me había detenido al igual que a Eric cuando entré en la casa aquella noche, por qué no impidió que viera lo que sucedía aquel día en esa habitación y quitarme de la cabeza que realmente me había dejado entrar a propósito con la idea de que viera aquello. Era algo que no sabía si eso me inquietaba o me excitaba.

Capítulo 8

Los días pasaron sin ningún contratiempo, como si nada de lo ocurrido aquel día hubiera sucedido, como si nunca hubiera descubierto parte de lo que se cocía en esas habitaciones cerradas por la noche pero, incluso sin que nadie llegara a decirme que no dijera nada, que mantuviera la boca cerrada, simplemente no comenté aquello con nadie, ni siquiera con Emma que solía observarme con una ceja levantada cada vez que me encontraba abstraída.

Aún no entendía el motivo por el que no quería hablar de ello, esconderlo, pero si algo había cambiado era que en vez de intentar evitar a Jeyson Shalder, me sorprendía muchos momentos buscándolo con la mirada, acercándome a su despacho, el lugar donde solía pasar la mayor parte del tiempo cuando permanecía dentro de la casa, con el pretexto de limpiar algo o lustrar un poco más los cristales impolutos, sólo con la intención de poder verlo o conseguir cruzarme con él de manera accidental.

No lo había vuelto a ver y antes de darme cuenta, había pasado más de una semana y mis ánimos habían ido decayendo por momentos.

—¿Te ha pasado algo últimamente?

Miré a Emma sin comprender. Cuando iba a buscar a Eric y Margaret estaba por lo general tan cansada que solía rehusar su oferta de entrar y cenar algo en su casa antes de irme, incluso aunque luego no llegara a comer nada.

—No, ¿por qué?

Lancé una mirada a Margaret que salía bostezando hacia las escaleras.

—Hola, tía Dave...

—¿Has cogido todo?

—Sí...

—¿Y la bolsa con las cosas de baile?

—Sí, sí... te espero en el coche.

—No, espera a Eric. ¡Margaret! —apreté los dientes cuando la vi bajar las escaleras sin obedecer y me enfrenté a la sonrisa de Emma.

—Es complicado ser madre —se encogió de hombros—. Eric, sal ya que a tu tía le va a dar algo. Está jugando a la play con mi hermano que vino de visita.

—¿Qué? —bajé la voz—, sigue castigado, ¿lo sabías?

—Ha hecho todos los deberes, ha estudiado y hasta ayudó a mi madre a hacer la cena. Dale un respiro.

Me puse de morros.

—Supongo que tienes razón —admití con un suspiro—. Últimamente estoy muy cansada.

—Diría que irritada, ¿seguro que no te ha pasado nada?

Desvié la mirada vacilante, clavándola en el suelo gris.

—No... en realidad no....

—Hmm —aceptó ella, revolviéndole el pelo a Eric cuando cruzó la puerta y pasó por su lado —. Si no fuera porque no lo veo posible con el poco tiempo que tienes, diría que tienes mal de amores —bromeó.

—¿Qué? —la miré escandalizada.

—El conde le habrá dado calabazas —opinó Eric despreocupado.

Le lancé una furibunda mirada y le di un golpe en el brazo.

—¡Baja con tu hermana ahora mismo!

—Sí, sí, ahora la culpa es mía de eso también.

—Eric....

Vi como bajaba sin prisa por las escaleras y bufé, girándome hacia Emma que me miraba entre la sorpresa y la duda con los ojos ligeramente entrecerrados.

—¿Habla en serio?

—¿Qué? ¡No! ¿Estás loca? Es un conde, es rico, imbécil, sé creé que puede comprar a cualquiera y es... es...

Enmudecí lentamente y los ojos de Emma se entrecerraron aún más, sin que sus ojos reflejaran nada de burla.

—Te lo volveré a preguntar, ¿habla en serio?

—¡Qué he dicho que no!

Sacudí la cabeza y empecé a bajar también las escaleras.

—¡Dave, recuerda que guarda a sus víctimas dentro de esas habitaciones cerradas!

Sacudí la mano sobre mi cabeza sin girarme. Joder, lo que guardaba dentro de esas habitaciones no eran precisamente víctimas... al menos no de la manera que Emma decía y eso que estaba segura de que yo sólo había visto parte de lo que realmente se organizaba en esa casa. Me detuve en el portal, mirando a Eric y Margaret apoyados en el coche y suspiré, frotándome la cara con fuerza. ¿En qué estaba pensando? No tenía tiempo para esas cosas, para ningún tipo de placer o distracciones. No tenía tiempo para caer en algo que ocupaba tanto tiempo como el amor, y menos iba a cometer el error de enamorarme de un hombre como Jeyson Shalder que posiblemente no sólo a mí, sino que no veía a las mujeres sino como herramientas de sexo, como objetos para obtener placer.

Volví a suspirar y me uní a los dos niños, abriendo la puerta del coche y ordenándoles que entraran. Tal vez debía centrarme en lo único que importaba en ese momento, que eran los niños de mi hermana, verlos crecer, poder darles unos estudios, una educación y el hogar que habían perdido y que yo no podía reemplazar pero que trataba de hacerlo lo mejor posible.

—Aquí no hay lugar para estar pensando en mí misma —murmuré antes de agarrar el volante con las dos manos y girarlo.

—¿Dices algo, tía Dave?

—No, sólo que nos vamos a casa.

Comprender algo así no me ayudó a sentirme mejor, pero sí a centrarme más, aunque por las miradas que me lanzaban todos a mi alrededor, preocupados, tal vez no había sido la mejor idea pasar de un extremo a otro tan de golpe. Incluso Eliane se mostraba especialmente callada y más taciturna si era posible, torturando los suelos y golpeando los inodoros.

Tal vez encontrarme aquella tarde con Jeyson Shalder no fue lo mejor que podía ocurrir precisamente.

Tal vez verlo volver a casa del brazo de una mujer no fue lo mejor que podía pasarme. Me sentí extrañamente dolida, más de lo que me había afectado el distanciamiento de Matt y aunque comprendía que aquello era absurdo, que ni siquiera compartíamos una amistad, ni siquiera podía decir que éramos conocidos o que hubiéramos compartido más de una conversación, mi cerebro no parecía encajarlo de la misma manera.

Me giré bruscamente, dándome la vuelta con el cubo de agua, sin importarme que me vieran y dejé a la imaginación de los dos pensar lo que quisieran de mi comportamiento y me di prisa en terminar, negándome a quedar allí más del tiempo que me correspondía. Me despedí de Eliane antes de que ella llegara a cambiarse de ropa.

—Se le ve con prisa, señorita Elliot.

Me sorprendió que Jeyson saliera de unas sombras en el jardín, con las manos en los bolsillos y una chaqueta de lana sobre los hombros.

—¿Qué hace aquí? —cerré la boca de golpe, desviando la mirada. No quería verlo ni hablar con él, algo tan irracional...

—Paseo, señorita Elliot, es mi jardín.

—Sí, ya lo sé. Sólo me había sorprendido —señalé la puerta—. Debo irme.

—¿Tiene prisa?

Apreté los dientes.

—No... sí, he quedado. Ya sabe —intenté mostrarme todo lo ácida que pude—, esas citas normales para gente que hace cosas normales. Supongo que esas cosas le resultarían aburridas — intenté sonreír mostrándole los dientes— pero si no me equivoco esta noche se encontrará en buena compañía. Así que yo me voy ya y Eliane no tardará en irse para que pueda comenzar una de sus... fiestas.

Intenté alcanzar la puerta, deseando que no volviera a hablar.

—La noto molesta por algo.

—Déjeme en paz —gruñí.

Abrí la puerta y caminé dando zancadas hasta el coche, abrí la puerta y tras sentarme en la cabina, me di varios golpes en la frente con el volante y arranqué, echando marcha atrás para unirme al tráfico e ir a casa de Emma a buscar a los niños.

—Te veo cansada, tía Dave —comentó Margaret sentándose conmigo en el sofá.

—Sólo me hago vieja —aseguré echando hacia atrás la cabeza y cerré un segundo los ojos—, ve a cambiarte que mañana hay clase y tienes que dormir.

—Eric dice que estás ya cansada y que cuidarnos te está consumiendo, que seguramente estás arrepentida de haberte quedado con nosotros y no habernos abandonado.

Abrí los ojos de golpe y giré el cuello para mirar a Margaret. La niña me observaba muy seria, arrodillada en el sofá.

—Eso no es cierto —dije muy seria y me giré completamente para agarrarle a la niña las manos—. Sois mi familia y os quiero.

—Eric vio a Matt el otro día —noté un nudo en el estómago pero no era producido por lo que debería sentir en ese momento, sino porque ese problema hubiera involucrado de alguna manera a

mis sobrinos—, estaba con otra chica... —no respondí. No sabía que decir. Era algo que ya me había imaginado, ni siquiera me pillaba desprevenida, pero no sabía qué decirle a una niña—. Eric dice que si no fuera por nuestra culpa hubieras sido tú quien estaría abrazada a él ese día y no aquella chica.

—Ey —dije muy seria, mostrándome todo lo convincente que podía—. Matt y yo ya lo habíamos dejado. Es normal que él tenga otra novia. No tiene nada que ver con vosotros. Sois lo más importante para mí.

Margaret me miró, estudiando mi expresión.

—Somos una carga para tu vida, tía. Lo sabemos.

—¡No! Sois mi familia, eso es lo que sois y escúchame, no pienso ni ahora ni nunca cambiaros por un hombre. ¡Tenlo claro siempre!

—Sí... —dijo Margaret con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos y se levantó, agarrando su mochila—, eso ha dicho Eric —dijo acercándose a la puerta—, dijo que éramos parásitos, que nosotros te chuparíamos toda tu energía, toda tu vida y juventud hasta que te convirtieras en una amargada lamentándote por una vida y una familia propia que sacrificarás por nosotros.

La niña se perdió al girar hacia la derecha y la escuché subir las escaleras, con los ojos muy abiertos, sorprendida por lo que acababa de oír y tras unos segundos de pausa, me levanté y subí las escaleras de dos en dos, parándome un momento frente a la puerta de Eric y tras respirar hondo, giré le manillar sin llamar.

—¡Eh! —gritó Eric terminando de ponerse la camiseta por la cabeza—, ¿es que no sabes llamar? ¡Voy a poner un cerrojo!

—¿Qué es lo que vas contando a tu hermana?

—¿De qué estás hablando ahora? ¿Ya has terminado de volverte loca?

—¿Qué es eso de que sois parásitos y...? —no terminé de hablar, bajando la voz hasta que ésta quedó en un murmullo cuando vi como le cambiaba bruscamente la expresión a Eric, girando la cabeza y mirando a otro lado con los labios apretados.

Oh...

—Es la verdad —dijo él también en voz baja—, Margaret es una niña y puede que no lo vea pero yo no estoy ciego.

—Pero sí sigues siendo un niño —solté bruscamente, incapaz de encontrar las palabras para hacerlo sentir mejor. Yo nunca había servido para eso. Era mi hermana la madraza, la que siempre sabía cuando ser dura, cuando dar un abrazo o cuando cruzarse de brazos. Ella era perfecta en todo, yo sólo una alocada, una irresponsable e insensible, una persona caprichosa y egoísta como tantas veces mi madre me había recordado. Abrí la boca para decir algo pero volví a cerrarla sin llegar a decir nada. Miré a Eric unos instantes y luego el desorden de la habitación con la ropa tirada por el suelo, los libros sobre la cama y bolsas de snacks vacías por todos lados. Tampoco dije nada. Me di la vuelta y salí de la habitación, quedándome inmóvil con la espalda apoyada en la puerta cerrada de la habitación mirando al vacío—. Después de todo no sirvo ni como sustituto de madre.

Incluso aunque lo había creído imposible, mi estado de ánimo empeoró mucho más. Me sentía taciturna y me pesaba el cuerpo. No conseguía dormir bien por las noches y llegó un momento en el que había noches que no llegaba a conciliar nada el sueño y eso causaba problemas en el trabajo. Emma también lo notó, sobre todo porque mi falta de apetito y mi poco ánimo para intentar comer algo, hizo que adelgazara. Incluso hasta yo podía empezar a notar lo demacrada que estaba cuando me miraba al espejo.

Al menos no volví a ver a Jeyson Shalder, algo que ni siquiera sabía si era algo bueno o algo malo. La absurda parte de mí —la no racional obviamente—, aún quería toparse con él, la otra —la que aún era capaz de razonar incluso sin la fuente necesaria de vitaminas y proteínas—, me decía que era lo mejor, que no conseguiría nada bueno relacionándome con un hombre como él. Estaba claro que aunque era de diferente manera, no era mucho mejor que Matt.

—¿Estás bien?

Para que Eliane me preguntara eso debía ser que mi aspecto era lamentable. Intenté sonreír. Comenzaba a sentirme mareada.

—Cansada —admití.

—¿Por qué no te coges mañana el día libre? —sugirió—. En realidad puedo hacerme cargo yo sola mañana. Ni siquiera va a estar el señor Shalder en casa.

—¿Ah, no?

Aún me preguntaba como se enteraba esa chica de todas esas cosas con la indiferencia que parecía tener ante todo. Bueno... se estaba preocupando por mí, tal vez no era tan fría y sin corazón como daba a entender.

—Una comida con la familia y esas cosas —se encogió de hombros sin dejar de frotar el techo del armario.

Parpadeé sin dejar de sostener la escalera.

—¿Tiene familia?

La vi volver a encogerse de hombros.

—Generalmente la gente tiene familia, ¿no?

—Sí, bueno...

No sé por qué había dado por hecho que era un lobo solitario, sin familia y con cicatrices en su alma, ¿así que también tendría una madre cariñosa, un padre severo y unos hermanos? No podía evitar preguntarme si alguno de ellos compartiría esas extrañas aficiones.

—Piénsate lo de tomarte el día libre, pero avisa a la señora Hermey, no vaya a ocurrir lo mismo que la otra vez o terminarás despedida.

Capítulo 9

Al final me había tomado el día libre. Después del trabajo en el supermercado había aprovechado para ver el ensayo de Margaret con un aburrido Eric, con quien desde aquella

pequeña conversación en su cuarto no habíamos hablado demasiado y había decidido tirar la casa por la ventana, llevándolos a cenar a una hamburguesería en el centro comercial. Telefoneé a Emma para que se nos unieran pero su exmarido había aparecido por sorpresa y tenía que solucionar eso primero.

—¿Quieres que vaya? —me ofrecí frotándome la sien derecha con la mano libre.

—No, puedo resolverlo sola. Además, está mi hermano hoy en casa.

—Hm, vale, si necesitas algo, cualquier cosa, llámame.

—Claro, y tú aprovecha y descansa. Te oigo muy apagada, ¿estás bien?

—Cansada.

No mentía. Me sentía cansada, agotada, pero llevaba medio día mareada y con el estómago revuelto y ganas de vomitar. Miré la nuca de Eric que caminaba delante de nosotras intentando enfocarlo bien. Comenzaba a ver borroso pero estaba segura que después de dormir se me pasaría todo. Tampoco es como si pudiera permitirme ir a un hospital. Guardé el móvil en el bolso y miré a mi alrededor. No había sido el mejor centro comercial que podíamos haber elegido. Estaba demasiado en el centro, cerca de una de las calles más lujosas de la ciudad y ver a tantas persona con cuellos estirados y mirando a residuos como yo por encima del hombro y un rictus en los labios, no ayudaba a sentirme mejor.

—Podíamos haber ido a otro lado —suspiré.

—Está cerca de la academia.

—Hm.

No discutí. Tampoco es que me fuera a pasar nada por tragarme a varias personas mirándome como si fuera lo más bajo de lo más bajo del mundo. A estas alturas me daba todo igual. O casi todo.

Eric fue el primero en detenerse. Eso ya de por sí solo me extrañó, pero que se diera la vuelta ya tratara de inventarse una mala excusa para ir por otro lado, sólo hizo que sintiera curiosidad

por ver aquello que tantas ganas tenía de evitar que viera.

Tal vez hubiera sido mejor hacerle caso y haber retrocedido para volver tras mis pasos.

Matt se encontraba a pocos pasos de distancia, muy acaramelado con una chica de cabello negro muy corto y bastante ligera de ropa. Suspiré y detuve los intentos de Eric por alejarme de allí.

—Eh, estoy bien, ¿de acuerdo? No pasa nada.

Y hasta intenté sonreír mientras caminaba hacia delante, dispuesta a afrontar lo que fuera que pudiera pasar.

—Tía Dave... —susurró Margaret agarrándome de la mano como si intentara darme fuerzas.

—La hamburguesería está delante, ¿no? No vamos a cambiar de planes ahora.

Aún así no pude evitar ponerme tensa cuando Matt levantó la mirada y me vio, de pronto borrando la sonrisa y se inclinó para susurrar algo a la chica, quien se giró para mirarme también con una sonrisa desagradable. Cuando llegamos a la misma altura, por un momento estuve tentada de seguir mi camino, sin detenerme cuando Matt lo hizo.

—Ey, Dav, ¿cómo te va?

Ni siquiera intenté, sonreír y miré como Matt intentaba revolver el pelo de Eric, quien se apartó bruscamente antes de que su mano llegara a tocarle.

—Bien —mentí— y veo que a ti también.

Eché un vistazo a la chica que no dejaba de masticar desagradablemente un chicle.

—¿De verdad fuiste su novia? —escupió precipitadamente—, sí que tenías mal gusto, Matt.

—Ya, estás muy desmejorada, Dav, ¿estás bien seguro?

—Perfectamente.... —Noté como un espasmo me sacudía la cabeza y todo comenzaba a dar

vueltas. Sé que intenté agarrarme a algo, desesperada por mantener el equilibrio y noté como caía ante la cara de espanto de todos y los gritos de Margaret.

No llegué a tocar el suelo. Unos fuertes brazos me sujetaron con fuerza pero en vez de enderezarme me ayudaron a sentarme en el suelo, manteniendo los brazos alrededor mío.

—Llamaré a una ambulancia, señorita Elliot.

No necesité girarme para comprobar que aquella voz cerca de mi oído era la de Jeyson Shalder. Contuve la respiración y traté de arrebatárle el móvil, intentando enfocarlo.

—No hace....

Incliné la espalda hacia delante, ahogando unas nauseas y me apreté con fuerza una mano en la boca, conteniendo mal las ganas de vomitar.

—Joder —escuché a la novia de Matt—, va a vomitar, que asco.

Y posiblemente hubiera terminado vomitando en mitad del centro comercial si Jeyson no me hubiera cogido en brazos y me hubiera llevado al servicio de mujeres, acompañándome dentro y manteniéndose a mi lado mientras dejaba que lo poco que había almorzado terminara dentro de la taza del inodoro y deseando que de paso me tragara a mí también y me evitara tener que soportar más esa humillación.

Ni siquiera entendía por qué habían permitido a Jeyson que se quedara en los servicios de mujeres, pero las dos mujeres que había entro comprendieron rápidamente la situación y se apresuraron a salir, dejándonos completamente solos con mi dignidad yéndose por el desagüe a la misma vez que lo hacia los restos de mi estómago.

—Estoy bien —dije entre dientes, intentando apartarlo para poder acercarme a los lavabos sin ayuda—. Puedo yo sola.

—Te estás tambaleando, mejor piensa lo que dices.

—Puedo cuidarme sola —insistí pero no intenté apartarlo de nuevo, dejando que me rodeara con un brazo y me ayudara a caminar. Incluso fue él quien abrió el grifo para que pudiera

enjuagarme la boca—. Y me gustaría tener un poco de intimidad mientras ofrezco una parte tan desagradable de mí misma.

—Estar enfermo no es desagradable.

Lo miré a través del espejo. Ni siquiera su mirada bromeaba y sentí un vuelco en el corazón, apartando la mirada. No debía olvidar que aquel hombre estaba lejos de ser perfecto por mucho que lo pareciera.

—Déjame sola —pedí—. Tendrás cosas que hacer.

—Estaba buscando un regalo para mi hermana pero es algo que puede esperar.

Oh. Esta vez volví a mirar su reflejo a través del cristal mientras hundía las manos en el grifo y me las pasaba por el pelo para limpiar un poco el sudor de la frente. ¿Así que también podía hacer algo tan humano y normal como preocuparse por el regalo de una hermana?

—No necesita hacerlo esperar por mi culpa —intenté sacudir una mano para dar mayor énfasis a mis palabras. Un error. Noté como la cabeza volvía a darme vueltas y me aferré con las manos al lavabo, dejando que Jeyson volviera a apretarme contra su costado.

—Debería verla un médico —dijo con expresión preocupada mientras me ayudaba a salir del baño. Eric y Margaret se acercaron a mí corriendo.

—Tía Dave, ¿estás mejor?

—Necesita que la atienda un médico —sentenció Jeyson sin esperar mi aprobación.

—He dicho que... —empecé, mirando de refilón como Matt miraba la escena sorprendido, igual que su novia que miraba a Jeyson con la boca abierta.

—Si lo creé necesario... —aceptó Eric de inmediato, siguiéndonos sin importarle nada mi opinión.

—He dicho que no lo necesito —protesté—. Una vez vaya a casa y descanse estaré bien... Puede dejarme sola —intenté apartarlo de nuevo y esta vez los brazos de Jeyson cedieron,

liberándome una vez llegamos al aparcamiento.

—De acuerdo, hagamos una cosa, señorita Elliot, llamemos a un adulto que pueda atenderla y al que pueda recurrir si se encuentra otra vez mal y tienen que llevarla a un hospital y que pueda hacerse cargo de los niños mientras usted se encuentra mal y yo me iré y dejaré de molestarla.

Apreté los dientes, o al menos intenté hacerlo mientras hacia ademán de buscar las llaves para abrir el coche.

—Ya he dicho que estoy bien...

—No hay tal adulto —me traicionó Eric sin siquiera pensarlo. Lo fulminé con la mirada.

—Puedo llamar a Emma —me defendí.

—Le ha dicho por teléfono que estaba con su exmarido. No puede venir —le explicó Margaret a Eric inocentemente pero me obligó a fulminarla esta vez a ella con la mirada.

—¿Y no hay nadie más?

No estoy segura si Jeyson lo preguntaba por sencilla curiosidad o por que le preocupara realmente mi integridad. No lo conocía lo suficiente como para poder decir si su preocupación era real o no.

—No necesito a nadie —mentí, consiguiendo dar con las llaves pero permanecieron en mis manos el tiempo que Jeyson tardó en quitármelas.

—No estará pensando en serio conducir en su estado, ¿verdad?

—Oye, mire —murmuré apretando el cuerpo al coche para sostenerme mejor—, te agradezco la ayuda, el que hayas tenido que ver como vomito miserablemente y que seas capaz de mantenerte entero a mi lado con las pintas que debo tener ahora y todo eso pero en serio, debería preocuparse de usted y dejadme en paz. Deme las llaves.

Extendí la mano con la palma hacia arriba a la espera pero él ni siquiera la miró, completamente pendiente de mi rostro. Después se volvió hacia los niños que me miraban

preocupados.

—Mi coche es ese negro de allí —señaló un mercedes que destacaba un poco entre el resto y sacó del bolsillo del pantalón de su traje una llave, tendiéndosela a Eric—, entrad y esperadnos dentro. Enseguida vamos.

—¿Qué? —vi como Eric aceptaba la llave y agarrando de los hombros a Margaret echaban a correr hacia el coche, emocionados—, No. ¡Eric! ¡Margaret! He dicho...

Me callé bruscamente al ver como Jeyson inclinaba la espalda hacia mí y su rostro quedaba a escasos centímetros del mío. Lo miré aún con la vista borrosa.

—Tiene dos opciones, señorita Elliot —comenzó con tranquilidad—, una; puede ir hasta mi coche por su propia voluntad y yo sólo la ayudaré a llegar hasta él... o puede elegir que la lleve en brazos. Igual le ha gustado el paseo hasta los servicios.

Me sonrojé violentamente y traté de apartarlo con una mano.

—No sea absurdo.

—Y si no quiere hacerlo por usted, piense en esos niños, ¿o de verdad planea conducir en ese estado? ¿Planea matarlos?

Estoy segura de que lo fulminé con la mirada antes de apartarme de mi coche y echar a andar hacia el suyo, una hazaña que no hubiera conseguido si él no me hubiera ayudado a andar. Cuando por fin me hube sentado a su lado y me aseguré de que los niños tenían ajustado el cinturón de seguridad, apoyé la cabeza en la ventanilla, agradeciendo la frescura del cristal.

—¿Sabe donde vivo? —me interesé sin darle mucha importancia al asunto, sólo para romper el silencio cuando él arrancó y condujo suavemente por la carretera.

—Eso no es importante —aseguró, haciendo que lo mirase sin apartar la mejilla del cristal.

—¿No lo es? —mi voz sonaba incrédula.

—No, señorita Elliot, porque no vamos a su casa, sino a la mía —sus ojos oscuros se giraron

hacia mí, cautelosos—. Dormiréis allí.

Capítulo 10

—¿Te has vuelto loco?

Había intentado negarme con todas mis fuerzas pero el problema residía en que mis fuerzas estaban bastante limitadas en ese momento y nadie parecía hacerme caso. Al menos conseguí ser bastante firme cuando Jeyson intentó volver a cogerme en brazos para llevarme hasta la casa una vez dejó el coche en el garaje de la parte trasera. Aún así, no me soltó en ningún momento, ayudándome a caminar y sosteniéndome con una mano alrededor de la cintura.

—¿Señor Shalder?

La señora Hermey se detuvo al vernos entrar a todos, pasando sus ojos sorprendidos del rostro del hombre hasta girarlos hacia mí reparando en los dos niños que caminaban detrás.

—Emily, que preparen unas habitaciones. Pasaran la noche aquí.

—Por supuesto —dijo ella muy solemne sin dejar de mirarme, bajando la mirada hacia la mano que Jeyson mantenía en mi cintura. Por algún motivo me sonrojé y si no traté de apartarme con rudeza fue por miedo a caer en el suelo y hacer aún peor mi puesta en escena. Me incomodaba lo que esa mujer pudiera estar pensando de mí en ese momento ya que no dudaba que ella fuera una de las que estaban al tanto de lo que sucedía por la noche en esa casa—, ¿a ocurrido algo?

—La señorita Elliot no se encuentra muy bien.

Podía ver la manera significativa con la que los dos intercambiaban miradas, como si no necesitaran decirse nada más. La mujer asintió con la cabeza y se dio la vuelta, dejándonos solos un momento.

—Oye —gruñí—, puedes soltarme, ¿sabes?

Los ojos de Jeyson se desviaron hacia mí, sin girar la cabeza.

—¿Tantas ganas tienes de arrastrarte por el suelo?

Fue la entonación, sí, estoy segura que fue eso y no el significado que mi mente le dio a sus palabras, lo que hizo que el calor de mis mejillas se intensificara y contuve ruidosamente la respiración, sofocada.

—Sí, tía, Dave, deberías dejar de ser tan orgullosa y permitir que los demás te ayuden para variar.

Intenté lanzarle una nueva mirada fulminante a Eric cuando se puso delante, una vez más sacando la cara por aquel hombre. Mis dientes rechinaron y posiblemente mi cabeza dio más de una vuelta, arrepintiéndome de ello inmediatamente y suspiré.

—Oye, ¿te recuerdo el motivo por el que conoces al señor Shalder, Eric? —solté rencorosa, mirando a Eric que se encogió de hombros como si no le preocupara.

—Es justo lo que pasó —dijo muy serio aunque algo avergonzado—. Cometí un error y él fue muy amable conmigo.

Y era yo quien tenía que pagar la deuda por su culpa. Sí, eso era magnífico.

—Debería dejar de ser tan inmadura, señorita Elliot —esta vez la voz divertida del señor Shalder, volviendo a caminar hacia uno de los saloncitos laterales, donde dejó que me sentara a mi gusto, hizo que me sintiera increíblemente avergonzada... aunque por un motivo diferente—, está tratando de competir con un niño de catorce años.

Hice una mueca de disgusto.

—Se nota que no es padre.

—Y por lo que tengo entendido usted es madre desde hace muy poco.

—Está empezando a fastidiarme —gruñí.

—Tal vez debería probar a ser madre desde el principio, ya sabe, desde el proceso de cía de

un bebé, puede que vea las cosas desde otra perspectiva.

Intenté bufar a la misma vez que intentaba enfocarlo para fulminarlo con la mirada. Creo que no conseguí darle el efecto que deseaba porque su sonrisa era perfecta, maliciosa y muy sensual. Desvié la cabeza asqueada conmigo mismo. Ya no podía mostrarle peor aspecto de mí misma que el de arrodillada con la cabeza medio hundida en el retrete vomitando. Cerré los ojos para no agobiarme demasiado con eso.

—Sí, por supuesto que sería muy buena idea —mascullé irritada llevándome una mano a la cabeza—, ¿y se ofrece usted para hacerme ese hijo o tengo que buscarme a alguien más para ello?

Se suponía que era una broma pero vi como borraba la sonrisa lentamente, sin responder y deseé haberme mordido la lengua antes de decirlo en voz alta. Por suerte en aquel momento volvió a entrar la señora Hermey junto a Eliane que me miró sorprendida, enarcando una ceja inquisitiva y el cocinero que hizo señas a los niños con la mano.

—Me han dicho que hay unos niños en la casa —dijo el hombre con una sonrisa, frotándose las manos con un trapo de cocina—, ¿alguno tiene hambre?

Parecía encantado de tener niños para dar de comer. Eric fue el primero en mirarme mientras Margaret se escondía detrás de su hermano, también mirándome. No dije nada, me limité a echar una ojeada a Jeyson, pasándole toda la autoridad. Joder, no era mi casa y estaba claro que no me consideraba una invitada. Sólo era alguien que deseaba salir corriendo de allí antes de que llegara la noche.... al menos no podía dejar a los niños allí por si por casualidad terminaban viendo o escuchando algo que no debían. Al final Jeyson asintió con la cabeza.

—Pero no toquéis nada —les advertí intentando dar un tono severo a mis palabras—, o esta vez lo vais a pagar vosotros.

Escuché una risita queda a mi lado y miré a Jeyson molesta. Él se limitó a llevarse una mano a la boca con disimulo antes de mirar a su secretaria.

—¿Están las habitaciones listas?

—Sí —fue la única respuesta de la mujer sin apartar la mirada de Jeyson. Volvían a mantener esa silenciosa conversación de miradas donde estaba claro yo no estaba invitada—. También he

llamado a un médico.

—¿Qué? —intenté levantarme pero me tambaleé peligrosamente y Jeyson fue el primero en alcanzarme, sosteniéndome antes de que llegaran a mi altura Eric o la señora Hermey—. Nada de médicos.

—¿Tardará mucho en llegar? —me ignoró Jeyson, dejándome en el sofá de nuevo pero manteniéndome retenida con una mano.

—Es el doctor Jeycked, estará en seguida, ¿seguro que no necesita ir a un hospital?

—No, no lo necesito —protesté—. Y tampoco un médico. Me quiero ir a mi casa —protesté cada vez sintiéndome más vulnerable y manipulada, como si fuera una niña de cinco años y necesitara un protector para decidir por mí. Aquello era irritante, o puede que lo irritante fuera que cada vez me sentía más y más mareada, de nuevo con ese cuerpo tan malo que se me había puesto en el centro comercial. Me entró pánico de que las ganas de vomitar fueran tan fuertes que terminara vomitando sobre aquella alfombra de colores ocres y rojos que ya tantas veces había limpiado y sabía el trabajo que tenía.

—Nosotros la cuidaremos —escuché decir a Jeyson y no necesité levantar la cabeza para saber que hablaba a los niños por la entonación que daba, siempre suavizando el tono—, podéis ir con Peter, es un cocinero excelente.

—¿Tía? —me sorprendió de escuchar la voz de Eric y levanté la cabeza para mirar las expresiones preocupadas de los dos niños. Se me encogió un poco el pecho. Podía imaginar lo que estaban pensando en ese momento. Aún no hacía ni un año que sus vidas habían cambiado, que habían visto por última vez a sus padres y que su familia había menguado a nosotros tres. Ahogué un sollozo, notando como se me humedecían los ojos, cediendo a toda la tensión que llevaba acumulando durante todos esos meses e intenté sonreír, asintiendo con la cabeza mientras notaba como los dedos de Jeyson apretaban mi hombro, posiblemente en una silenciosa muestra para darme ánimos, un gesto que me dio más calidez que cualquier palabra de ánimo que me habían estado ofreciendo amigos y amistades, esos conocidos del barrio o los profesores del colegio al que asistían Eric y Margaret y que nunca me habían visto hasta después del accidente.

—Estaré bien. Viene un médico, ¿no?

Intenté mostrarme serena y graciosa pero no estuve segura de si lo conseguí realmente. Vi a Eric asentar despacio y dejó que las manos del cocinero tiraran de ellos, sacándolos fuera de la habitación.

—Las habitaciones están preparadas —dijo Eliane como si de pronto viera la necesidad de romper el silencio que se había creado—. Si quieren puedo acompañarla hasta allí y...

—No, gracias —respondió Jeyson sin dejarla terminar—, yo la acompañaré. Encárgate de los niños. Emily, ya sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad?

No me fijé si esta vez hubo ese intercambio cómplice de miradas y dejé que me ayudara a levantarme sin protestar demasiado, segura que hacerlo no ayudaría a mantener la dignidad que aún me quedaba, tal vez cayendo al suelo o necesitando que volvieran a sujetarme y sólo eché un vistazo a la puerta cerrada de la habitación en la que aquella noche había presenciado aquella escena antes de que Jeyson abriera la puerta de la habitación contigua a la suya. No hice ningún comentario al respecto y dejé que me acompañara hasta la cama, ayudándome a sentarme y a echarme, ahuecándome la almohada.

Todo me daba vueltas.

—¿Está mejor tumbada?

—No crea —musité poniendo un brazo sobre mis ojos—, por cierto —musité sin apartar el brazo—, a la noche... —se me trabó la voz— mis sobrinos no...

—No te preocupes. Nadie más estará en la casa esta noche. Puedes relajarte y pensar en recuperarte. Esos niños no van a presenciar nada que no deban.

Suspiré aliviada.

—Gracias —consegui decir antes de que, posiblemente por el agotamiento, me quedara completamente dormida.

No sé qué fue lo que me despertó. Si las voces, la luz que caía directamente sobre mi cara o el calor del nórdico que se acurrucaba a mi cuerpo. Parpadeé, confusa, adaptándome a la claridad y traté de incorporarme, haciendo una mueca de dolor cuando algo tiró de mi brazo y giré la cabeza

para ver una vía médica en mi brazo que conectaba a una bolsa con alguna sustancia médica colgada sobre la cabecera de la cama.

—¿Pero qué...?

No terminé la pregunta e intenté sentarme en el borde del otro lado de la cama al que lo había intentado para no presionar la aguja clavada en mi piel y me incorporé para mirar el nombre del medicamento, suspirando cuando comprendí que sólo era suero, un segundo antes de darme cuenta que no vestía la ropa que había llevado cuando había entrado a esa casa, sino que tenía puesto un pijama demasiado amplio para mi talla e intenté hacer memoria, preocupada, sobre lo que debía haber olvidado del día anterior.

Por lo visto había dormido toda la noche desde que había apoyado la cabeza en la almohada pero desde ahí ya no recordaba nada, ni cuando me había cambiado de ropa, ni cuando me había examinado el médico... pero al menos ya no me sentía mareada ni tenía ese mal cuerpo o las ganas de vomitar.

Me mordí el labio con ansiedad, intentando que mi mente recordara algo y al ver que no lo conseguía, agarré la bolsa con el suero, demasiado cobarde como para arrancarme la vía del brazo y caminé descalza por la alfombra, dudando antes de abrir la puerta.

Se escuchaba bastante jaleo desde varios puntos de la casa, voces, gritos dando órdenes y me relajé al escuchar la risa de Margaret desde la planta baja. Con cuidado, y agarrándome a la barandilla, empecé a bajar las escaleras, deteniéndome antes de alcanzar la planta baja.

Jeyson estaba agachado ayudando a Margaret a cerrar la mochila, una que no recordaba que llevara cuando habíamos entrado en el coche de aquel hombre y Eric parecía estar parlotando con el ceño fruncido al lado de Jeyson, ya con la mochila puesta y los brazos cruzados sobre el pecho. Fue el primero en levantar la cabeza y verme. Sonrió.

—¡Tía! —corrió en mi busca y me apresuré a terminar de bajar las escaleras teniendo especial cuidado de no mirar a Jeyson—, ¿estás mejor?

Sacudí la cabeza.

—Sí, ah... ¿qué hacéis?

—Nos vamos al colegio —respondió Margaret acercándose para darme un abrazo. Jeyson permaneció de pie, sin acercarse.

—¿Al colegio? Pero si... ¿qué hora es?

De pronto me puse histérica.

—Tía Dave... —intentó hablar Eric.

—¡Dios mío! Tengo que ir a trabajar, ¿y mi ropa? ¡Me dais un momento y ahora os acerco a clase! —Me detuve a mitad de camino entre la planta baja y la primera—, ¡Mierda! ¡Mi coche se quedó en el aparcamiento del centro comercial! ¿y cómo demonios se quita esto? —Tironeé de la vía desesperada.

—¡Señorita Elliot!

Me giré bruscamente, golpeándome contra el pecho de Jeyson que ni siquiera pareció notar mi empujón, manteniéndose en el escalón que se encontraba, detrás de mí y me costó recobrarme para levantar la mirada hacia su rostro. Me observaba con cierta curiosidad. Apreté los labios con rabia.

—¿Qué? —musité cabreada.

—Relájese, ¿quiere?

—¿Cómo dice?

Di un paso hacia atrás, subiendo un escalón más para mantener las distancias. De pronto varias personas se habían asomado para curiosear. Reconocí a dos de las empleadas.

—Voy a llevar a los niños al colegio y cuando vuelva tendremos una conversación usted y yo.

Parpadeé sin comprender, después, reordenando mis pensamientos, sacudí la cabeza.

—Imposible —aseguré—. Tengo que ir a trabajar.

Y para eso necesitaba vestirme y recuperar mi coche. Comenzaba a agobiarme de nuevo. ¿Y qué hora era?

—No —la respuesta de Jeyson me sacó de golpe de mis pensamientos, volviendo a enfocarlo —, ya no tiene que ir a trabajar.

Capítulo 11

Era increíble.

Me crucé de brazos, fulminando con la mirada a Jeyson sin tocar la taza de café que habían dejado sobre la mesita.

—¿Qué es lo que pretende? —gruñí de mal humor.

Mientras había ido a dejar a los niños al colegio, el médico me había explicado muy amablemente que estaba desnutrida y los calambres en el estómago se debían al estrés. Nada serio, pero Jeyson Shalder se había tomado la libertad de llamar a mi trabajo e informar que me encontraba enferma y que no podría ir en unos días a trabajar.

Casi me había dado un ataque y había llamado rápidamente, asegurando que podía acudir de inmediato. No había hecho falta. Jeyson, al parecer, entre sus muchas cualidades y capacidades se encontraba la de persuasión.

—¿Ser amable?

Lo hubiera estrangulado.

—No soy ingenua ni inocente —espeté apretando un poco más los brazos alrededor del pecho.

—Sabe lo que quiero —me interrumpió él llevándose la taza a los labios, dando un sorbo a su café.

Sentí un estremecimiento. Me molestaba sentirme tan vulnerable y hechizada por que hombre pese a que me negaba ceder ante las convicciones que me había impuesto. Nada de hombres hasta tener a Eric y Margaret crecidos, con la universidad terminada y completamente independientes, sin que me necesitasen. Se lo debía, se lo debía a mi hermana.

Además, un revolcón con aquel hombre sólo sería un rato de placer, vacío y sin sentimientos y aunque tampoco era una santa y no podía decir que nunca había tenido sexo sin amor, me molestaba ser sólo eso. Joder, ni siquiera me entendía.

Respiré hondo, dándome cuenta de la situación. Claro. Era eso. Posiblemente me sentía sexualmente atraída por él, o posiblemente sólo necesitada y después de haber visto aquello...

—¿Quiere que nos acostemos?

Alzó una ceja pero en su expresión no hubo la sorpresa que había esperado tras mi pregunta.

—¿Por qué? —se interesó tranquilamente echando la espalda hacia atrás sin dejar de mirarme
—. ¿Quiere acostarse conmigo?

Entrecerré los ojos despacio.

—Que yo recuerde fue usted quien dijo...

Cerré la boca de golpe cuando vi su sonrisa, maliciosa y arrogante.

—Creo que me rechazó en aquel momento.

Lo miré sin responder, estudiando su expresión.

—Creo que es amable conmigo solo porque está esperando que ceda —me sinceré con rudeza. No tenía tiempo para ese juego. Siempre me había sido fácil dejarme engañar por cualquiera cuando me trataban con amabilidad y con el comportamiento de ese hombre sabía que sería muy fácil ceder, terminaría enamorándome y una vez el obtuviera lo que quería me desearía y yo terminaría destrozada. No podía permitirme algo así. Simplemente me saltaría todos los pasos y le daría lo que quería antes de que todo eso me destrozara—. Le estoy ahorrando toda esa molestia.

Su sonrisa no desapareció, ni siquiera dejó de mirarme con el mismo interés.

—Me resulta muy interesante.

Crispé la expresión.

—Es usted un sádico —murmuré en voz muy baja.

—Tal vez tenga razón —rió él quedamente—, pero posiblemente no de la manera que creé.

¿Por qué me daba la sensación de que se burlaba de mí? Hice una mueca.

—No creo que haya muchas formas de serlo, señor Shalder.

—Le sorprendería —rió él bebiendo otro sorbo de su café.

Me limité a respirar ruidosamente; era obvio que no conseguiría nada continuando con esa conversación. Tampoco quería saber mucho más. No... prefería no saber mucho más.

—Aún no me ha respondido —insistí sin llegar a beber de mi taza.

—Creo, señorita Elliot, que como bien ha dicho el doctor, necesita descanso, una buena alimentación y reducir el estrés. No veo donde, entre todas esas recomendaciones, se encuentra la sugerencia de tener sexo.

Apreté los dientes. ¿por qué no podía evitar sentirme como una estúpida?

—Le estoy preguntando...

Me callé bruscamente sin llegar a decir nada cuando Jeyson se levantó, dejando la taza en la mesa y se acercó hasta mí, agarrando mi barbilla con una mano y me levantó la cabeza para poder mirarme.

—Vuelva a hacerme esa pregunta cuando se encuentre bien, señorita Elliot. Ahora, la respuesta es no.

No me dio tiempo siquiera a responder algo, me soltó y se apresuró a salir de la habitación sin perder en ningún momento esa actitud prepotente y segura.

Tan irritante. Miré el café enfadada y resistí el impulso de darle un manotazo y tirar la taza. No sólo me retenía la idea de la macha que conseguiría la alfombra, sino que me daba miedo averiguar cuanto podría costar esa taza. No necesitaba ser muy avispada para saber que no habían sido compradas en la misma tienda de la esquina donde mi madre había comprado la mayor parte de la vajilla de casa.

Si en algún momento había dudado de que la personalidad de Jeyson Shalder era mala, pasar cinco días en su casa me lo confirmó completamente. Tal y como prometió, mientras estuvimos en su casa, no hubo ningún indicio de esas actividades que por lo visto se organizaban en esa casa, aunque el personal que trabajaba por la noche acudió como de costumbre, sin ni siquiera mostrar asombro porque hubieran cesado momentáneamente las actividades. Imaginé que no era tan extraño que hubiera periodos de tiempo sin que ocurriera nada en la casa. Conocí a la señora Molly Karseen, una viuda de cuarenta y cinco años que había entrado al servicio del señor Shalder cuando falleció su marido. Era la encargada de asear las habitaciones una vez finalizaban los invitados de usarlas. No daba detalles, aunque estaba claro que conocía el pequeño secretillo. Era una mujer discreta, de pocas palabras que parecía muy cercana tanto a Jeyson como la señora Hermey y al resto del personal nocturno o los residentes. También tenía un carácter tranquilo, algo que se veía en su mirada oscura pero relajada y su cabello corto siempre lo llevaba sujeto con dos pinzas a los lados. Era una mujer bonita, sí, pero no exuberante como la señora Hermey, era... más como yo.

Ese detalle me inquietaba. Nunca me había parado a pensar demasiado en mi aspecto pero ahora, cada vez que me miraba en el enorme espejo del cuarto de baño que tantas veces había limpiado dentro de la habitación donde dormía, comenzaba a percatarme de los imple que podía ser. No había nada significativo en mi aspecto, algo que sobresaliera o un cuerpo llamativo o sugerente. Era demasiado delgada, demasiado alta, demasiado como cualquiera. Era tan obvio que un hombre como Jeyson Shalder podría tener a cualquier mujer que comenzaba a ver la idea de que en algún momento se hubiera interesado en mí de manera sexual tan absurda que me hacía sentir como una estúpida.

¿Por qué había sido tan engreída al considerar esa posibilidad? No había nada en mí que pudiera atraer a un hombre como él. Ni siquiera tenía la clase o la cultura que él tenía, que él aspiraría.

—Sólo es sexo —murmuré, dejando caer el cepillo sobre el lavabo, apartando la mirada del reflejo que me devolvía el espejo.

Sí, sólo sexo. Posiblemente Jeyson Shalder había visto en mí a alguien fácil de engatusar, alguien fácil de manipular y someterse a sus sucios y enfermos juegos eróticos. Posiblemente la culpa era mía, posiblemente le había hecho creer algo así, tal vez no estaba tan equivocado. No dudaba que era lo que había dado a entender en algún momento y mi ofrecimiento ahora me resultaba tan ridículo y denigrante.

Y estaba claro que no debería ser sencillo encontrar candidatas para satisfacer ese tipo de interés sexual...

Salí de la habitación de mal humor. Quería marcharme de esa casa. Y cuanto antes mejor. Deseaba poder alejarme de ese hombre y de todas las sensaciones que me obligaba a experimentar, ese molesto nudo en la garganta cada vez que pensaba en él y me hacía difícil respirar cada vez que lo tenía delante, la seguridad de que no estaba a la altura de unos sentimientos que nunca obtendría de vuelta y que me resultaban tan inquietantes y molestos a medida que la amabilidad de ese hombre se incrementaba, dándome a entender algo que nunca existiría.

—Muy bien —dije bajando a desayunar para encontrarme en el comedor a Margaret y Eric. Era increíble la facilidad de esos dos niños para acostumbrarse a ese estilo de vida, a esa casa y las personas que la habitaban—, ya sabéis que nos vamos hoy, ¿verdad?

—¿Qué? —Margaret me miró espantada—, ¿por qué?

Y pese a todo la pregunta me cogió desprevenida, como si fuera yo la loca que había dicho algo sin sentido.

Parpadeé.

—Porque esta no es nuestra casa —razoné despacio.

—Pero —intervino Eric—, ¿por qué la prisa?

Enarqué una ceja, incrédula.

—Vale —dije sentándome frente a un escenario que ya me resultaba muy familiar con una mesa arreglada con un diverso menú para el desayuno. Zumos, leche, café, pan, cereales, mermelada, mantequilla, huevo, bacon...—, comprendéis que esta no es vuestra casa, ¿verdad?

Ni siquiera se dieron prisa en responder y apreté los puños con fuerza, fulminando a Eric con la mirada cuando fue el único en responder sin dejar de masticar una enorme tostada con jamón y queso.

—Hm, sí, ya.

Bufé y miré a Margaret que desvió mi mirada, habiendo de su zumo de naranja.

—Sabéis que sólo nos íbamos a quedar aquí porque estaba enferma y el señor Shalder a sido tan amable de permitirnos quedarnos en su casa mientras me recuperaba, ¿verdad? —pregunté con aspereza.

—Hm —fue otra vez Eric quien habló, desinteresado.

Me puse de pie bruscamente.

—Suficiente. Termináis de comer y recogéis vuestras cosas. Nos vamos de esta casa.

—El señor Shalder dice que podemos quedarnos el tiempo que queramos.

Apreté los dientes.

—El señor Shalder es muy amable —dije con aspereza—, pero ya hemos abusado de su hospitalidad.

—El señor Shalder es muy amable —Habló Margaret por fin—. Me ha comprado un nuevo traje de baile y...

—¿Te ha comprado qué?

Estuve a punto de atragantarme.

—No sólo eso —siguió Eric—. Hemos ido de compras varias veces después de clases y mientras esperábamos a Margaret me llevó a jugar al baloncesto y...

Eric se calló bruscamente cuando di un golpe en la mesa, alucinada con lo que estaba escuchando, la primera noticia que tenía de todo eso, la primera noticia de que Jeyson había dedicado tanto tiempo a los niños...

Miré a Eric sin salir de mi asombro.

—¿Te has olvidado del motivo por el que conoces al señor Shalder? —solté furiosa, aún asombrada.

—¡Jeyson no es tan rencoroso como tú, tía Dave!

Eric soltó el vaso con un golpe seco sobre la mesa, salpicando parte de la leche y los dos nos miramos enfadados. ¿Jeyson? ¿Hasta ese punto era su confianza?

—¿A qué vienen esos gritos? —se interesó Jeyson entrando ese momento en el comedor arreglándose los puños de la camisa, aún con el pelo mojado que le daba un aspecto aún más atractivo.

Aparté la cabeza con rabia y me enderecé, apartándome de la mesa y pasé de largo, teniendo cuidado de no rozarle y sólo me detuve un segundo al pasar por su lado.

—Si le interesa pregúnteselo a ellos —dije escupiendo veneno—. Al parecer les gustas más que yo.

Salí del comedor y subí las escaleras de dos en dos sin pararme con nadie y me encerré allí, recogiendo las pocas cosas que Eric y Margaret me habían traído de casa el primer día que habíamos pasado allí y que Jeyson los había ido a buscar al colegio.

Ni siquiera me sorprendió escuchar los golpes en la puerta. Me giré bruscamente, con la blusa en la mano y abrí la puerta de un golpe.

Jeyson Shalder enarcó una ceja.

—¿Qué quieres? —él despegó los labios pero ni siquiera le dejé hablar—, si te molesta mi comportamiento tranquilo, salgo de tu casa hoy mismo. Así podré seguir trabajando para pagar la deuda.

Una que ni siquiera era mía y el interesado se había convertido en el mejor amigo de ese hombre.

Joder, mi vida era una mierda.

Me di la vuelta y tiré la blusa sobre la bolsa donde estaba guardando mis cosas.

—Esto es alucinante —murmuré.

Y lo peor de todo era que no tenía claro que era lo que más me molestaba.

—Pase una noche en mi cama y daré por saldada la deuda.

Me detuve a mitad de camino del baño y estuve a punto de tropezar con mis propios pies, abriendo mucho los ojos impresionada.

—¿Qué...?

Tardé en girarme, en buscar el valor para enfrentarme a la mirada intensa y penetrante de aquel hombre que me observaba sin ninguna emoción en su expresión.

Vacilé, segura de que no había escuchado correctamente.

—Hablo de sexo, Dave.

Parpadeé, notando horrorizada como se me aceleraba el corazón. Podía sentir como me emocionaba ante esa simple pregunta, por la forma en la que se escuchaba mi nombre en su boca y eso me daba aún más miedo que otra cosa.

Abrí la boca. También la cerré, luego titubeé y farfullé algo más antes de poder encontrar algo

coherente para hablar.

—No creo que sea buena idea.

Nos miramos durante unos instantes, en silencio.

—¿No lo creé?

Su tono volvía a ser tan frío como siempre y yo sacudí la cabeza unos instantes después.

—No sé exactamente el motivo por el que tiene ese interés en mí pero me temo que después de todo no soy tan miserable como para estar dispuesta a someterme a cualquier cosa simplemente por dinero —me adentré unos segundos al cuarto de baño, recogiendo mis cosas y las llevé en brazos hasta la habitación, tirándolo todo dentro de la bolsa—, lo siento, pero hoy volvemos a casa y si no es ningún inconveniente seguiré pagando la deuda tal y como está previsto.

No me giré y no estoy segura si esperaba a que él intentara persuadirme, a que dijera algo diferente que me hiciera reconsiderarlo, pero cuando lo escuché moverse y oí sus últimas palabras antes de salir de la habitación y dejarme sola, noté como me desmoronaba, decepcionada.

—Comprendo. La dejaré sola para que termine de prepararse.

Capítulo 12

—¿Cómo dice?

Casi estrangulé al inocente móvil con la mano, sorprendida, tal vez enfadada por la manera en la que se me comunicaba eso.

—¿Qué ocurre? —se interesó Emma cambiándose el uniforme mientras me miraba preocupada.

Llevaba una semana que me había reincorporado al trabajo y me había sorprendido la forma en la que podían cambiar las cosas en un supermercado en unos efímeros días ausente. Por lo

menos no había sido despedida y el jefe parecía más amable que antes conmigo, algo que decidí no dar demasiadas vueltas. Lidiar con Margaret y Eric que de pronto me había convertido en la más baja de la más baja escoria de la sociedad según la manera que tenían de mirarme y suspirar mientras murmuraban lo poco agradecida que era con un hombre que había hecho tanto por mí... Necesitaba golpear algo con urgencia y ahora la señora Hermey se ganaba todas las papeletas a menos que pudiera desquitarme con el señor Shalder, por supuesto.

Levanté una mano para pedirle a Emma que me diera un minuto.

—Como he dicho, señorita Elliot —repitió la señora Hermey con el mismo tono de voz de siempre—. No necesita volver a la casa. Hemos contratado a dos empleados más y prescindiremos de sus servicios a partir de ahora.

Noté como me faltaba el aire. No podía ser verdad.

—Pero la deuda...

¿Cómo planeaba Jeyson Shalder que pagara entonces la deuda? ¿Era una encerrona, su manera de someterme a sus deseos? Apreté los puños dejando que la rabia fluyera y me consumiera.

¡Iba muy equivocado si pensaba que podía conseguir todo lo que quisiera con su maldito dinero!

—El señor Shalder ha decidido que no es necesario que siga pagando. Ya está todo solucionado. A partir de ahora no tiene que preocuparse por ello.

Estoy segura que la señora Hermey dijo algo más, incluso sé que estuve agarrando el móvil durante unos instantes más después de que se cortara la comunicación, reaccionando solo cuando Emma me tocó el hombro, mirándome preocupada.

—Dave, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

Parpadeé confusa, mirando el rostro de mi amiga mientras reordenaba mis pensamientos, sobre todo mientras reordenaba mis sentimientos y bajé el móvil, despacio, apoyando la mano sobre mis piernas.

—Ya no tengo que pagar la deuda —murmuré sin que reconociera mi propia voz.

La sonrisa de Emma me llegó a descolocar.

—¿En serio? ¡Eso es estupendo! ¿Y cómo ha sido? ¿Se solucionó de otra manera?

Sacudí la cabeza.

—El señor Shalder... —¿por qué me escocía la garganta al pronunciar su nombre?— ha decidido perdonar la deuda.

—Vaya, eso es una sorpresa, ¿no? Puede que después de conoceros este tiempo que habéis pasado en su casa se haya dado cuenta que sois buena gente y ha tenido piedad.

No hablaba con maldad y no me sentí mal por sus palabras. No tenía dinero. Esa era la realidad y no pretendía fingir que era algo que no era, pero me costaba trabajo imaginar que Jeyson Shalder hubiera tenido ese tipo de consideración hacia una persona por ser de recursos limitados. ¿Por qué lo había hecho? ¿Para no tener que volver a verme? No habíamos vuelto a coincidir desde entonces y me había alegrado por ello. Sabía que me tenía que alegrar por esto también pero no podía; notaba una opresión molesta en el pecho.

—Será mejor que volvamos al trabajo —murmuré levantándome.

—Claro —aceptó Emma sin dejar de parlotear sobre lo que podíamos hacer ahora que no me veía obligada a ir cada tarde a la mansión del conde.

Durante los próximos meses fue como si el tiempo que pasé desde que conocí a Jeyson Shalder jamás hubiera existido. Curiosamente, después de los primeros reproches de Eric y Margaret tras salir de la casa, no habían vuelto a mencionarlo y poco a poco me permití darle otra oportunidad a Eric, mucho más centrado, interesado en el baloncesto y había empezado a unirse al grupo de la escuela.

Intenté no darle muchas vueltas, intenté no ir a por explicaciones pese a ser mi primer impulso cuando la señora Hermei me llamó, simplemente dejé que el tiempo transcurriera, saliendo con Emma, yendo a los ensayos de Margaret quien pronto tendría una representación y cada día estaba más y más nerviosa... Yendo al trabajo, volviendo, convirtiéndome cada día en mejor madre, en

mejor ama de casa y evitando por sobre todo, pensar en ese nudo que seguía atascado en la garganta, en ese dolor en el pecho que poco a poco menguaba y que Irracionalmente se había bloqueado en mi pecho junto al vacío que había dejado la pérdida de mi familia.

—Te veo ausente.

Emma sorbió el refresco directamente de la pajita, mirándome fijamente.

—¿A qué te refieres?

Ella asintió con la cabeza, como si estuviera respondiendo afirmativamente a la pregunta.

—¿Te acuerdas cuando nos conocimos?

—¿Qué?

Fruncí el ceño. No entendía a que venía esa pregunta.

—Hará ya... ¿casi un año?

Asentí despacio. Desde que había empezado a trabajar en el supermercado había compartido el mismo turno que Emma. Habíamos compartido demasiadas cosas en poco tiempo.

—¿Qué intentas decir?

—Recuerdo que en ese entonces parecías un robot multifunción con una energía sobrecargada. Podías con todo, hacías de todo, estabas pendiente de todo...

—¿Y ahora no lo hago? —pregunté más desinteresada de lo que tal vez debería haberme mostrado y como si se me ocurriera de pronto, añadí—: ¿Estoy haciendo mal mi trabajo?

Si ahora me despedían sí que sería un problema...

—No —Emma apartó el refresco y suspiró—. No se trata de eso. Trabajas correctamente, haces lo que te mandan. Si te digo de salir, salimos, llevas a los niños al colegio, a las actividades, te preocupas por ellos... Todo es correcto, Dave.

—¿Entonces? —dije aliviada—, ¿dónde está el problema?

Emma me miró unos segundos sin responder.

—Que pareces una muerta en vida, Dave.

La observación de mi amiga me sorprendió y después de unos instantes sonreí, incrédula.

—¿Qué?

—¿Qué pasó realmente?

—¿Eh?

Las dos nos miramos fijamente sin que yo dijera nada más pese a imaginarme con un sabor amargo sobre lo que estaba hablando.

—En la casa del conde ese. Donde Eric entró a robar y te dijeron que no pagaras la deuda...
—Realmente no necesitaba darme tantos detalles—, ¿por qué decidió que ya no tenías que pagar?
¿Qué pasó?

Noté como me faltaba el aire y agarré mi refresco con las dos manos, evadiendo la mirada de Emma.

—Nada —aseguré.

Y realmente no mentía. ¿Qué era lo que realmente había pasado entre Jeyson Shalder y yo? Nada aparte de un vago intercambio de conversaciones, un secreto que había descubierto porque él me lo había permitido...

—No me lo creo. Te dejó quedarte en su casa cuando estuviste mala, te cuidó...

Hice una mueca.

—Lo vi muy poco ese tiempo—refunfuñé—. Tiene suficiente personal contratado para que

cuiden de los demás como para hacerlo él.

¿Y eso me molestaba?

—Pero te dejó quedarte con él —insistió Emma desconfiada.

—Sé por donde vas, Emma pero te equivocas. No hubo sexo ni nada del estilo.

—No pensaba en eso.

Volví a mirarla. Estaba muy seria. Volví a desviar la cabeza.

—Posiblemente lo hizo por lastima. Tanto el que nos quedásemos mientras me recuperaba como que dejara de pagar la deuda... Yo...

Me callé bruscamente y escuché a Emma suspirar de nuevo.

—Te enamoraste, ¿verdad?

Cerré los ojos con fuerza, un segundo antes de volver a abrirlos y mirarla.

—Ni siquiera sé por qué me gusta.

Ni el por qué me seguía gustando después de todo ese tiempo sin verlo.

—Es guapo, ¿no?

—Es gilipollas.

Emma rió y yo también lo hice.

—Supongo que siempre nos terminan gustando los más gilipollas.

—Sí, supongo.

—¿Y qué hay con todas esas mujeres que secuestra y guarda en las habitaciones cerradas?

Puse los ojos en blanco.

—Créeme, no hay mujeres encerradas allí.

—¿Entraste? —Parecía curiosa.

—Bueno, un día vi alguna habitación abierta. Además, piensa que estuve viviendo allí algunos días. Estaban vacías.

—Vaya, que decepción.

Hice una mueca sin añadir nada más. No iba a compartir lo que había visto allí con ella, ni los deseos más extraños que habían despertado en mí esas imágenes.

—Tengo que ir a recoger a Emma y Eric que hoy se quedaba entrenando.

Me levanté sin muchas ganas, deteniéndome al coger el bolso cuando Emma me agarró del brazo. Me miraba fijamente, muy seria sin llegar a levantarse.

—Ey, el amor duele y más cuando es desamor o un amor no correspondido pero encontrarás a alguien en algún momento. Alguien que no tenga título, no sea rico y esas cosas pero que te hará feliz.

La miré sorprendida y luego bufé, sonriendo.

—Gracias, pero estoy bien, de veras.

Terminé de recoger el bolso y la chaqueta y me apresuré a salir de la cafetería, consultando la hora. No quería llegar tarde. Había dejado que Eric fuera directamente al salón de baile, algo que mi hermana tenía pagado con antelación y que estaba ahorrando poco a poco para poder permitirme que Margaret siguiera asistiendo el año que viene también pero no quería que estuvieran allí solos esperando a que llegase, sobre todo ahora que tenía la mayor parte de la tarde libre.

Había empezado a mirar algún otro trabajo. Era algo que había pensado después de estar

trabajando en casa de Jeyson Shalder. Si allí había podido hacerlo, tal vez también podía intentarlo con dos trabajos. Eso significarían más ingresos y más posibilidades...

Aparqué el coche en doble fila y bajé la ventanilla del asiento de al lado para hacer señas a Eric que esperaba fuera de la puerta del salón y cuando me vio se apresuró a pasar por los coches, abriendo la puerta y acomodándose en el asiento.

—Has llegado pronto —le saludé.

—Hemos terminado antes el entrenamiento.

—¿Y qué tal va?

Eric sonrió. Se le veía feliz. Al menos volvía a ser parecida a la que solía tener cuando vivían sus padres.

—Genial. El sábado tendremos partido.

—¿Jugarás?

—Soy suplente —hizo una mueca y lo miré de reojo, no muy segura de lo que debía decir en ese momento—. Por ahora —añadió con una espléndida sonrisa.

—Ya veo —asentí con la cabeza—. Haces un buen trabajo.

—Oh, sí —dijo de pronto poniéndose muy serio—. El sábado voy a entrenar. No te importa, ¿verdad?

—¿El sábado?

—Sí. Margaret también tiene practica ya que la semana próxima es la audición.

—Sí, vale, os acerco a los dos...

—No, no. Encárgate de Margaret. Yo me apaño.

Abrí la boca para decir algo pero en ese momento Margaret acudió corriendo hasta nosotros y se apresuró a entrar en el coche, sentándose en la parte de atrás sin dejar de hablar, tirando la mochila al lado. No tuve la oportunidad de negarme pero cuando llegamos a casa y miré como Eric reía con Margaret mientras subían las escaleras, recordándome una vez al niño que había sido antes de la muerte de mi hermana y cuñado, decidí darle una oportunidad de nuevo.

Capítulo 13

Aparqué en el estacionamiento del centro comercial más cercano al salón de baile de Margaret y decidí dar un paseo, ojeando las tiendas mientras hacía tiempo a que terminara el ensayo. Margaret estaba cada vez más nerviosa y me había pedido que no me quedara con ella, que necesitaba concentrarse y si la estaba mirando no podía. Había decidido darle ese espacio al ver como varias madres hacían lo mismo, marchándose.

—¿Dave?

Solté la blusa de color pistacho que había cogido de la percha para ojearla y me giré para enfrentarme a Matt que entraba en la tienda en ese momento.

—Matt —murmuré dándome cuenta que ya no sentía nada al verlo.

—¿Qué te trae por aquí? —saludó más amable que la última vez que lo había visto.

—¿Comprando? —sugerí aunque no era exactamente la verdad. De todas formas era ridículo que me hicieran esa pregunta en un centro comercial.

—Sí, ya claro —sonrió. Recordaba que en otro tiempo me había gustado esa sonrisa—, ¿estás sola?

—Sí —dije con aspereza sin añadir nada, viendo como Matt asentía con la cabeza, despacio.

—¿Y tú? —solté de pronto, al recordar a la chica de la última vez y bastante fastidiada por la pregunta.

—Sí, claro, estoy solo.

—¿No has venido con tu novia? Se la veía de las que les gusta pasar tiempo en estos lugares.

—Bueno —Matt se encogió de hombros, despreocupado—, a todas las chicas os gusta pasar el tiempo en estos lugares, ¿no? —Enarqué una ceja—. Además, lo hemos dejado.

Ni siquiera me importaba a esas alturas.

—¿Lo siento? —intenté ser al menos amable. Ninguno de los dos teníamos la culpa de que él fuera imbécil.

—¿Tienes tiempo?

—¿Para qué?

Aún así no tenía ganas de escucharlo. En realidad, verlo no me hacía daño pero sí me molestaba tener que ver su cara tan a menudo, sobre todo desde que sabía que lo que había sentido por él no era lo mismo que sentía por Jeyson Shalder. Me hacía sentir incomoda con él, como si no sólo Matt me hubiera dejado de lado e ido con otra, sino como si yo misma le hubiera estado mintiendo todo el tiempo que estuvimos juntos.

—Vamos, sólo será un café.

—¿Ahora?

Dejé que me agarrara del brazo y me empujara con familiaridad hasta la cafetería del último piso mientras sacaba el móvil del bolso y me aseguraba de que aún tenía tiempo de sobra. Cuando estuvimos en la mesa, dejé el bolso sobre la silla y el móvil en la mesa.

—¿Lo de siempre? —se interesó con una sonrisa que ya conocía, una que siempre podía cuando quería conseguir algo.

Entrecerré los ojos a la defensiva.

—Voy un minuto al baño —dije despacio—, sí, lo de siempre.

Me di la vuelta y fui en busca del servicio de mujeres no muy lejos de allí. Como no era la primera vez que iba a ese centro comercial me conocía bastante bien los lugares. Me demoré más del que necesité dentro. Lavándome las manos, secándolas con unas servilletas de papel y cuando por fin salí, ni siquiera me sentía preparada para la conversación que Matt me tenía preparada.

—Has tardado —dijo con familiaridad.

Hice una mueca mientras me sentaba y dejaba la cazadora en el respaldo de la silla, junto al bolso y rodeé las manos en la taza de café.

—Había cola —mentí.

—Claro —por unos minutos ninguno dijo nada y el ambiente se puso tenso pero me negué a ser la primera en hablar y romperlo.

—Aquel hombre...

—¿Hm?

Levanté la mirada de la taza de café, dejando de menearlo con la cucharilla, distraída.

—El que te ayudó aquel día. ¿Quién es?

—¿Quién...? —Pese a mi pregunta sabía perfectamente de quien estaba hablando—. Oh, un conocido... el jefe de un trabajo...

—¿Trabajas para él?

—Trabajaba, ¿por qué?

Sabía que había sonado a la defensiva pero me daba igual.

—Parecíais cercanos —se encogió de hombros—, ¿y ahora?

—¿Ahora qué? —solté molesta dejando la cucharilla y me apoyé en el respaldo de la silla,

ignorando el dolor de la correa del bolso en mi espalda.

—¿Lo sigues viendo?

Abrí los ojos sorprendida y miré a Matt que me miraba muy serio, casi con reproche y fui entrecerrando los ojos lentamente a medida que salía de mi sorpresa. Increíble. Eso era lo único que podía pasar por mi cabeza mientras entendía lo que significaban las palabras de Matt.

—No es asunto tuyo —dije secamente, molesta.

—No, en serio —insistió él poniendo los brazos sobre la mesa—. ¿Desde cuándo lo ves? ¿Antes o después de que rompiésemos?

Me hubiera levantado, marchándome de allí sin responder, pero aún estaba impresionada por ese tipo de preguntas y el tono de reproche de Matt como si hubiera sido yo quien hubiera hecho algo malo en algún momento.

—Que yo recuerde —dije lentamente, sin dejar de mirarlo notando como la rabia se condensaba en la boca del estómago—. Fuiste tú quien me dejó... no... —solté con todo el veneno que mi tono podía destilar—, fuiste tú quien fingió no recordar que yo existía y seguir con su vida como si nunca hubiera estado en ella, ¿recuerdas? ¿O quieres que te recuerde el accidente de mis padres?

—No seas niña, Dave.

Matt dio un golpe en la mesa y también se echó hacia atrás, sacudiendo la cabeza como si acabara de decir cosas irracionales.

—¿Cómo has dicho?

Sí, decididamente no estaba escuchando correctamente.

—Ese rollo no era mi estilo, ya lo sabes —¿Rollo?—. Me conoces y sabes que nunca he sido bueno para funerales y esas historias —¿Historias? Ignoré el incomodo malestar de algo vibrando a mi espalda—. Fui yo el que estuve esperando paciente a que tú te calmaras y volvieras a la normalidad ¿y qué pasó? ¡Aún sigues jugando a la mamá con esos niños! Estás irreconocible.

¡Mírate! Por Dios, pareces casi una anciana. Tienes unas pintas...

Parpadeé, incrédula.

—Eres un hijo de punta —solté sin siquiera pensar pero no lo suficientemente alto para que a mi alrededor alguien lo oyera, incluso tuve dudas de que él lo hubiera escuchado. Matt sólo me miró mientras yo apretaba los puños con fuerza, cada vez más fastidiada por el movimiento a mi espalda, posiblemente ya había comenzado a temblar de la rabia.

—Intenté seguir sin ti —escuché como él continuaba hablando, soltando idioteces, notando como se me subía la sangre a la cabeza pero me mantuve en silencio, escuchando—, pero supongo que después de todo te echo de menos, ¿qué tal si volvemos?

Toda la rabia se desinfló de golpe y necesité parpadear varias veces para salir del asombro de sus últimas palabras.

—¿Volver?

¿Estaba teniendo una pesadilla y aún no me había dado cuenta?

—Sí —dijo él—, sé que te hago un favor, ¿quién más querría salir contigo de todas formas con esas pintas? Menos mal que yo te conozco y al menos sé que sirves para algo en la cama.

Se atrevió a incorporarse y tocarme con dos dedos la barbilla, algo que hizo que saliera del aturdimiento que toda la porquería que había salido de su boca me había creado y parpadeé, dándole un manotazo para apartar sus dedos de mi cara, dejando que toda la furia regresara violentamente.

—¿Estás mal de la cabeza? —rugí—. ¡Eres un maldito...!

De nuevo esa sensación de vibración. Parpadeé, mirando a un lado de la mesa, luego al otro, dándome cuenta que el móvil no estaba donde lo había dejado.

—¿Y mi móvil?

—Oh —dijo él con su misma actitud de prepotencia que tan bien recordaba—. Me he tomado

la libertad de silenciarlo y guardarlo en el bolso.

Lo miré incrédula antes de agarrar el bolso y empecé a buscar el móvil con urgencia. No, aquello era demasiado, ¿tan ciega había estado antes para no darme cuenta de la mierda de chico que era Matt? ¿Iba en serio? Agarré el móvil y me asusté al ver las trece llamadas perdidas.

—¿Qué...?

No conocía varios números de teléfono pero sí reconocí las llamadas del salón de baile de Margaret. Noté como me mareaba y me apresuré a devolver la llamada.

—¿Señorita Elliot?

Escuché la voz de la directora con aprensión, agarrando con la mano libre el extremo de la mesa, posiblemente para sujetarme y mantener el equilibrio.

—¿Ha ocurrido algo?

Ni siquiera reconocí mi voz, demasiado débil, demasiado frágil.

—Verás, señorita, Elliot, la he estado llamando porque su sobrina ha colapsado en medio del entrenamiento...

Solté el móvil y noté como me mareaba, necesitando las dos manos para sujetarme antes de ponerme de pie y dejar que Matt recogiera el teléfono del suelo, ayudándome a mantenerme estable.

Capítulo 14

Ver a Margaret bien sólo fue una alivio temporal pero sí el suficiente para que toda la angustia que había sentido mientras Matt me acercaba al salón desapareciera aunque no regresaron las fuerzas en mis piernas ni el color en mi cara. Mis ojos pasaron de Margaret sentada en una de las sillas tapizadas de la entrada con el abrigo y la bufanda puestos, a Eric que permanecía de pie, muy solemne junto a Jeyson Shalder. Sentí como volvía a tambalarme y esta vez sí aparté a Matt

cuando intentó rodearme de nuevo con el brazo para sujetarme.

—¿Qué ha pasado? —musité acercándome a Margaret y me arrodillé a su lado.

—Te hemos estado llamando pero no contestabas —el tono de Eric era de reproche y me mordí el labio antes de atreverme a alzar la cabeza para mirarlo. No lo culpaba pero me sorprendió que la hostilidad de su mirada estuviera fija en Matt, no en mí.

—Tenía el móvil silenciado... —expliqué sin atreverme a mirar a Jeyson.

—Debería ser más consciente de algo tan importante como una llamada, señorita Elliot. Podría ser importante.

Cerré los ojos, fastidiada. Sí, vale, la había jodido una vez más pero no quería que él, entre todas las personas me fuera a dar un maldito sermón. Me puse en pie bruscamente, arrepintiéndome cuando noté como la cabeza me daba vueltas y traté de enfocar sus hermosos y acusadores ojos. Apreté los puños a los costados.

—Este no es su problema, señor Shalder. Son mi familia, no la suya, así que por favor, ahorrarse sus reproches que no tengo ninguna intención de escucharlos.

—Eso —intervino Matt—, esto es un problema familiar —siguió Matt poniéndose a mi lado y esta vez sí que solté un manotazo cuando intentó volver a tocarme, girándome para mirarlo furiosa —, ¿qué?

—A ti es a quien menos quiero ver. Así que mantente alejada de mí, de mi vida y de mi familia desde ahora. No quiero volverte a ver, no quiero volver a saber de ti. Puede que antes estuviera tan ciega que no era capaz la porquería que eres pero ya no soy esa maldita imbécil de antes así que si tu relación o lo que fuera que tuvieras con aquella chica no funcionó, búscate a otra gilipollas que no sea yo para aguantar tu basura. Y vuelve a tocar mis cosas y te corto las manos, capullo.

Me giré bruscamente, sofocada, mirando la expresión orgullosa de Eric, la de asombro de Margaret y la expresión inexpresiva de Jeyson. Al menos salió la directora Avery y me ahorré tener que decir algo para aliviar la tensión del momento.

—Buenas tardes, señorita Elliot. Su sobrina se desmayó por agotamiento y hemos decidido que era mejor que fuera a casa. Aconsejaría que la revisara un médico.

—Ah, sí, gracias...

—No se preocupe. Margaret está bien.

La mujer sonrió y acudió a la llamada de una de las profesoras de baile, dejándome en la misma situación tensa de antes. Carraspeé, revisando por el rabillo del ojo que Matt se hubiera marchado, algo que agradecí.

—Vamos, niños, nos vamos.

—Os acompañaré al hospital —se ofreció Jeyson dando un paso al frente.

—No —le detuve con una mano—. No sé por qué está aquí y no me interesa pero siga con lo que esté haciendo —dije atropelladamente, negándome a que todas las emociones que sentía cuando lo veía llegaran a reflejarse en mis acciones—, pero ya le he dicho que este no es su problema así que...

—Yo lo llamé, tía Dave.

Noté como de mis labios salía un sonido extraño y me giré con esfuerzo hasta Margaret que me miraba muy seria, sin arrepentimientos.

—¿Qué...? —fue lo único que logré decir.

—Intentamos llamarte pero no contestabas así que le pedí que llamaran a Jeyson.

¿Jeyson? ¿Desde cuándo había tanta familiaridad?

—¿Llamarlo? ¿Tienes su número?

—Sí —esta vez fue Eric quien respondió pero hacia él me costó más girar la cabeza. Estaba segura que lo miré espantada—. Tenemos su número desde que estuvimos en su casa. Estaba entrenando con él cuando lo llamaron. Vine en su coche.

Me agarré a la pared para sostenerme, incrédula.

—¿Qué...? —repetí con esfuerzo.

—Solemos quedar los fines de semana —explicó Eric.

—Y suele venir a verme cuando se lo pido —siguió Margaret.

—¿De qué demonios estáis hablando? —farfullé incapaz de salir del asombro.

—¿Cuál es el problema, señorita Elliot? —intervino Jeyson con la misma aspereza.

—¿El problema? —rugí—. No tenía ni idea de esto.

—¡Tía! —Eric se puso en medio y lo aparté a un lado para encararme con Jeyson—. Fuimos nosotros quien le pedimos el teléfono.

—¡Cállate! —chillé dolida al borde de las lágrimas, más de rabia que de dolor. Me sentía tan frustrada, tan desplazada... Ni siquiera presté atención a los llantos de Margaret.

—Creo que deberíamos llevar a la niña al médico.

—Yo llevaré a mi sobrina al médico —solté sin disminuir el nivel de rabia—, tú —escupí señalándolo con un dedo—. Mantente lejos de mi familia....

No terminé de hablar. Jeyson me agarró por el codo y me empujó hacia él, sin esfuerzo, prácticamente pagando su rostro al mío, obligándome a sucumbir ante el olor a perfume que emanaba de su cuerpo, drogándome.

—No sabía que hubiésemos empezado a ser tan cercanos como para empezar a tutearnos pero no tengo ningún inconveniente, Dave —Contuve la respiración ruidosamente, estremeciéndome al escuchar mi nombre de sus labios y noté como toda la presión cedía en mis piernas notando como me temblaban las rodillas—. Estás perdiendo los papeles así que respira hondo, relájate y piensa lo que estás diciendo. Después te vas a arrepentir de ello. ¿Eso es lo que quieres?

—¿Qué? —no aparté la mirada de sus ojos fijos en mí—. No...

—¿O tanto te ha afectado que te molestaran en tu cita?

—No era... —musité intentando buscar una explicación a lo que realmente había sucedido, el motivo por el que mi móvil estaba silenciado.

—Sera mejor que nos vayamos —me interrumpió él bruscamente, manteniendo su mano en mi vida pero echándose hacia atrás, liberándome del hechizante poder de su mirada—, si no tienes ningún inconveniente, por supuesto —añadió en voz alta para que todos pudieran escucharle pero sin desviar la mirada de mis ojos ni variar el tono duro de su voz.

—No... —musité en un hilo de voz, sintiéndome como una estúpida ahora que toda la rabia y la tensión habían desaparecido.

—Estupendo —dijo cortante, soltándose y echó a andar, tendiéndole la mano a Margaret que no dudó en agarrarla y seguirlo fuera, secándose las lágrimas con el pañuelo que Jeyson le dio y no dejó de asentir con la cabeza a algo que él le decía.

—Eric... —musité arrepentida.

Él me miró y sacudió la cabeza.

—No has sido justa, tía Dave. Él vino porque no podían contactarte. Y no ha hecho nada malo, ¿sabes? No le importa dedicarnos tiempo pese a que no somos nada suyo, ¿sabes? Es amable, un buen tío y tú lo has tratado como si fuera un criminal —Echó a andar hacia la entrada—, deberías disculparte, ¿sabes?

Lo vi alejarse y cerré los ojos, agotada.

No hacía falta que él me lo dijera para saber que me había comportado como una imbécil y de hecho, una disculpa al único que no planeaba dársela era a Matt.

Suspiré y me agarré a la pared para seguir los fuera, recordando con amargura que me había dejado el coche en el aparcamiento del centro comercial cuando Matt se había ofrecido a traerme.

Ya era la segunda vez que dejaba allí el coche.

Volví a suspirar.

—Menuda mierda —susurré, mirando el flamante mercedes negro de Jeyson Shalder.

Capítulo 15

—Está bien. Como imaginaron sólo es una bajada de tensión producida por el estrés excesivo, la falta de descanso y los nervios. No hay nada de qué preocuparse.

Jeyson dejó en mi mano un vaso de café instantáneo recién sacado de la maquina de la sala de urgencias.

Asentí con la cabeza.

—Gracias —musité, levantando un poco el vaso—. ¿Tardarán mucho con la radiografía?

—Es de protocolo. Como han dicho no esperan encontrar nada y luego podrá irse a casa.

—Sí... —Lo miré de reojo—. Oye, lo siento —puse los ojos en blanco, avergonzada—, por lo de antes.

—Te pusiste muy alterada.

Seguí vigilándolo de reojo mientras se sentaba en la incomoda silla a mi lado.

—Por eso me estoy disculpando —murmuré irritada—, pero no soy la única culpable aquí.

—Con un lo siento me es suficiente —respondió Jeyson ladeando la cabeza hacia mí de manera graciosa.

Me fijé en las dos chicas que había frente a nosotros. Una tenía una pierna escayolada pero se parecían bastante haciéndome creer que eran hermanas pero lo que hacía que me hirviera la sangre

era la forma en la que devoraban a Jeyson.

—Nadie me dijo que te veías con mis sobrinos.

—¿Y de eso qué es exactamente lo que te molesta?

—¿Qué son mis sobrinos? —protesté de mal humor—. Tengo derecho a preocuparme con quien salen o lo que hacen.

—¿También te preocupabas con quién salía Eric cuando se metió en mi casa?

Lo fulminé con la mirada.

—¿Qué intentas decirme?

—Como sea, ya sabes que seguimos en contacto, ¿tienes algún otro problema?

Me chirriaron los dientes.

—¿Planeas seguir tuteándome?

—Creo recordar que fuiste tú quien empezó a hacerlo.

—¿Tienes algún problema conmigo? —gruñí mirando mal a las chicas de delante, dándome cuenta de que Jeyson también había notado la manera con la que lo miraban.

—¿Problema? —pareció hacerle gracia y giró de nuevo la cabeza para mirarme—. ¿En qué sentido?

Le hice una mueca.

—¿A qué te refieres?

—Dejémoslo en que no tengo ningún problema contigo.

—No puedes hacerte a la idea de lo irritante que puedes llegar a resultar.

—Puedo hacerme a la idea. Por cierto, ya siento que se estropeará tu cita.

Por la forma que lo decía no parecía que lo sintiera mucho.

—No era una cita.

—Oh, ¿en serio?

—No tengo por qué darte explicaciones de lo que hago o de lo que no.

—Eso es cierto.

Ahí estaba ese tono frío y cortante.

—¿Y dime, no es ninguna de esas chicas aptas para tus enfermas actividades nocturnas?

—Actividades nocturnas —aquello le hizo gracia y se rió, impresionándome, aunque no fui a la única. Las dos chicas parecieron más embobadas que antes. Hice una mueca—, haces que suene como si lo que hiciera fuera algo horrible.

—¿Y no lo es?

Se encogió de hombros.

—Creo que eso dependerá de según el punto de vista de cada uno.

—Nunca me han gustado ese tipo de observaciones crípticas.

—A mi tampoco la gente de mente pequeña.

—¿Cómo dices?

Lo miré furiosa.

—Lo que para ti sea algo grotesco, puede que para alguien más sea arte. No debemos

menospreciar los gustos y las aficiones de los demás si no queremos que nos menosprecien a nosotros.

—No creo que estemos hablando de lo mismo. No puedes comprar dos cosas así. Además, yo lo respeto todo.

—Sí, se ve claramente.

—No te confundas. Que no apruebe tus actividades, tu manera de tener sexo no significa que no respete cualquier otra cosa.

—Ya veo, ¿entonces lo único que no es aceptable para ti es cualquier otra forma de tener relaciones sexuales que no sea lo ya establecido como algo normal?

Abrí y cerré la boca, sin saber muy bien qué decir, sin estar segura de lo que implicaba su pregunta.

—Lo que vi no puedo calificarlo como algo normal... era desagradable.

—Para ese hombre no. Para él aquello le gustaba y le excitaba.

—Era horrendo... era...

Y esa atrocidad me había excitado. No iba a reconocer eso en voz alta y mucho menos delante de ese hombre.

—Entiendo —dijo él con calma alejándose de los siniestros pensamientos en los que me había sumergido—. No te gusta salir del sexo convencional.

—Soy alguien normal —dije levantando arrogantemente la cabeza.

—Permíteme felicitarte por ello —dijo secamente—, pero puede que algunos grupos te catalogasen como alguien que practica sexo aburrido.

Estuve a punto de atragantarme.

—¿Cómo? Es la primera vez que alguien me dice que soy aburrida en la cama.

—Baja la voz o esas candidatas según tú a acompañarme a mis actividades nocturnas podrían escucharte.

Lo fulminé con la mirada y luego las fulminé irracionalmente a ellas. ¿Se lo habría tomado en serio? Dada la manera descarada con la que lo miraban y la forma que cuchicheaban entre ellas no dudaba que Jeyson no saldría de allí con más de una invitación.

—¿Vas a llevarlas a tu casa?

—No lo sé —dijo con un elegante movimiento de hombros—. Primero tendré que preguntarles si están interesadas en el sexo aburrido como tú o quieren probar nuevas sensaciones.

Iba a reírme pero me sobresalté cuando vi como Jeyson se levantaba y mirando a las chicas que parecieron quedarse de piedra y se dirigía hacia ellas.

No sé por qué lo hice, pero me levanté violentamente, derramando el café en el suelo y lo agarré del brazo, deteniéndolo. No quería que se fuera con esas chicas. En realidad no quería que pasara la noche con nadie. Jeyson se detuvo y me miró un segundo antes de bajar al mirada hasta su brazo sujeto por mi mano. No lo solté pero si cerré un segundo los ojos para infundirme valor.

—¿Qué haces? —musité en voz muy baja, sin mirar en la dirección de las chicas.

—Esa es mi linea —dijo él con tranquilidad—, ¿qué estás haciendo?

—¿Te has vuelto loco?

—¿Por qué?

—No puedes ponerte delante de dos desconocidas y preguntarles eso...

Su sonrisa maliciosa me dejó sin respiración.

—Sólo iba a tirar esto en la basura.

Levantó el vaso vacío con la otra mano y noté como me sonrojaba violentamente.

—Ah...

Solté su brazo rápidamente, dejando que él se girara completamente hacia mí, sin borrar aquella sonrisa diabólica de los labios que lo hacía increíblemente irresistible.

—¿Pero qué era lo que te preocupaba? —se interesó con voz aterciopelada—, ¿Tenías miedo que fuera a pasar la noche con alguna de ellas?

—No, bueno, eso...

Puse los ojos en blanco.

—¿Te da igual entonces?

—Puedes hacer lo que quieras, claro.

Me puse de morros y me giré, regresando a mi asiento completamente abochornada, aún con la mano que había sujetado el brazo de Jeyson ardiendo, agradeciendo que en ese momento apareciera el médico que atendía a Margaret y pidiera que entrara a hablar con él.

—¿Aún sigues enfadada, tía Dave?

Miré a Margaret horrorizada y sacudí nerviosa la cabeza, sin atreverme a mirar el espejo por si me encontraba con los ojos de Jeyson fijos en mí a través del retrovisor.

—No, no —dije rápidamente—. Sólo estaba nerviosa.

—¿Entonces no te importa si sigue entrenándome? —se interesó Eric que una vez más se había sentado al lado del conde cuando habían dejado salir a Margaret del hospital. Ya pasaba más de la una y Jeyson se había ofrecido a dejarnos en casa ya que no tenía el coche.

—No... —musité—, supongo que no.

—¿Y que vaya a almorzar a su casa los fines de semana?

—¿Qué?

—¿Yo también puedo ir? —Margaret se agarró de mi brazo, mirándome entusiasmada.

—¿Qué...? ¿Pero de qué habláis?

—También puedes venir si quieres.

—¿Qué? —Esta vez sí fulminé el retrovisor con la mirada aunque los ojos de Jeyson no estaban fijos en mí, sino en la carretera—. No es ese el punto.

—¿Y cuál es, tía Dave? —se interesó Margaret con una nueva rabieta.

—Bueno...

—¿Y qué hacías hoy con el imbécil ese? —soltó Eric de golpe, haciendo que toda la bilis subiera a mi garganta.

Esta vez sí noté la mirada de Jeyson fija en mí.

—No creo que sea el momento de hablar de eso.

—¡No me digas que has vuelto con ese tío! No me lo puedo creer.

Eric hizo cara de afligido y yo miré su nuca con ganas de estrangular el asiento donde estaba acomodado.

—No he vuelto con nadie —mascullé irritada—. Y he dicho que no quiero hablar de eso.

—Sí, cierto, estábamos hablando sobre darnos el permiso para ir a almorzar el fin de semana a casa de Jeyson.

—Es señor Shalder —la corregí de mal humor.

—Oh, vamos —intervino Jeyson—. Ya hasta nosotros hemos llegado a prescindir de ese formalismo.

—Aún no recuerdo haberte llamado Jeyson.

—¿No lo acabas de hacer?

—Perdónala —siguió Eric mirando a Jeyson con una expresión de disculpa que acrecentaba mis ganas de asesinar a la inocente tapicería—. Algunas veces no sabe ni de lo que está hablando.

—Suficiente de esto —gruñí—, ¿queréis ir a comer a su casa? Pues genial, por mí como si os vais a vivir con él.

El coche se detuvo en ese momento frente a la casa y aproveché a abrir la puerta, agarrando la mochila de Margaret y dando unos golpecitos en la cabeza a Eric para que saliera del coche.

—Adiós, Jeyson, gracias por todo —dijo Eric mientras se bajaba e iba directo a la casa con Margaret. Yo me quedé inmóvil en la acera, resistiendo el impulso de darme la vuelta e irme sin hacer algo tan normal como ser agradecida. Apreté los puños hasta que sentí dolor por el esfuerzo.

—Bueno, eso —murmuré de mala ganas—, gracias.

Me giré bruscamente pero oí decir a Jeyson antes de entrar en la casa:

—Te espero el sábado para comer, Dave.

Capítulo 16

La semana pasó más rápida de lo que hasta ahora se me habían pasado los días. No volví a ver a Matt pero empecé a tener extraños y enigmáticos mensajes en el móvil, demasiado crípticos para que no me dieran dolor de cabeza y decidí ignorarlos. Había tomado la decisión de no tener nada que ver con él, tal vez ayudada por nuestro último encuentro en el que me había hecho entender que había estado muy ciega en el tiempo que había durado nuestra relación.

—Tía, Dave, vamos a llegar tarde —protestó Margaret cruzándose de brazos en la puerta del cuarto de baño mientras trataba de adecentar un poco el cabello castaño que caía por los hombros.

—Voy.

—Tía, te vas a quemar el pelo si sigues pasando la plancha.

Le lancé una furibunda mirada.

—He dicho que ahora voy, ¿no?

Margaret no respondió y seguí a lo mío, haciendo muecas al espejo, preguntándome si debía maquillarme un poco más mientras el gusanillo de la culpa me invadía completamente. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Arreglándome para qué? No tenía muy claro sobre lo que pretendía conseguir de ese encuentro —y los sucesivos según el deseo de los niños, un cariño que no entendía como se había forjado— y más si tenía en cuenta que me negaba a ceder ante los caprichos sexuales de ese hombre... Cerré los ojos, agobiada. No era la primera vez que imaginaba como haría el amor Jeyson Shalder y más que repugnancia tal y como siempre repetía, lo único que conseguía era que me hirviera la sangre.

—Oye, tía Dave...

—Sí, sí, enseguida estoy —aseguré, pasando por última vez la plancha.

—¿Te gusta Jeyson?

Abrí mucho los ojos y no conseguí retener a tiempo la plancha cuando empezó a escurrirse de mis dedos, cayendo finalmente al suelo. Giré el cuello bruscamente para mirar a Margaret que me observaba muy seria.

—¿Pero qué...?

—¿Hm?

Margaret ladeó la cabeza sin dejar de mirarme y yo noté como se me aceleraba el corazón. Parpadeé, abriendo y cerrando los labios.

—No... —mentí sin mucha convicción.

Margaret siguió observándome muy seria y luego sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Claro —aceptó, dándose la vuelta.

—He dicho que no, Margaret —me obligué a repetir con más fuerza para dar mayor seguridad a mis palabras.

—Mientes fatal, tía Dave.

—Ey, Maggy.

Intenté ir detrás de ella, corriendo descalza pero me acordé de la plancha conectada a la luz y me di la vuelta a toda prisa, desconectándola y terminé de ponerme las botas altas negras, revisando la imagen que me devolvía el espejo con el vestido de hacía más de un año que me quedaba más holgado que la última vez que lo había usado, claramente mostrando que había adelgazado más de un kilo y sin esperar a deprimirme y terminar hundida entre las mantas de la cama, bajé y miré a Margaret que estaba hablando animadamente con Eric.

Me apresuré a acercarme. Si había algo más que podía preocuparme que mi sobrina supiera de mis retorcidos sentimientos por Jeyson era que se enterase Eric. Podía imaginarme su opinión si

se enteraba que me gustaba el conde teniendo en cuenta la relación tan estrecha que había entre esos dos era completamente irracional, sobre todo si tenía en cuenta la manera que se habían conocido.

—¿De qué habláis?

Vi como Margaret sonreía divertida y la fulminé con la mirada.

—De que llegamos tarde, Tía Dave —me informó Eric enseñándome la hora.

—Oh, bueno —mascullé irritada—, no es como si fuera algo importante.

—Llegar tarde es de mala educación —me recordó Margaret inocentemente.

—Sí, bueno...

Suspiré al ver como Eric sacudía la cabeza contrariado y me sonrojé mientras cerraba la puerta, avergonzada de mi propia actitud mientras mis sobrinos parecían más responsables que yo de pronto.

—¿Tía?

—Pero que ya voy —grité echando a caminar hacia el coche.

—Que es muy tarde.

Gruñí.

—Pero tendré que cerrar la puerta al menos, ¿no?

—Pero eres muy lenta —opinó Eric bajando la ventanilla.

—Prueba a llegar a mi edad —solté de mal humor.

—Oh, que vieja —rió Margaret.

La fulminé a través del espejo pero ella ni me devolvió la mirada.

—Tía, ¿por qué estás tan de mal humor?

—¿Yo?

Miré a Eric un segundo mientras conducía.

—Llevas de un humor extraño desde que decidimos ir a comer a casa de Jeyson.

—¿Yo? —insistí, incrédula, intentando recordar como me había comportado estos días para que Eric comentara algo así. Ni siquiera sabía de qué humor se suponía que había estado... Miré a Margaret desde el retrovisor. Ella también me observaba con esa sonrisilla de “yo lo sé todo” Aparté la mirada agobiada—, ¿lo estás preguntando por algo?

Eric me miró confuso.

—¿Por algo? —parecía extrañado—, sólo te pregunto si te ha pasado algo para que estés tan enfadada ¿o es que realmente te cae mal Jeyson?

—¿Qué? —miré de nuevo a Margaret. Parecía muy atenta a la conversación—No... no es eso.

—Oh, menos mal —siguió Eric—, sería una pena.

—¿Una pena?

¿De que demonios iba esa conversación?

—Sí, a Jeyson le caes muy bien.

—¿Eh? —mi voz sonó histérica y giré el cuello para mirar a Eric asombrada, olvidándome de la carretera.

—¿Tía, mira la carretera! —chilló Margaret inclinando la espalda hacia adelante.

Volví a girar el cuello, clavando la mirada en la carretera, especialmente en el volvo azul que

tenía delante.

—¿Por qué dices eso? —insistí a Eric sin desviar la cabeza hacia él pero demasiado pendiente de su reacción por el rabillo del ojo.

—Me lo dijo él —se encogió de hombros, desinteresado—, ¿de qué otra forma lo sabría?

—Oh, sí, claro...

Me mantuve callada, notando como me hervía la cara. ¿Qué tipo de conversación tenían esos dos para que eso saliera a colación mientras hablaban?

—Oye, tía...

—¿Hm?

Prefería no pensar en ello, prefería mantener las distancias con Jeyson Shalder pero desde el último encuentro parecía que más que alejarme de él, me había acercado demasiado.

Y eso me gustaba más de lo que estaba dispuesta a reconocer.

—¿Por qué no intentas seducir a Jeyson y te casas con él?

No estoy segura que hice, aunque hubiera jurado que pisé involuntariamente el pie del acelerador, estando a punto de chocar con el coche de delante, algo que no sucedió porque reaccioné a tiempo, tal vez gracias a los gritos de Margaret y Eric, conmocionados.

—¿Te has vuelto loca? —lloriqueó Margaret.

Eric se quitó el cinturón de seguridad y se dio la vuelta para tranquilizar a Margaret. Yo me quedé mirando al frente, sin prestar atención a los insultos del conductor del coche de delante antes de que se asegurase que no había rozado su carrocería y siguiera adelante.

—¿Qué te ha pasado? —se interesó Eric intentando mantener una expresión de calma sin conseguirlo realmente. Se hacía el fuerte pero estaba claro que aún recordaban vividamente el accidente que mató a sus padres y en el que también estuvieron ellos.

Alargué la mano para acariciar su mejilla.

—Lo siento —me disculpé, dándome la vuelta para mirar a Margaret que seguía llorando pero más tranquila—. Ha sido mi culpa. Tendré más cuidado la próxima vez. ¿De acuerdo?

Margaret asintió con la cabeza y luego miré a Eric.

—Vale —musitó él, sentándose de nuevo.

—Ponte el cinturón de seguridad —le indiqué, arrancando de nuevo y uniéndome a los coches.

No tardamos en llegar a la mansión de Jeyson pero ninguno volvió a hablar durante todo el trayecto y cuando Margaret se lanzó a los brazos de Jeyson nada más dio con él al entrar en la casa, sentí que una vez más me había convertido en un monstruo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Jeyson arrodillándose para quedar a la altura de Margaret y le secó los ojos rojos y húmedos—. ¿Has estado llorando?

—Nuestra tía —explicó Dave sin tener una pizca de apuro en delatarme—, ha estado a punto de matarnos al venir aquí.

—Ey, no exageremos —musité, desviando la cabeza cuando Jeyson volvió a levantarse y me miró muy serio.

—Vamos, pasad al comedor, ahora vamos nosotros.

Ninguno de los dos dudó en obedecer, acercándose a saludar al cocinero y yo deseé poder fundirme con la pared cuando Jeyson caminó acercándose a mí.

—Puedes ahorrártelo —le avisé—. No necesito un sermón —y mucho menos de él—. Me distraje un momento.

—Deberías tener más cuidado —dijo severamente.

—Oye —le avisé moviendo demasiado efusivamente una mano—, he dicho que no quiero oír

nada, ¿de acuerdo? Además, ¿es que tú nunca has tenido algo que te ronda en la cabeza?

Eché a andar hacia el comedor. No tenía ganas de estar a solas con él aguantando una charla que podía ahorrarme. Para empezar había sido su culpa de eso y tampoco me sentía muy cómoda conmigo misma después de lo ocurrido. No llegué a acercarme al comedor. Jeyson me agarró del brazo y tiró de él con suavidad, obligándome a girarme y mirarlo.

—Espera un poco.

—No, suéltame —le avisé enfadada—. Ya he dicho que no quiero seguir hablando del tema y no estoy obligada a escucharte. No eres nadie de mi familia.

—No, no lo soy —respondió con aspereza— y tampoco iba a insistir sobre el tema, sólo quería decirte que si tienes un problema y necesitas ayuda, tal vez puedas hablarlo conmigo.

Lo miré sin saber muy bien como debía sentirme. En realidad, ¿qué problema creía que tenía?

—Siento ser yo quien te baje de la nube pero ni somos tan cercanos como para que te vaya contando mis problemas —y menos cuando era él la causa de mis problemas—, ni todo se soluciona con dinero ¿sabías?

Me solté de un tirón y me giré bruscamente pero Jeyson volvió a agarrarme del brazo y antes de que me diera tiempo a protestar, me empujó contra la pared, cerca de la puerta del comedor y prácticamente pegando su cuerpo al mío, deslizando sorpresivamente una pierna entre las mías, me agarró la barbilla y sin darme tiempo siquiera a comprender qué sucedía, me besó, hundiendo su lengua dentro de mis labios tan ávidamente que por un momento me sentí completamente perdida, pero luego todas las emociones estallaron en mi cabeza: el deseo, la lujuria, la pasión, el amor y la necesidad se entremezclaron tan salvajemente con la rabia y el deseo de dominar que aferré la mano a la parte de atrás de su cuello, tirando de él hacia mí y respondí a su beso salvajemente, demostrando que ni era una niña estúpida, ni una sosa en la cama y que no se me amedrentaba por algo así tan fácilmente. Cuando finalmente separó los labios, los dos respirábamos agitadamente pero aún me quedaba la suficiente cordura con el corazón golpeando mi pecho con fuerza y un fuerte calor en mi cuerpo para sonreír divertida y lo aparté con una mano empujando su pecho.

—¿Qué te creías? —bufé y me apresuré a entrar en el comedor con lo que estaba segura era un

color de cara bastante más colorado que al principio.

Capítulo 17

—¿Por qué estás tan roja, tía Dave?

Levanté la mirada del plato para clavarla en Margaret que me observaba preocupada desde el otro lado de la mesa. Ni siquiera me di cuenta cuando me llevé una mano a la mejilla, comprobando que me ardía y miré a la niña abriendo los ojos espantada, retirando la mano rápidamente.

—Tengo calor —mentí.

—No hace calor, tía Dave —observó Eric, algo que sencillamente podía ahorrárselo.

Lo fulminé con la mirada, negándome a mirar la expresión que debía tener Jeyson en ese momento.

—¿Es que no has oído hablar de los sofocos? —solté de mal humor.

—¿Los sofocos? —se interesó Margaret parpadeando.

—No tienes sofocos —rió Jeyson, obligándome a mirarlo finalmente para asesinarlo con los ojos. Él apoyó un codo sobre la mesa, divertido—. Eres demasiado joven para eso.

Bufé.

—Habla un hombre —solté irracionalmente.

—Habla un médico.

Suavicé el ceño y lo miré con interés, sorprendida.

—¿Eres médico? —se interesó Margaret entusiasmada, posiblemente igual que yo.

—Sí —aceptó él—. Neurocirujano.

—Venga ya... —musité en voz alta, comprendiendo como la brecha entre los dos se ampliaba aún más de lo que ya estaba.

Me di cuenta que lo había dicho en voz alta cuando me di cuenta que Jeyson me observaba fijamente. Me levanté bruscamente abrumada por mis propias emociones, por comprender un poco más la realidad de mis sentimientos, de que me había enamorado de un hombre completamente inalcanzable en todos los aspectos. ¿A qué demonios estaba jugando? ¿Tantas ganas tenía de sufrir? Cerré los ojos con fuerza.

—¿Tía Dave?

La voz de Eric sonaba preocupada. Abrí los ojos y traté de sonreír sin mirar a nadie en concreto.

—Voy un momento al baño.

Sin esperar a que nadie dijera nada, me di la vuelta y caminé todo lo tranquila que pude hasta alcanzar la puerta, cerrándola a mi espalda y permanecí un minuto inmóvil hasta que vi a dos de las chicas del personal hablando con la señora Hermey y me apresuré a escabullirme hasta el cuarto de baño más cercano al comedor, encerrándome allí durante un rato, sentada en el brillante y pulcro inodoro blanco con ganas de tirar de la cadena e irme con e agua del desagüe.

—Dave, ¿te encuentras bien?

La voz de Jeyson acompañada de unos golpecitos en la puerta solo hizo que aumentara mi ansiedad y miré rencorosa a la pobre e inocente puerta, sin levantarme.

—He estado pensando, señor Shalder —tuve especial cuidado en arrastrar su nombre—, tal vez deberíamos empezar a hablarnos sin esa familiaridad —no hubo respuesta—. Lo considero contraproducente.

Hubo un silencio al otro lado de la puerta.

—Creo que no te entiendo. ¿Tanto te ha molestado un beso? ¿Quieres que me disculpe?

—No.

Apreté los puños con rabia. No me molestaba haber sido besada. Me había gustado el beso, me había gustado sentir la forma que se me aceleraba el corazón o los sentimientos que me habían removido en ese instante.

Me molestaba querer más.

—¿Entonces cuál es el problema?

—No hay ningún problema —solté de mal humor—. Sólo estoy pensando en la situación y considero que es un error mantener este tipo de relación. Seamos realistas por el amor de Dios.

Hubo otro prolongado silencio.

—Sal de una vez, Dave y hablemos.

—Hablar, ¿de qué?

—Sea de lo que sea no creo que encerrada en un baño sea la mejor manera de hablarlo.

Apreté los dientes, una vez más fulminando a la puerta y en un arranque de ferocidad, me levanté del inodoro y acercándome en dos pasos a la puerta, la abrí y ahogué todos los insultos que se me pasaron por la cabeza. El ceño fruncido y la expresión de enfado de Jeyson me retaban a que abriera la boca y empezara una guerra. Por una vez el sentido común me hizo mantener la boca callada, aunque ese mismo sentido común no duró demasiado.

—¿Y ahora de qué quieres hablar?

—Los niños están preocupados.

—Me disculparé con ellos —dije con aspereza—. Por lo visto es para lo único que sirvo, para disculparme en la vida porque desde que tengo uso de razón lo único que he hecho ha sido cagarla una y otra vez. ¿Estás ahora más feliz?

—¿Qué es lo que te ha molestado tanto? ¿El beso?

—No me jodas —murmuré, clavando un dedo en su pecho, firme, uno que tanto deseaba recorrer con mis manos y mis labios. Cerré los ojos, obligándome a volver a la realidad—, no ha sido un beso tan espectacular como para que tenga que seguir recordándolo.

¡Y se podía ir al infierno él y su maldito beso!

Intenté pasar por su lado pero no llegué a hacerlo, la mano de Jeyson me agarró con fuerza del brazo aunque no con la suficiente presión como para hacerme daño, algo que con la constitución de ese hombre no dudaba que pudiera ejercer incluso para romperme un brazo si quería.

—Me cuesta creer entonces que lo que te haya alterado al punto de abandonar la mesa haya sido el hecho de saber que soy médico, dime que estoy equivocado porque no encuentro ninguna relación a ese hecho con tu repentino enfado.

—No estoy enfadada —solté mirándolo desafiante—. Me importa poco si eres médico, periodista o lo que te de la gana. No es de me incumbencia. No tenemos una relación en la que deba importarme algo como eso, ¿no te parece? Y ahora suéltame.

Los dedos de Jeyson me soltaron de inmediato, aflojando la presión tan rápidamente que al principio ni lo noté pero sólo llegué a dar un paso, alejándome de él antes de escucharlo hablar.

—¿Entonces el problema es ese?

Parpadeé, me detuve y después de unos segundos me giré.

Jeyson me miraba fijamente, expectante y yo noté un nudo en la garganta.

—¿De qué hablas?

—¿Lo que te molesta es que no tenemos ningún tipo de relación?

Respiré ruidosamente. Sí, posiblemente daba en la diana, ¿debía felicitarle ahora? Me dolía saber que por mucho que me gustase, por mucho que me enamorase de él, jamás tendría una

oportunidad. Era evidente que nunca llegaría a mirarme como la pareja deseada para formar una familia, así que, ¿a qué podía aspirar? Oh, sí, lo sabía. Se lo había sugerido una vez y posiblemente era lo único que tendría con él. Un polvo rápido y si te he visto no me acuerdo.

Volví a acercarme a él y lo agarré de la chaqueta, empujándolo al cuarto de baño y cerré la puerta detrás nuestro, acorralándolo en la pared y acerqué mi rostro al suyo.

—Te lo dije una vez. Acostémonos. Así podrás superar esto y no tendrás que volver a verme ni volver a ver a mis sobrinos...

Ahogué una exclamación cuando me agarró por la cintura, empujándome contra la pared de enfrente y apoyó una mano al lado de mi cara, inclinando la cabeza hacia mi rostro.

—Tienes una manera muy extraña de canalizar tu rabia y mal humor. ¿Acostumbras a acostarte con todos los hombres con quienes te enfadas?

Abrí mucho los ojos y sin pensarlo le golpeé la cara con el dorso de la mano, manteniéndola levantada, mientras veía como sus ojos llameaban furiosos, un segundo antes de agarrarlo por la solapa y salvando la distancia que nos separaba lo besé, dejando que él aceptara el beso con tanta rabia como yo se lo ofrecía, devorándonos intensamente mientras sus manos levantaban el vestido de viscosa, apretándome las nalgas sobre las medias y el tanga y sus manos recorrían mi espalda mientras yo enredaba con la cinturilla de su pantalón, buscando la cremallera.

—¿Estará en este cuarto de baño?

No fui la primera en escucharlos. Las manos de Jeyson se detuvieron bruscamente en el cierre del sujetador y sin poder evitarlo me puse en guardia, manteniendo las manos en la cremallera de la bragueta de su pantalón. Jeyson despegó despacio sus labios de los míos, succionáolos despacio sin dejar de mirarme.

—Espera llamaré —escuché la voz de Eric.

Se me detuvo el corazón y estoy segura de que me puse rígida, mirando la puerta que no tenía seguro echado.

—¿Y Jeyson? —esta vez fue Margaret—. Dijo que iba a buscarla.

—Igual se han ido a algún lado de la casa —razonó Eric.

—¿Ahora? ¿A qué? Estábamos comiendo.

Jeyson enarcó una ceja y yo retiré rápidamente las manos de su pantalón notando como sus dedos se deslizaban fuera de mi vestido.

—¡Y yo qué sé! Cuando los veas les preguntas.

—Vale, llama ahí.

Escuché como golpeaban a la puerta y ninguno de los dos se movió pero cuando volvió a hacerlo y escuché como se movía el picaporte, fue Jeyson quien se apresuró a sujetar la puerta, impidiendo que ésta se moviera y nos encontrara allí dentro.

Juntos, solos y en un cuarto de baño. Iba a ser muy difícil explicar eso y la mirada de Jeyson lo decía todo.

—Esta está cerrada. Busquemos a alguien —sugirió Eric.

Las voces se alejaron y suspiré aliviada, desviando abochornada la cabeza para no tener que enfrentar a Jeyson.

—¿Satisfecha?

—¿Qué?

Levanté la cabeza y lo fulminé con la mirada.

—¿Quieres que continuemos y nos arriesgamos a que alguien nos encuentre aquí o volvemos al comedor?

—Volvemos al comedor —gruñí, caminado hacia él y fui la primera en tocar el manillar y abrir la puerta, asegurándome que no había nadie alrededor. Ya no sólo mis sobrinos, tampoco quería crear un nuevo chisme para que tuvieran de qué hablar los miembros del personal, algo que

sabía por experiencia, era algo que hacían mucho.

—Eh.

Antes de llegar a salir, Jeyson me agarró de un brazo y me giré a mirarlo, fastidiada e increíblemente encendida. Su mirada estaba cargada de deseo. Tragué con dificultad.

—¿Qué...?

—Si de verdad quieres acostarte conmigo, ven cualquier noche. Deja a los niños en casa de tu amiga o tráelos antes y que duerman aquí. Si vienes, entonces te haré el amor.

Lo miré sin saber qué contestar a eso luego me solté de un tirón y caminé algo mareada hasta el comedor, comprobando que ni Eric ni Margaret habían vuelto aún. Decidida a no pasar ni un segundo más a solas con Jeyson, me di la vuelta en cuanto él me alcanzó y me fui en busca de ellos.

Capítulo 18

Miré a Emma durante las ocho horas de trabajo. En el vestuario había escuchado a mi amiga mientras me hablaba de su exmarido, bastante furiosa porque había intentado llevarse unos días al niño para que sus padres lo vieran.

—¡No me parece mal que vean a su nieto! Es lo correcto, ¿sabes? Pero ¿quién demonios es él para aparecer en mi casa e intentar llevarse al niño sin mi permiso si ni siquiera se interesa por él? Es el colmo. Casi le rompo la cabeza con el palo de la escoba. ¡Tuvo suerte que estaba mi hermano en casa y me detuvo a tiempo que sino...!

—Que sino hubiera tenido que ir a verte a la cárcel.

Emma había puesto los ojos en blanco.

—Si quiere algo que hable con mi abogado. No pienso dejarle al niño hasta que un juez no me diga lo contrario.

—¿Y sus padres?

Ella había bufado.

—No tienen la culpa de tener a un hijo como ese. ¡Bastante tiene esa mujer con haber parido a ese malnacido! Los llamé y les dije que si querían ver a su nieto que tenían la puerta de mi casa abierta... y sabes, ¿qué? Vinieron esa misma tarde. Estaban tristes por no poder verlo. Ya les dije que vinieran cuando quisieran...

Al final habíamos empezado a trabajar sin que me diera la oportunidad de pedirle consejo, algo que me costaba demasiado hacer ya que para pedirlo tendría que confesar algunas cosas que me costaba bastante admitir.

Cuando finalmente conseguí sentarme en el banco del vestuario, eché la cabeza hacia atrás, golpeando la nuca con la pared y cerré los ojos, agotada.

—Creo que estoy enamorada.

Ni siquiera abrí los ojos cuando escuché como se le caían a Emma las llaves que estaba cambiando de bolsillo en el momento que había cerrado los ojos.

—¿Enamorada? ¿De quién?

Abrí los ojos despacio y la miré de reojo. Me observaba boquiabierta.

—De Jeyson Shalder.

Esta vez enarcó una ceja lentamente y me miró incrédula, con esa expresión de que no se creía nada de lo que la estaba diciendo.

—Sí, ya claro. Con ese cuento a otra, guapa.

—Hablo en serio.

—Y yo también.

Miré incrédula como seguía cambiándose de ropa y me aparté de la pared.

—Que hablo en serio, me gusta ese hombre.

—Sí, el conde Drácula que esconde a sus victimas en habitaciones cerradas.

Puse los ojos en blanco.

—Ni es Drácula ni esconde nada en ninguna habitación. Ya te lo dije, ¿recuerdas?

—Sí, y también recuerdo todo lo que has hablado de ese hombre. Llevas llamándolo de todo menos bonito.

Sacudió la cabeza y siguió vistiéndose.

—Ya, bueno —me encogí de hombros—, supongo que en el proceso de todo eso me terminé gustando...

Después de todo lo que le había llamado hasta a mí me parecía ridículo afirmar algo así.

—Claro —siguió ella sin creermme—, ¿y qué parte de ese proceso me he perdido en el que pasas de querer estrangular a una persona a querer meterte en su cama?

Me miró con guasa pero yo noté como palidecía ante su observación y Emma borró lentamente la sonrisa, mirándome con los ojos muy abiertos.

—No...

—Bueno...

—¿Te has acostado con el conde?

—¡No! —la miré horrorizada—. Aún... —admití.

—¿Qué? ¿Qué? Espera, espera un poco —Emma se sentó a mi lado, buscando las palabras

para hablar—, en serio, explícate porque no me entero de nada.

—No nos hemos acostado —empecé como si aquella fuera la parte más importante.

—Vale —Emma se ajustó una zapatilla—, pero eso de que estás enamorada de él... ¿va en serio?

Asentí con la cabeza. Era la parte que más dolía de aquello.

—Me gusta casi desde el principio pero era una atracción física, de hecho no niego que siga siendo una atracción física... pero ya he pasado a la etapa de querer verlo, de querer estar con él, de sentir celos y esa mierda...

Hasta mi voz sonaba con rabia

—Estás enamorada —suspiró Emma asintiendo con la cabeza.

—Menuda mierda, ¿eh?

—¿Y a él también le gustas?

Y ahí estaba la pregunta que quería evitar, la única que escocía. Desvié la mirada.

—No.

—¿No? Pero has dicho que aún no os habéis acostado pensé que....

—Hay atracción sexual pero no le gusto.

—Bueno, si hay atracción...

—No lo has visto, ese hombre chasquearía los dedos y tendría once mujeres arrodilladas alrededor de él —y posiblemente es donde solía tenerlas... prefería no pensar demasiado en ello. Aún era un tema delicado.

—Ya, bueno, pero te desea.

—Porque soy conveniente.

—¿Y eso qué significa?

Decidí pasar de la pregunta.

—La cuestión es que quiero que me aconsejes.

Emma me miró desconfiada.

—¿Sobre qué?

Respiré hondo.

—¿Me acuesto con él?

Durante unos instantes creí que Emma se levantaría y se iría sin responderme, al final enarcó una ceja, bufó, suspiró y se puso la zapatilla que le quedaba.

—¿Quieres acostarte con él?

—Bueno... —musité bajando el tono de voz—. Sé que solo será una vez y posiblemente una vez tenga lo que quiere —la miré significativamente y Emma asintió entendiéndolo todo. No hacía falta explicar que sólo me seguía prestando atención, rondando a mis sobrinos y mi entorno porque quería conseguir algo de mí, y era sexo... y el sexo que él quería... claro que eso último no lo iba a compartir con Emma— ya no volveré a verlo y sufriré como una condenada y tendré ganas de morirme, de asesinarlo y esas cosas....

La miré suplicante y Emma asintió con la cabeza. También entendía eso.

—Pero esa no es la pregunta —insistió—, ¿Quieres acostarte con él pese a saber todo eso?

Asentí con la cabeza, despacio.

—Sí, claro que sí.

—¿Entonces cuál es el problema? Sexo con el hombre al que amas. Deja que esa noche sea especial para ti y luego llora hasta reventar. Créeme, te volverás a levantar de la cama por mucho que duela y seguirás haciéndolo cada día hasta que te des cuenta que ha dejado de doler. Y si no lo vuelves a ver, te ayudará mucho más, así que ni se te ocurra quedarte embarazada.

La miré horrorizada.

—Joder, no.

Ya tenía bastante con dos niños para criar como para meterme en el problema de comenzar a criar uno desde cero... Para ser sincera no me imaginaba cambiando pañales y despertándome a las tres de la mañana a dar un biberón...

—Pues ya tienes tu respuesta. Queda con él, disfruta del tío y luego ven a verme, comeremos helado y veremos películas de risa. Te ayudaré a soportar el trance.

Sonreí sin poder evitarlo y la abracé con fuerza.

—No sé que hacía sin ti cuando no te conocía.

Emma soltó una risotada.

—Pues sobrevivir, como siempre y ante todo.

También reí.

—Pero hay un favor que tengo que pedirte...

Emma me apartó y sosteniéndome con las manos en los hombros me miró fijamente, con los ojos entrecerrados, desconfiada.

—¿Qué favor?

—¿Pueden pasar esta noche Eric y Maggy en tu casa?

Le dediqué mi mejor sonrisa y ella entrecerró aún más los ojos.

—Sí, adelante, ve a pasártelo bien.

—Gracias.

Le di un nuevo abrazo.

—Ya, claro, para eso estamos las amigas. Ya te dejaré yo a mi hijo cuando conozca a alguien también.

—Dalo por hecho —acepté, consiguiendo que Emma sacudiera la cabeza con una sonrisa.

En realidad hablarlo con Emma había sido más fácil que enfrentarme a la realidad. Había estado toda la tarde demasiado nerviosa, sin poder dejar de pensar en aquello que había visto en la casa de Jeyson, en las posibles fantasías sexuales que tendría ese hombre, en si debía pedirles el teléfono a Eric o Margaret y llamarlo para avisarle que iría esa noche y evitarme alguna situación desagradable... y al final me encontraba echa un mar de nervios dentro del coche aparcado frente a su casa.

Las luces estaban casi apagadas y en su despacho no parecía haber movimiento. Respiré hondo y bajé del coche cerrando la puerta despacio. Ya no tenía llaves así que para entrar necesitaba llamar al timbre, algo que me echaba bastante para atrás. ¿Y si tenía que dar explicaciones? Bueno, siempre podía decir que quería hablar con Jeyson...

Volví a respirar hondo y pulsé el timbre. Al menos había pasado una hora desde que Eliane y la nueva empleada habían abandonado la casa. Tener que enfrentarme a ella me hubiera resultado mucho más difícil.

Fue la señora Hermey quien me abrió la puerta, invitándome a entrar.

—Quería ver al señor Shalder... —dije nerviosa, mirando a cualquier parte menos a sus ojos. Estaba segura de que si me encontraba con su mirada, ésta me delataría.

—Está arriba —fue la respuesta de ella, mirándome fijamente como si comprendiera el motivo que me traía a esa casa a esas horas—, está ocupado.

—Ocupado... Oh...

Sentí como si me hubieran echado un jarro de agua fría y di un paso hacia atrás, sin atreverme a mirar hacia las escaleras.

—Si quieres puedo decirle que has venido...

—Oh no, no, no hace falta —intenté sonreír y di otro paso hacia la puerta de entrada—. Mejor me iré, ya hablaré con él en otro momento.

No quería seguir allí sabiendo que tendría a alguien más complaciéndole.

—Dave...

Levanté bruscamente la cabeza cuando oí mi nombre, palideciendo cuando vi a Jeyson bajar por las escaleras, solemne, majestuoso, siempre con un traje que resaltaba ese aspecto regio y elegante. Se acercó a nosotras sin dejar de mirarme, después, prestó toda su atención en su secretaria.

—Le he dicho que está ocupado... —empezó a explicar la mujer pero Jeyson la calló con una mano sobre su hombro.

—Emily, te agradecería que te encargaras esta noche de nuestros invitados, hoy le había prometido mi tiempo a Dave.

La mujer no cambió la expresión. Fuera lo que fuera lo que pensara de esas palabras o de lo que iba a suceder, no demostró nada en su cara. Se limitó a asentir con la cabeza y se alejó de allí, subiendo las escaleras por el mismo camino por el que Jeyson había llegado.

Sin la señora Hermey cerca, Jeyson se giró completamente hacia mí, clavando su mirada en mi rostro. Me revolví incomoda, de pronto avergonzada.

—Si molesto puedo irme —solté con aspereza.

—Si molestaras te hubiera pedido que te fueras.

Algo que sin duda haría cuando terminara esa noche... Joder, me había prometido no pensar en eso.

—La señora Hermey dijo que estabas ocupado arriba.

—Lo estaba —fue su escueta respuesta.

Lo miré enfadada, más enfadada conmigo que con él.

—Por eso digo que puedo irme.

—No —dijo él con firmeza—. De los invitados puede encargarse Emily perfectamente. De ti, desearía encargarme yo.

No tendría por qué haber significado nada obsceno, nada sexual, pero hizo que me pusiera completamente roja, algo inaudito, ya que nunca me había avergonzado el sexo, siempre lo había disfrutado sin restricciones.

—Si tú lo dices... —murmuré cruzando los brazos alrededor del pecho.

—Ven conmigo.

Jeyson me rodeó con un brazo y me condujo hacia las escaleras donde algunos sonidos se escuchaban de ciertas habitaciones, unas que no dudaba fueran las que habitualmente se encontraban cerradas. Enarqué una ceja.

—Desde ya te digo que si tu idea es algún tipo de plan orgía mejor lo dejamos ahora...

La risita que salió de los labios de Jeyson eran suave, melodiosa.

—No entraba dentro de mis planes... compartirte.

Otra vez esa forma de hablar. Me estremecí y me odié un poco más por ello.

—Oye, si estabas ocupado...

Noté como los dedos de Jeyson se aferraban un poco más fuertes en mi cadera y me invitó a pasar a su habitación, abriendo la puerta y empujándome suavemente con una mano.

—Si aún quieres pasar...

—¿No estoy aquí? —gruñí dando un paso dentro de la habitación.

—... espero que vengas psicológicamente preparada para lo que pueda ocurrir.

Me detuve de golpe y me giré sobresaltada pero Jeyson ya había entrado a la habitación y apoyó su espalda en la puerta cerrada. Lo miré cohibida.

—¿Qué?

—Sabías a lo que venías, ¿no?

—A tener sexo —solté con aplomo, sin desviar la mirada—, pero...

—¿Pero? —me invitó Jeyson a continuar, apartándose de la puerta y acercándose a mí.

—Nunca hablamos de lo que está permitido y lo que no...

Llegó a mi altura y resistí el impulso de retroceder dando un paso hacia atrás. Me negaba a acobardarme, al menos a demostrar que me acobardaba.

—¿Lo permitido y lo que no?

Suavemente rozó con la yema de los dedos mi brazo, pasando los dedos hasta alcanzar mis hombros por encima de la ropa y los presionó en la piel de mi cuello, acercándose a mi barbilla y la sujetó entre ellos, manteniéndome la cabeza inmóvil, con la mirada fija en mí.

—Hay cosas que no estaré dispuesta a hacer —le avisé con firmeza, sin intimidarme.

Sonrió y más que agradable su sonrisa era perversa, capaz de hacerme contener la respiración.

—Estás dentro de la casa de un hombre, en su habitación, un lugar donde sabes que acude gente a hacer realidad ciertas... fantasías —pareció hacerle gracia aquello pero yo no conseguí verle el punto a la broma que me perdía— y déjame decirte que ni en sueños serías capaz de impedirme hacer contigo lo que quisiera... ¿y aún así te animas a decir algo así?

Entrecerré despacio los ojos, resistiendo el impulso de apartar la mano que seguía sosteniendo mi barbilla de un manotazo.

—¿Intentas cabrearme? —Mi voz sonó excesivamente ronca, excesivamente áspera.

Jeyson ensanchó la sonrisa.

—Me excita verte enfadada.

Lo miré sorprendida.

—¿Me estás haciendo enfadar sólo para alimentar tu lívido?

—Mi lívido, Dave, es de apetito bastante simple, tranquila.

—Me cuesta trabajo imaginarlo —murmuré fastidiada—. Las reglas —insistí.

—De acuerdo —aceptó él soltándome—. Quítate la ropa.

Lo miré incrédula.

—¿Cómo?

—¿Cómo planeas tener sexo con la ropa puesta?

—¿Estás intentando cabrearme de nuevo?

—No —dijo él despacio—, hablo muy en serio.

Lo miré sin vacilar. ¿De verdad pretendía que me quitara la ropa? ¿Así sin más? ¿En frío?

—¿Por qué no tela quitas tú?

—Todo a su tiempo.

—Aún no hemos establecido las reglas.

—¿Por qué no empiezas a poner tus condiciones directamente? —ni siquiera parecía molesto con mi tono demandante—. Eres la única interesada en que haya reglas.

Bufé, molesta.

—Que quede claro —insistí, ignorando su comentario—. No voy a chuparte nada.

—¿Chuparme nada? —Parecía de nuevo divertido.

—Tampoco me gusta el dolor así que todo ese rollo de pegar y eso...

Cerré los ojos, agobiada.

—Tampoco a mí.

Volví a abrir los ojos, sorprendiéndome de encontrar a Jeyson tan cerca de mí que podía sentir el calor de su cuerpo, ni siquiera me resistí cuando empujó la cazadora hacia abajo, tirando de ella para sacarla de mis brazos y dejó que cayera al suelo, haciendo lo mismo con el jersey, empujándolo hacia arriba, teniendo especial cuidado de rozar mis pechos con sus manos, provocándome con cada una de sus discretas caricias, de sus inocentes roces mientras me quitaba lentamente la ropa, dejando caer aquí y allá un beso, presionando con sus labios mi frente y mis mejillas, el cuello y los hombros desnudos hasta que tiré yo misma del pantalón con el pie, echándolo a un lado y me rodeé incomoda con los brazos, moleta por ser la única en ropa interior, algo que Jeyson parecía solucionar rápido, pasando un brazo por mi espalda, acariciándola con la yema de los dedos antes de alcanzar el cierre del sujetador y liberarlo fácilmente, soltándolo y dejando que los tirantes se deslizaran por mis hombros, descubriendo mis pechos.

—Hablo en serio cuando digo que no me gusta el dolor —repetí como si en ningún momento hubiéramos dejado ese tema, como si no hubiera habido una prolongada pausa—. Se ningún tipo.

Ladeé el cuello, permitiendo que su boca se hundiera en él, besando mi piel y sólo me estremecí débilmente cuando su mano se cerró en uno de mis pechos, estimulándolo. Me mordí el labio con fuerza.

—También hablo yo en serio —susurró él en mi oído.

—Tampoco —jadeé cuando sus dedos pellizcaron el pezón y noté como me inclinaba hacia delante—, estoy dispuesta a someterme a ningún tipo situación que considere denigrante para mi persona...

—Denigrante... —su aliento acarició mi oído y volví a estremecerme—, lo único que quiero es que te pongas esto.

Estiró el brazo y sólo vi de reojo como agarraba algo de uno de los cajones del mueble, mostrándome unas esposas demasiado firmes como para considerarlas de juguete. Lo miré asustada.

—¿Planeas atarme?

—Sólo las manos.

Dudé antes de responder, apretando los brazos alrededor del pecho.

—Sí, ya, pero no podré moverme.

—Dave, relájate. No voy a hacer nada que te haga daño. Sólo sentirás placer.

Pero la forma que lo decía hacía que sintiera más desconfianza de eso que si hubiera dicho abiertamente que iba a sufrir. Cerré los ojos un segundo. Daba igual. Sólo iba a ser esa noche y no había escuchado que hubiera sucedido nada irreparable viniendo de esa casa...

—De acuerdo —acepté un poco de mala gana—, ¿dónde vas a atarme?

Los ojos de Jeyson se desviaron de mi rostro hacia la cama, sin borrar la sonrisilla.

—En la cama, por supuesto.

Puse los ojos en blanco y mostrando una voluntad que no sentía, me di la vuelta y caminé hasta la cama, sentándome en ella.

—¿Postura? —casi gruñía.

Contuve la respiración cuando Jeyson se inclinó sobre mí, acariciándome los hombros.

—Me gusta mirar a la cara cuando hago el amor.

Puse los ojos en blanco. Estaba demasiado nerviosa. No solía ponerme nerviosa en esas situaciones pero ese hombre era desesperante. Aún así obedecí, echándome hacia atrás.

—¿Así?

—Los brazos —No puse resistencia cuando él me agarró los brazos y los subió sobre mi cabeza, atando las muñecas a las esposas y pasándolas por la cabecera de metal de la cama.

Me revolví incomoda mientras veía como Jeyson se apartaba y empezaba a desnudarse, subiéndose a la cama mientras dejaba a un lado la chaqueta y la camisa, mostrando un torso amplio, bien formado, con unos músculos firmes en una piel pálida y tersa, una que no llegaría a tocar porque tenía las manos atadas, claro. Abrí la boca para hacer alguna observación al respecto, pero no tuve ocasión. Jeyson se arrodilló entre mis piernas, agarrando los tobillos entre los dedos y tras llevarse uno de mis pies a los labios, besándolo, me separó bruscamente las piernas, sorprendiéndome.

—E... ey... —musité intentando incorporar la espalda, algo que no llegué a hacer porque Jeyson se inclinó hacia mí.

—Shhh —y me besó, deslizando su lengua entre mis labios mientras sus manos recorrían mi vientre, deslizándose hasta mis pechos. Ahogué un jadeo en sus labios antes de que él los liberase, manteniendo la cabeza muy cerca de la mía—. Ahora vamos a jugar a un juego.

Lo miré horrorizada. Ya estaba excitada. Sus dedos torturaban mis pezones y apreté con fuerza los dientes para que no se escapara ningún sonido de mi garganta, intentando revolverme despacio, demasiado consciente de las piernas de Jeyson alrededor de las mías.

—Oye... —conseguí musitar—. Dijiste nada de juegos.

—Dije —me corrigió él suavemente, pellizcándome el pezón y me mordí el labio con fuerza para ahogar un jadeo, consiguiendo arrancarle una sonrisilla traviesa—, que sólo te daría placer. Claro que... —apartó una mano de mis pechos para acariciarme la cabeza, echándome hacia atrás el cabello mientras volvía a inclinar la cabeza—, el placer puede ser una verdadera tortura.

Abrí mucho los ojos, asustada, demasiado excitada con esa idea como para no sentir miedo de mí misma. Intenté moverme pero el cuerpo de Jeyson era firme, pesado.

—Vete a la...

No llegué a terminar la frase. Sus labios volvieron a silenciarme, besándome esta vez mucho más ávidamente, con más urgencia, haciendo que me perdiera completamente en el placer de sus caricias, ahogándome en mi propio deseo.

Capítulo 19

Que Jeyson Shalder tenía experiencia era un hecho. No lo había dudado en ningún momento pero que supiera recorrer y estimular cada parte de mi cuerpo hasta el extremo de que el placer se pudiera convertir en un infierno no lo hubiera creído nunca. Y mucho menos que tuviera ciertas herramientas para conseguirlo tampoco lo hubiera sospechado.

Hasta ahora, mis relaciones habían sido bastante normales. Nos poníamos a tono y nos acostábamos. La idea era sentir placer, nunca había considerado el sexo de otra manera, a no ser una forma de desahogo, de desconectar de algo que me estuviera agobiando, pero hasta ahora no había sentido ese placer al punto de no poder retener las lágrimas o estar dispuesta a cualquier cosa con tal de que se detuviera, algo que evidentemente él sabía. Y lo peor de todo que aún ni siquiera me había penetrado ni una sola vez.

Al menos no con su pene.

Lo miré enfadada, posiblemente con la mirada húmeda y vidriosa por el deseo, con unas

lagrimas deslizándose traidoras por la comisura de mis ojos y muriendo en la almohada.

—Por favor... —supliqué.

—Ya te lo he dicho —siguió él, impasible—, esto es un juego. Tú respondes una de mis preguntas y yo te complazco en cualquiera de tus deseos. Simple, ¿no?

Lo fulminé con la mirada, al menos esa era mi intención aunque no sé cual fue la expresión que llegué a poner.

—Vete a la mierda.

—No lo pones fácil —rió—. Ahora vamos a empezar —volví a fulminarlo con la mirada. ¿Tan complicado era terminar con aquello y poder correrme?—. Primera pregunta. Y sé sincera —añadió con una sonrisa, como si realmente le hiciera gracia—. En realidad sé las respuestas pero quiero escucharlo de tu boca, así que no hagas esto más largo y complicado —me recomendó—. Yo también estoy sufriendo —Como respuesta presionó su miembro duro, aún dentro del pantalón sobre mi sexo, demasiado húmedo y palpitante, algo que anhelaba aquello demasiado. Cerré los ojos un segundo, mordíendome el labio con fuerza—, ¿te excitaste cuando viste aquella noche dentro de la habitación?

Abrí mucho los ojos, horrorizada y empujé inútilmente mis brazos hacia abajo, clavándome las esposas en las muñecas e hice una mueca cuando los dedos de Jeyson acariciaron mi sexo, sin hundirlos en él.

—¿En serio?

Me estremecí sintiendo la lengua de Jeyson entre mis piernas y me puse completamente tensa.

—Vale, sí, un poco, ¿feliz? Y ahora termina con esto maldita sea.

Noté como las lagrimas chorreaban mis ojos. Había comenzado hasta a ser doloroso y me sentía increíblemente vulnerable pero aún así, me sorprendí, cuando Jeyson volvió a inclinar su cuerpo sobre mí, acariciándome el rostro con las manos y secándome las lágrimas con sus besos.

—Sólo una pregunta más.

—Jódete —susurré en un hilo de voz, aceptando sus labios en mi boca.

—¿Me amas?

Escuché como contenía la respiración en su boca, abriendo mucho los ojos y sintiendo como las lágrimas seguían fluyendo por las comisuras de mis ojos. Lo miré espantada, enfrentándome a sus ojos cuando levantó la cabeza para poder mirarme. Tragué despacio, con esfuerzo, perdiéndome en aquella mirada que tan fácil había sabido cautivarne.

Él lo había dicho. Sabía la respuesta.

—Sí —murmuré despacio, casi de manera audible, notando como me temblaba la voz al hacerlo y como todas mis defensas cedían de golpe, sintiéndome perdida y derrotada.

Jeyson no respondió a ello, ni siquiera hizo un comentario. Volvió a besarme, de manera suave, luego más intensamente, sin dejar de acariciarme, deslizando sus labios por mi barbilla, por mi cuello y bajando por mi pecho, devorando con la lengua mis senos, mordisqueando mis pezones mientras escuchaba de mis propios labios escapar pequeños y quedos jadeos mientras sus labios seguían recorriendo mi vientre, tomándose su tiempo en mi ombligo, deslizando sus manos por mis caderas, levantándolas y tras enredar un segundo con algo, noté la presión del glante en mi sexo, deseándolo demasiado hasta que sentí como se hundía en mi interior, penetrándome con una tortuosa lentitud, unas embestidas que no tardaron en volverse más intensas, más rápidas, empujando todo mi cuerpo, arrastrándolo por la cama y traté de agarrarme al menos al cabecero, algo que me resultó imposible, dejando que todo mi cuerpo se llenara de él, del placer que recibía y que me estaba volviendo loca hasta que noté como alcanzaba al orgasmo, poniéndome tensa al sentir como Jeyson también se corría, tumbándose a medias sobre mí y volvió a besarme.

—Suéltame —pedí despacio, intentando calmar la respiración completamente agitada.

—No —dijo Jeyson, deslizando la lengua dentro de mi boca, impaciente mientras su mano volvía a acariciarme el vientre—. Sólo acabamos de empezar —rió, deslizando los labios hasta mi oído, haciendo que me pusiera tensa de nuevo cuando sentí como su miembro aún duro se apretaba en mi vientre.

Ahugué un jadeo.

—¿Vamos a hacerlo de nuevo?

—¿No quieres?

Sus ojos ardían en deseo y tragué con esfuerzo, sacudiendo despacio la cabeza.

—Sí, pero...

—¿Pero...?

Jeyson ladeó graciosamente la cabeza y yo volví a sacudir la cabeza. Su maliciosa sonrisa no me hacía sentirme muy segura.

—Nada —dije al final, levantando la cabeza para alcanzar sus labios.

Capítulo 20

Abrí los ojos con esfuerzo. No había ni un sólo musculo en el cuerpo que no me doliera. Me sentía agotada. Me moví despacio, mirando alrededor dentro de la habitación en penumbras, buscando el móvil que solía dejar bajo la almohada por la noche. No di con él.

—¿Dónde demonios está?

Mi voz sonaba increíblemente ronca pero me incorporé con esfuerzo, parpadeando para acostumbrarme mejor a la oscuridad, mirando hacia la ventana con la persiana medio bajada donde apenas entraba un poco de la luz del sol que se vía por las aberturas, sin comprender aún donde me encontraba, un segundo antes de que toda la lucidez volviera a mi cabeza y me espabilara de golpe.

—Mierda...

Me llevé una mano a la cabeza, angustiada y miré a mi alrededor acobardada como si temiera encontrarme a Jeyson por la habitación pero ésta se encontraba vacía.

—Por supuesto... —murmuré dolida.

Me puse en pie, notando como me fallaban las piernas y estuve a punto de caer, necesitando agarrarme a la cama para sostenerme, abriendo mucho los ojos, espantada.

Apenas podía ponerme en pie y mantenerme erguida casi resultaba imposible. Respiré hondo. No sólo me dolía el cuerpo, sino que me sentía mareada y notaba molestias en el estómago pero nunca me había sentido tan saciada y satisfecha sexualmente en mi vida. Ni siquiera recordaba las veces que lo habíamos hecho y mucho menos el momento en el que me había soltado finalmente pero sí recordaba con demasiada claridad lo que había llorado, suplicado y pedido.

Hice una mueca y me arrastré prácticamente hasta el cuarto de baño que Jeyson tenía en su habitación, abriendo el grifo de la ducha y dejando que el agua cayera por mi cuerpo.

La calidez del agua resultó sedante pero no lo suficiente como para que me despejara completamente o que al menos me quitara los dolores. Me sequé con una toalla y recogí la ropa que Jeyson me había dejado ordenada sobre una silla y abrí la puerta de la habitación despacio, mirando a un lado y otro del pasillo para comprobar que no había nadie y salí todo lo silenciosa posible, encorvada y prácticamente cojeando, deseando poder escabullirme de la casa sin que nadie me viera, sobre todo Jeyson.

Pasaban de las doce del mediodía y tenía dos perdidas de Emma en el móvil. Sabía que iba a matarme. Al menos no trabajábamos ninguna de las dos pero no sólo me había hecho el favor de quedarse con los niños, sino que le estaba fastidiando todo el día libre que tenía. Iba a tener que hacer algo para compensarla.

Me detuve bruscamente al llegar al final de las escaleras, reconociendo con un sudor frío la voz que se escuchaba dentro del comedor. No... las voces.

Dudé un segundo, mirando con ansiedad la puerta cerrada de la entrada y tras una pausa en la que necesité todas mis fuerzas para no salir huyendo, me giré y caminé despacio, sin dejar de hacer muecas hasta el comedor, abriendo la puerta y quedándome helada con la escena que me encontré en medio.

Jeyson fue el primero en verme, entrecerrando los ojos y disimulando una sonrisilla.

Me sonrojé pero no llegué a decir nada cuando Margaret vino corriendo hacia mí y se abalanzó, casi tirándome al suelo.

—Maggy —me quejé, apoyándome en la pared para poder sostenerme, aún con un ligero temblor en las piernas—, ¿qué hacéis aquí? —gruñí mirando significativamente a Emma que mecía a su hijo en el coche mientras éste dormía.

—No llamabas —explicó mi amiga mirándome con la misma expresión de manera significativa e hizo un gesto con la cabeza para señalar a Jeyson—. Y tampoco cogías el teléfono.

—Ya, estaba dormida —murmuré.

—Tía, ¿has dormido aquí?

—¿Qué? —Miré a Margaret horrorizada—, No, bueno... sí, pero...

Ni siquiera tenía algo que decirle.

—¿Estás mal? —insistió ella.

—¿Eh?

—Parece que cojeas y te tocas la cadera.

Sentí como el rubor se intensificaba y miré a la niña espantada, aún sin decir nada.

—No me digas que....

Esta vez fue Eric quien se levantó de la mesa, mirándome con los ojos muy abiertos. Todo el color de la cara me desapareció, viendo como Eric pasaba la mirada de mí a Jeyson y éste se limitaba a seguir bebiendo su café, evidentemente divertido con la situación.

—Eric... —intenté buscar una excusa.

—¿Estáis saliendo?

Cerré los ojos con esfuerzo. No era el mejor momento para eso y menos después de que la noche anterior hubiera reconocido que me gustaba.

—Eric...

—¿Es verdad? —intervino Margaret entusiasmada.

—No, Maggy.... yo...

Miré a Emma pero ésta se encogió de hombros y sacudió la cabeza.

—A mí no me mires.

—Bueno, eso...

Me llevé una mano al cuello, agobiada. ¿Desde cuándo tenía que preocuparme por lo que hacía? No era una adúltera o algo así, pero tener que admitir que Jeyson y yo no teníamos una relación pero que todo evidenciaba que había pasado la noche allí me resultaba horrible.

—Se quedó a dormir —habló finalmente Jeyson, sin inmutarse, haciendo que todas la miradas pasaran de mí a él—. Se le hizo tarde y era una tontería que se fuera a casa, ¿verdad?

—Sí, pero vosotros...

La mirada que Jeyson le lanzó a Eric bastó para que el niño carraspeara y se callara.

—¿Entonces te gusta? —soltó Margaret sin comprender la incomodidad que me producía esa pregunta.

Emma me miró alzando una ceja.

—Señor Shalder —solté con aspereza, ignorando a Margaret y a todos los demás—, ¿podemos hablar un momento?

Jeyson alzó una ceja, divertido, luego dejó la taza de café sobre la mesa y se levantó,

moviéndose hacia la puerta.

—Vayamos a mi despacho.

Mandé a Margaret con Emma y lo seguí, desviando la mirada cuando apareció la señora Hermey que ni siquiera varió la expresión al verme.

—¿A qué estás jugando? —le reproché nada más cerró la puerta del despacho.

Jeyson, increíblemente fresco pese al estado deplorable en el que me encontraba yo, me miró con los brazos cruzados alrededor del pecho y esa sonrisilla insufrible.

—¿A qué quieres que juegue?

—¿Qué hacen mis sobrinos y Emma aquí?

—¿Almorzando?

—¿Por qué?

No hacía falta ser muy avisado para darse cuenta que estaba histérica.

—¿Cuál es el problema? Se quedó que vendrían a almorzar todos los fines de semana, ¿recuerdas? —Cerré la boca de golpe—. Llamó Eric y le dije que vinieran, que tú ya estabas aquí.

Lo fulminé con la mirada.

—Sí —dije con aspereza—, pero en tu maldita cama.

—No parecía importarte demasiado estar en mi cama durante la noche.

Me ruboricé pese a todo.

—Decidí pasar una noche contigo.

—No fue tan mala.

Apreté los dientes. Después de todo eso era lo que había sido para él. Una noche no tan mala. Vale, lo había asumido, incluso con o sin confesión no variaba nada. Estaba claro que muchas mujeres que habían pasado por su cama estarían enamoradas de él y eso no le había importado ni lo más mínimo. Es más, posiblemente pecaba tanto en vanidad que no llegaría a imaginar que hubiera una mujer que no se enamorase de él nada más verlo. Cerré los ojos agobiada.

—Preferiría que dejases de hacer eso —musité intentando mostrarme todo lo relajada posible, bajando el tono de voz. Abrí los ojos para mirarle. Deseaba parecer serena, que no se mostraran el cúmulo de emociones y el dolor que sentía al decir aquello.

—Hacer, ¿qué?

—No invites a mis sobrinos ni quedes con ellos.

Jeyson alzó una ceja, de pronto muy serio.

—No comprendo esa petición así que a menos que seas más clara...

—Deja de joderme, ¿quieres? Los dos sabíamos que esa pantomima era sólo para conseguir que me acostara contigo. Supongo que no soportabas no tener lo que querías —alzó un poco más la ceja, entrecerrando los ojos—. Bien, ya nos hemos acostado. Soy esa noche no tan mal, ¿no? —uno más de sus malditos trofeos—. Felicidades, ahora ya podemos seguir con nuestras vidas —y yo olvidarme de él.

—¿Así que te metiste en mi cama sólo para que te dejara en paz?

—Me metí porque me dio la gana —le advertí señalándolo con un dedo.

—Eso me había parecido.

Su tono era duro, frío y retrocedí un paso cuando comenzó a moverse por el despacho.

—Creo que es lo mejor —insistí volviendo a mostrarme serena—. Los niños empiezan a tener una idea equivocada y va a ser difícil explicar las cosas...

—Supongo que como bien me recordaste una vez, eso no es mi problema, ¿verdad? No soy de la familia, no es mi familia.

Lo miré sorprendida por todo el rencor que salía de sus palabras y retrocedí otro paso.

—Bueno.... ya lo sabes son mis sobrinos... —intenté explicar sin salir del asombro. No podía retractarme de mis palabras. Era justo lo que había dicho.

—No dejaré de verlos —sentenció, ajustándose la chaqueta—. Si quieres prohibírselo es cosa tuya. Si solo querías decirme eso me retiraré.

—Espera —me detuve frente a la puerta, impidiendo que la atravesara y me dejara con la palabra en la boca—. No puedes hacer lo que te de la gana.

—En realidad sí, al igual que tú puedes hacer lo que te de la gana.

Miré asombrada su fría mirada, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo. ¿Qué era lo que había pasado para que tuviera una actitud tan diferente ahora de cuando estaba en el comedor?

—¿Por qué te acostaste conmigo?

No era la pregunta que había pensado hacer; sencillamente salió de mi boca de manera precipitada. Me sentía mal, me dolía el cuerpo y de pronto me sentía peor de lo que había esperado sentirme con todo eso. Levanté la cabeza para mirarlo directamente a los ojos, dolida, pero lo que vi en ellos, me sorprendió. Era evidente que Jeyson no había esperado esa pregunta. Me miraba asombrado y desvió la mirada incomodo.

—¿Realmente te importa?

—¿Qué? Sí, claro que sí. Pensé que lo hacías porque querías otro trofeo para tu colección e imaginé que una vez me entregara se te quitaría ese interés por mí, ¿por qué insistes en ver a los niños? Admití que me gustabas y puede que a ti eso te importe poco —puse los ojos en blanco, notando como se me humedecían los ojos—, pero yo necesito no verte, olvidarme de ti para empezar de nuevo. Así es como funcionan las cosas en mi mundo, ¿sabes?

La expresión de sorpresa fue desapareciendo lentamente y finalmente sólo suspiró.

—En mi mundo —dijo con aspereza, arrastrando las palabras cargadas de sarcasmo—, las cosas no funcionan de esa manera.

—Eso está claro —dije molesta.

—En mi mundo —repitió—, si nos gusta una persona, sencillamente no la dejamos ir, regalándola al primer imbécil que se presente en su camino. Solemos intentar conquistar, seducir y es evidente que alejándonos de esa persona no se consigue nada.

Salvó la distancia que le separaba de la puerta y se detuvo frente a mí.

—¿Qué significa eso?

—¿A ti qué te parece que significa?

Parpadeé, organizando las ideas.

—Bueno...—musité—, puede que sea lo que yo quiero oír... —mi voz fue aún más bajo—, pero es como si dijeras que te gusto.

—Felicidades, señorita Elliot, lo has entendido muy bien.

Me rozó la cadera, alcanzando el manillar y me aparté inconscientemente, impresionada por el roce de su mano, dándole la oportunidad para salir del despacho. Tras unos segundos, me di prisa en seguirlo.

—Ey, espera —exigí agarrándolo del brazo para detenerlo justo cuando Emma aparecía con los tres niños.

—Tía.... —murmuró Margaret—, íbamos a buscaros—. ¿No comemos ya?

—Sí, claro —aceptó Jeyson apartándose de mí, no sin antes lanzarme una mirada de reojo y se acercó a los dos niños adelantándose con ellos hacia el comedor.

Yo me quedé inmóvil, mirando como se alejaban y se perdían de vista antes de enfrentarme a

Emma que me observaba expectante.

—¿Y bien? —explotó acercándose con su hijo.

—Y bien, ¿qué?

—¿Cómo fue la noche?

—Bien... —musité mirando hacia otro lado.

—Ya, no me vengas con bien y me dejes así. Yo también veo como caminas, ¿sabes?

Noté como me sonrojaba avergonzada y carraspeé, mirando a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos escuchaba.

—Joder, lo hicimos durante toda la noche. No sabía que tuviera tanta resistencia, ¿es humano?

—Es joven —rió Emma, mirándome con una ceja levantada—, ¿cómo eran tus otros novios?

—Tampoco he tenido tantos y por lo general no aguantaban.

—¿Sexo después de beber?

—Bueno, sí. Era cuando tenía vida y salía de fiesta y todo eso —puse los ojos en blanco.

—Lo que te has perdido hasta ahora.

—¿Todos los hombres son así?

—Así, ¿cómo? —Emma se rió—, No, claro que no. Tu conde se nota que lleva una vida sana, hace ejercicio y es joven. Mezcla todos esos ingredientes y te sale la noche que has pasado —me dio una palmada en las nalgas y yo ahogué un grito, mirándola enfadada.

—Joder, no hagas eso, que duele.

Emma volvió a reír.

—¿Y qué ha pasado ahora?

—¿Ahora? —mi tono de voz disminuyó progresivamente—, bueno, la verdad es que ayer me confesé...

—¿Se lo dijiste?

Se acercó a mí sorprendida.

—Sí, bueno, más o menos.

No iba a explicarle los detalles de como había sido la confesión.

—Vaya, no me lo esperaba.

—La cuestión es que mi idea era salir sigilosamente hasta que os oí en el comedor, ¿te volviste loca trayéndolos aquí?

—Ellos lo llamaron, ¿sabes? Y quedaron en venir, ¿preferías que los dejara venir solos?

—No, supongo que no —gruñí—, gracias —solté al final, dándome cuenta de que aún no se lo había dicho.

—Además, quería conocerlo.

Puse los ojos en blanco y ella volvió a sonreír.

—Debí suponerlo.

—Es guapo —dijo como si hablara de manera confidencial.

—Sí, lo es —admití entre dientes, volviendo a asegurarme que nadie andaba cerca.

—¿Y bien?

—¿Hm?

La miré con curiosidad.

—Has dicho que te confesaste, ¿no?

—Sí...

—¿Y cuál fue la respuesta?

—Ah, eso... bueno... ayer no dijo nada y hoy discutimos porque le dije que no volviera a ver a mis sobrinos y me ha dado a entender que le gusto y que no me va a dejar en paz.

Emma enarcó una ceja.

—Creo que sí que le gustas.

—No sé... —murmuré. Era complicado explicarle mis dudas si no planeaba decirle toda la doble vida de ese hombre—. Es complicado.

—¿Complicado? ¿A qué te refieres?

Puse los ojos en blanco.

—Míralo, mira a su alrededor y mírame a mí. No encajamos ni con cola.

Emma bufó, incrédula y miró al niño que en ese momento se revolvía en el coche, después volvió a mirarme.

—¿Lo has hablado tranquilamente con él?

—¿Qué...? —Hablarlo con él... No, no lo había hecho y no era buena sacando ese tipo de temas, esas inseguridades. No era algo propio de mí. Hasta ahora no había nada que no pudiera hacer, no había nada que valiera más que yo, no había nada que no pudiera conseguir. Hasta ahora. Desde la muerte de mis padres había descubierto que el mundo donde pisaba era muy frágil, que los amigos no estaban cuando uno necesitaba una mano amiga y que ni tu propio novio estaba a tu

lado cuando lo necesitaba, cuando las cosas se ponían feas. Ahora tenía miedos, tenía inseguridades y ya no me veía tan perfecta. Veía la realidad y ésta no era muy favorecedora para mí en esta situación—. No.

—¿Entonces?

—Realmente no hay nada de qué hablar.

—Yo diría que sí.

—Vamos, Emma. No quiero oír que soy el gusto sexual de alguien. ¿Quieres que le pregunte si quiere que formemos una familia? Puedo imaginarme su respuesta.

—Qué dramática —soltó Emma sacudiendo la cabeza, haciendo que la fulminara con la mirada—. Ni siquiera estáis saliendo ya ya estás pensando que si no lo tienes encadenado y con correa lo vuestro no funciona.

Arrugué el ceño, haciendo una mueca.

—Yo no he dicho eso.

—Además —bufó Emma—, supongo que te habrás preocupado de que se pusiera el chubasquero, ¿no? Porque con las veces que te la ha metido, a menos que tomes la píldora te veo formando una familia antes de lo que te imaginas.

Miré a Emma en silencio, incapaz de decir nada, de pronto sintiéndome muy fría, literalmente petrificada en el sitio. Sabía que había dicho todo eso molesta, únicamente para hacerme rabiar; era parte de su carácter y la conocía pero mi mente intentó hacer un repaso de todo lo sucedido a la noche, intentando recapitular todas las veces que lo habíamos hecho y ninguna de ellas podía garantizar que Jeyson hubiera usado condón. Ni siquiera había pensado en ello.

—No... tomo la píldora —logré decir sin mucha seguridad, aún pensando, intentando ver algún indicio de que se quitase algún preservativo en algún momento.

—Ya, bueno, tranquila, los condones suelen ser bastante efectivos. Y están las enfermedades... —me tambaleé y Emma corrió a sostenerme—. ¿Estás bien? ¿Qué ocurre?

—Yo... —musité mirándola espantada.

Al principio Emma me miró sin comprender, luego su expresión se transformó en una de comprensión y espanto.

—No me jodas que no usasteis condón.

Intenté sacudir la cabeza.

—No lo sé...

Capítulo 21

No había sido capaz de preguntarle a Jeyson directamente sobre el tema de los preservativos. Me daba demasiada vergüenza como para pedirle un momento de su tiempo y soltarle eso. Ni siquiera cuando Emma se ofreció a ser ella quien se lo preguntase.

Al final nos habíamos ido todos sin saber nada sobre el tema y después de una semana me encontraba en el cuarto de baño de casa, a la noche, cuando me había asegurado de que los niños dormían con una prueba de embarazo en la mano esperando el resultado.

—No tiene por qué ser fiable —había asegurado Emma al otro lado del teléfono.

Ya que no podía estar conmigo, había insistido en estar en contacto por teléfono por si la prueba daba positivo y decidía cortarme las venas, algo que no dudaba que haría si estaba embarazada.

—Cállate, ¿quieres?

—¿Ya han pasado los cinco minutos?

—Si me lo vas a estar preguntando cada minuto mejor lo dejamos.

—Estaré callada —prometió Emma, algo que sólo duró unos segundos antes de que dijera—: ¿has vuelto a hablar con él?

—No.

—¿No vais los fines de semana a comer a su casa?

—Tuvo unos compromisos familiares.

Al menos eso es lo que él había dicho pero comenzaba a creer que simplemente había decidido que lo mejor era no volver a verme. De alguna manera eso me deprimía demasiado. Además, no sabía nada de él, ni si tenía padres, hermanos... Cerré los ojos y miré la hora, notando como se me encogía el estómago al ver que había pasado el tiempo y me armé de valor para coger el tubito.

—¿Te lo dijo él? —siguió Emma.

—No, no tengo su teléfono. Llamó a Eric.

Emma se atragantó con algo.

—¿No tienes su teléfono?

No estaba embarazada. Miré de nuevo, incluso me acerqué un poco más para comprobarlo. No lo estaba. Sentí alivio. No estaba preparada para tener un hijo en ese momento. Y mucho menos de forzar una relación con un hijo en medio. No era eso lo que quería. Además, no estaba segura de como se lo tomaría Jeyson si lo estaba...

—No lo tengo —admití de mala gana—. Nunca me lo pidió.

—¿Y tú no se lo pediste a él?

—Nunca lo vi necesario.

—Pero lo tiene Eric.

—Y Margaret.

—Pídeselo a ellos y llámalo.

—No estoy embarazada —solté para cambiar de tema haciendo que Emma se callara unos segundos.

—Eso es genial.

—Lo es.

Otro silencio.

—¿Estás segura?

—Joder, sí.

Me levanté del borde de la bañera y tiré la prueba a la basura, molesta.

—De acuerdo.

—No quiero hablar de Jeyson. Seguramente sí usó condón.

¿Cómo se me ocurría pensar que no lo hubiera usado? Sus prácticas sexuales no eran normales, y aunque lo fueran, era alguien que tenía relaciones sexuales sin una pareja estable, así que sin la preocupación de un embarazo tampoco querría contagiarse con alguna enfermedad de transmisión sexual. ¿Por qué iba a pensar de manera diferente al estar conmigo? No había diferencia.

—Vale, ¿vamos mañana a tomar algo?

—Sí, vale.

En ese momento el móvil vibró y revisé el mensaje.

Era de Matt.

Aún seguía mandándome mensajes, incluso aunque los ignoraba todos. Solía preguntarme si quería salir o me mandaba alguna poesía. Ya no eran tan frecuentes pero en algunas ocasiones había reproches e insultos, unos que luego iban seguidos de alguna palabra de disculpa. Empezaba a considerar la opción de bloquearlo y pedirle que me dejara en paz ya que no había servido de mucho la táctica de pasar de él.

—¿Dave?

—¿Hm?

—¿Estás bien? Te has quedado de pronto callada y no me respondías.

—Ah, perdona, es que he recibido otro mensaje de Matt.

—Comienza a ser acoso, niña.

—Ya bueno, no tanto. Sólo me manda mensajes, no es que me llame o venga a molestarme a casa.

—No sé, creo que deberías pedirle que parara.

—Sí, es lo que haré. Te dejo y le mando un mensaje pidiéndole que no vuelva a escribirme. Mañana nos vemos, ¿vale?

—De acuerdo, mañana hablamos.

Terminé la comunicación y miré el mensaje con desagrado. Sólo me deseaba las buenas noches y me recordaba cosas íntimas del pasado. Hice una mueca y empecé a escribirle, pidiéndole que dejara de mandarme mensajes que no quería saber nada de él. Lo envié y me di prisa en cepillarme los dientes, ponerme el pijama y salí del cuarto de baño despacio para no despertar a ninguno de los dos niños.

Como rutina, antes de entrar a la habitación, eché un vistazo a las dos habitaciones. Abrí la de Eric con cuidado, asegurándome que dormía y entré en la de Margaret, quien siempre dejaba la

puerta abierta. Recogí el muñeco con el que dormía, un viejo conejo de peluche, y se lo puse al lado antes de arroparla y tras sonreír un segundo viéndola farfullar algo dormida, salí de la habitación y entré en la mía, dejando la puerta también abierta y me tiré en la cama, agotada.

Antes de acomodarme, revisé de nuevo el móvil, comprobando que Matt no me había respondido el mensaje aunque sí que lo había leído y lo dejé bajo la almohada, cubriéndome con las mantas y traté de dormir aunque tenía demasiadas cosas en la cabeza como para simplemente conciliar el sueño y descansar.

No sé en qué momento lo oí o me había quedado vencida y el ruido fue lo que me despertó. Al principio no me moví, sin darle importancia pero de nuevo escuché el sonido, como algún cristal cayendo al suelo, abrí los ojos bruscamente y me incorporé, sobresaltada, notando como se me aceleraba el corazón y empezaba a temblar.

Miré a mi alrededor y busqué con la mano el móvil que seguía bajo la almohada. Eran las cuatro de la mañana.

Otra vez el ruido.

Me senté en la cama y miré a mi alrededor, buscando algo para golpear si lo necesitaba, pero en mi habitación no había nada como eso para usar como arma. Me puse nerviosa y me apresuré a acercarme a la puerta para escuchar mejor desde allí, mirando hacia la puerta abierta de Margaret.

Podía ser que ella o Eric hubieran bajado a oscuras a comer o tomar algo...

Respiré hondo, recordándome que no había necesidad de estar nerviosa o tener miedo y salí de la habitación, pasando por la puerta abierta de Margaret. La niña seguía dormida. Noté como se me aceleraba aún más el pulso.

Ya no se oía nada pero no me quedaba tranquila. Me acerqué a la habitación de Eric, aún sin atreverme a bajar las escaleras o hacer un ruido para hacerme notar y abrí sigilosamente la puerta de la habitación. Eric también estaba en la habitación, justo cuando se daba la vuelta, acomodándose en la cama.

De nuevo el ruido, esta vez más fuerte.

Estoy segura de que el corazón dejó de latir durante un instante.

—¿Tía?

Levanté la mirada hacia Eric que se había incorporado un poco en la cama y me miraba somnoliento.

Otra vez el ruido.

Vi como Eric se incorporaba bruscamente, posiblemente habiendo escuchado también el ruido y le indiqué con un dedo en los labios para que guardara silencio.

Eric asintió con la cabeza, levantándose y se acercó a mí, descalzo.

—¿Qué es eso?

—No lo sé... —susurré—. Creo que ha entrado alguien. Ve a la habitación de Margaret, quédate allí y llama a la policía.

Di un paso hacia las escaleras pero Eric me detuvo.

—¿Vas a ir tú sola?

—Haz lo que te digo —le ordené sin levantar la voz.

Eric obedeció de mala gana, yendo a recoger su teléfono primero y se apresuró a entrar a la habitación de su hermana. Yo intenté asomarme por las escaleras, mirando los paraguas que había junto a la puerta y que se me antojaban una buena arma y empecé a bajar despacio, escuchando. De pronto la casa parecía increíblemente silenciosa, únicamente rota por mis propios latidos del corazón y recé para que la policía apareciera rápido o que simplemente fuera una tontería, cualquier cosa que pudiera haber hecho ese ruido aunque ahora no se me ocurriera nada.

Conseguí bajar hasta abajo y miré a un lado y otro de las escaleras, apresuradamente a alcanzar uno de los paraguas pero antes de que llegara a tocarlos, una mano me agarró del cuello, empujándome violentamente contra la pared y golpeándome la cabeza caí al suelo, aturdida, intentando defenderme del hombre que intentaba bajarme el pantalón del pijama.

Grité, él me golpeó y volví a chillar. Luego escuché gritar a Eric, incluso estoy segura de que lo vi en las escaleras antes de que se abalanzara contra el agresor, quien consiguió quitárselo de encima fácilmente, golpeándolo también.

Posiblemente aquello no hubiera terminado tan fácil si las sirenas no se hubieran escuchado desde lejos, haciendo que el agresor soltara una maldición y se apresurara a marcharse, alejándose a todo correr.

Me levanté con esfuerzo, acercándome a Eric, que intentaba ponerse también de pie.

—¿Estás bien? —me interesé preocupada, subiéndome los pantalones mientras intentaba ver la cara de Eric en la oscuridad.

—¿Te ha hecho algo, tía?

—No... —sacudí la cabeza—, gracias, Eric...

Palmeé con la mano su cara en busca de alguna herida y dejé que él se pusiera de pie y encendiera la luz justo en el momento que se escuchaban voces fuera y unos golpes en la puerta me sobresaltaron pese a que la luces de los coches de policía entraban directamente por las ventanas.

Fue Eric quien abrió.

—¿Estáis bien? —una policía se arrodilló rápidamente a mi lado mientras otro revisaba algo en la cocina—. Estás herida —confirmó la mujer tocándome la cabeza y me aparté con una fuerte punzada llevándome una mano también a la cabeza y como la policía, la retiré llena de sangre—. No te muevas.

Se levantó y acudió donde su compañero.

—No hemos conseguido atraparlo —anunció otro policía entrando por la puerta—. ¿Están bien? ¿Hay heridos?

El hombre reparó en nosotros.

—Estoy llamando a una ambulancia —me avisó la policía, explicando la situación a su compañero.

—Ha entrado por la ventana de la cocina. Rompió el cristal.

—¿Tía Dave?

Miré hacia arriba con otra mueca y vi la expresión horrorizada de Margaret en las escaleras.

—Yo me encargo.

Eric corrió hacia las escaleras y se agachó junto a Margaret, diciéndole algo mientras apretaba sus mejillas con las dos manos.

—¿No vive el padre en casa? —se interesó uno de los policías.

—No... son mis sobrinos —expliqué sin ganas, aún temblando.

—La ambulancia vendrá enseguida.

—Estoy bien —mentí intentando ponerme en pie—. Sólo es una herida superficial... —me agarré a la pared— Yo...

—No es por presionarla pero necesitamos hablar con usted para que nos explique qué ha pasado, si conocía al agresor... sé que no es el mejor momento pero necesitamos los detalles lo antes posible.....

Le dije todo lo que sabía, que no había visto la cara al ladrón. No tenía mucho que aportar, ni siquiera con la ayuda de Eric que se mantuvo muy serio, sin dejar de mover una pierna en todo momento. Los policías nos atendieron todo lo que pudieron y hasta dejé que la ambulancia me diera los primeros auxilios, negándome a ir al hospital y dejar solos a los niños.

—Perdona que le pregunte pero, ¿no tienen algún lugar donde pasar la noche? Con la ventana rota y después de lo ocurrido no lo veo muy seguro —explicó la agente con suavidad, tratando de ser amable con todos, especialmente con Margaret que se había echado a llorar y no se había soltado de mí.

—No...

No tenía ningún lugar... a nadie a quien recurrir y ya había abusado demasiado de Emma.

—¡Dave!

Levanté la cabeza, moviéndome un poco del borde de la ambulancia para mirar el rostro desenchajado de Jeyson que corría desde la otra acera hacia nosotros.

No sé por qué pero toda la tensión y el miedo que había sentido desde el principio cedieron de golpe al verlo y dejé que las lágrimas se acumularan en mis ojos, cediendo al llanto y permití que Jeyson me abrazara con fuerza mientras me desahogaba en sus brazos.

Capítulo 23

—Solo serán unos días —dije en voz alta, tal vez convenciéndome a mí misma, mirando la casa de Jeyson Shalder y apretando la bolsa que había preparado rápidamente, llenándola con algo de ropa y lo que se me ocurrió que podría necesitar después de que Jeyson y la policía me convencieran de pasar unos días en su casa mientras hacían la investigación y averiguaban si era algo aislado, arreglaban el cristal y consideraba poner algo más de seguridad en la casa.

—Claro, vamos —Jeyson agarró mi bolsa, prácticamente quitándomela de la mano y me rodeó los hombros con su brazo, empujándome al interior de la casa siguiendo a los niños.

—He preparado las habitaciones —dijo la señora Hermey nada más entramos, mirándome con una expresión más relajada que todas las veces que la había visto y mucho más amable, implicándose hasta con Margaret que parecía aún a punto de echarse a llorar en cualquier momento—. ¿Quieres que te ayude con eso?

La mujer señaló la bolsa de Margaret.

—Vale —Margaret le dio el peluche con forma de conejo y la mujer lo cogió con una sonrisa.

—Vamos, os dejaré instalados para que descanséis —se ofreció dirigiéndose también a Eric que la siguió sin decir nada.

Antes de empezar a subir las escaleras, la señora Hermey lanzó una significativa mirada a Jeyson pero no desvió la mirada para comprobar si él se la devolvía o no. Aún seguía con pequeños temblores y me daba igual si él lo notaba.

—Vamos —dijo él suavemente, volviendo a empujarme con el brazo que mantenía en mis hombros y me obligó a caminar hasta las escaleras—. Tú también necesitas descansar.

Lo seguí mirando las escaleras con desagrado y me obligué a dar la orden a mi cerebro de levantar una pierna y otra hasta que me encontré en la primera planta, permitiendo que Jeyson siguiera guiándome, dándome cuenta de un detalle al pasar por una de las habitaciones que ocuparían Eric y Margaret, saliendo voces de la señora Hermey y la niña y miré con cierta ansiedad la puerta cerrada de una de las habitaciones privadas.

—Hoy no... —no llegué a completar la frase

—Tranquila, no hay nadie.

Asentí con la cabeza y seguí caminando hasta que se detuvo frente a su habitación.

La miré alarmada.

—Yo no... —intenté explicarme. Lo que menos quería ahora era sexo y mucho menos del que a él le gustaba.

—No haré nada —prometió—. Sólo quiero tenerte cerca.

Abrió la puerta y me dejó a voluntad mi decisión de entrar o no, sin presionarme ni empujarme hasta que finalmente respiré hondo y arrastré los pies hasta el interior de la habitación.

Allí fui derecha hasta la cama, dejándome caer pesadamente sobre la cama, sentándome mientras miraba como Jeyson dejaba la bolsa a un lado, cerca de la silla antes de unirse a mi, sentándose a mi lado.

—¿Quieres hablar?

Negué con la cabeza, notando como volvían a humedecerse los ojos y gesticulé con las manos, tardando unos instantes en encontrar la voz y poder hablar sin llorar.

—¿Sabes...? —musité deslizando las manos entre mis muslos para controlar el temblor de los dedos—. En todos los años que vinieron mis padres allí nunca habían entrado a robar... Y ahora... —ahogué un sollozo y bufé para controlar las lágrimas, agradeciendo cuando Jeyson me abrazó por la espalda, estrechándome en sus brazos mientras me besaba en la cabeza.

No me aparté, ni siquiera cuando me calmé. Dejé que los brazos de Jeyson me rodearan. Me sentía tranquila, segura y me gustaba esa sensación.

—¿Cómo...? —empecé, limpiándome los ojos con la manga de la cazadora.

—¿Hm?

Jeyson me soltó a medias y se acomodó a mi lado.

—¿Por qué viniste a casa?

Lo miré de reojo, viendo como se encogía de hombros.

—Margaret me llamó.

Puse los ojos en blanco y carraspeé, de pronto incomoda.

—Lo siento... Ah... al final sólo te estamos molestando...

—Estoy seguro que no quieres decir eso.

Lo seguí mirando unos instantes más, sin girar completamente el cuello hacia él y luego sonreí bajando la mirada.

—Creo que era lo más normal para decir —me sinceré—, pero me alegro que te llamara. Al final dependemos demasiado de ti.

—No me importa.

—Ya... —murmuré respirando despacio—. Ni siquiera tengo tu número de teléfono.

—Creí que no te interesaba tenerlo.

—No seas mezquino —murmuré.

—¿Si te lo doy me llamarás alguna vez?

—¿Quieres que te llame? —murmuré.

—Lo que me gustaría es iniciar una relación normal contigo.

Sentí como se me detenía un segundo el corazón, impresionada antes de que empezara a latir con fuerza de nuevo.

—¿Qué?

Giré la cabeza para mirarlo directamente pero Jeyson se levantó, dándome la espalda.

—No voy a presionarte y menos ahora. No quiero una respuesta cuando acabas de pasar por una situación tan desagradable. Posiblemente lo que digas esté condicionado por lo que sientes ahora mismo.

Miré su espalda mientras agarraba mi bolsa y seguí mirándolo cuando volvió hasta la cama, dejándola sobre ella.

—¿Te preocupa que si te doy una respuesta ahora mañana haya cambiado de opinión?

—No quiero que te veas obligada a nada —dijo con aspereza, dándome la sorpresiva idea de que siempre que ponía ese tono de voz era porque se sentía incomodo hablando de algo.

—No estoy tan traumatizada como para no pensar con claridad.

Jeyson bufó, señalando la bolsa.

—Cámbiate de ropa, dúchate, duerme... haz lo que quieras, pero descansa. Mañana pasará la policía para volver a hablar con vosotros.

Estaba huyendo... Lo miré incrédula.

—Eric y Margaret...

—No tienes que preocuparte por ellos mientras están aquí, lo sabes, estarán bien atendidos.

—Pero puede que Margaret necesite a alguien cerca...

—Iré a verla ahora.

—Tal vez quiera estar conmigo... —sugerí, aunque no dudaba que la niña se sincerase a Jeyson llorando y confesándole todos sus miedos mientras se abrazaba a él... Podía imaginarme hasta la escena.

—Claro, le diré donde estás por si es lo que quiere.

Lo miré mientras se alejaba hacia la puerta, de pronto mucho más tranquila y me permití sonreír.

—¿Tú no vas a dormir?

Jeyson se detuvo con la mano en el manillar de la puerta y se giró a mirarme. Su expresión era inescrutable.

—Sí, claro que sí.

—¿Y dónde piensas dormir?

Estaba siendo arrogante con esas preguntas ya que esperaba una respuesta, una que yo quería oír pero también sabía que toda esa vanidad se iría fácilmente por el desagüe si él daba una respuesta diferente a la que yo quería oír.

—En mi cama, por supuesto —dijo él en cambio, muy serio, como si la pregunta fuera absurda.

Asentí despacio, sin dejar de mirarlo.

—Pero has dicho que le dirás a Maggy donde estoy...

Pude ver como enarcaba una ceja y luego sonreía burlón.

—Ya he dicho que no haré nada.

Dudé un segundo, guardando silencio hasta ver como Jeyson volvía a girarse y abría la puerta.

—¿Y si yo quiero?

Se detuvo de nuevo y yo contuve la respiración, expectante a que volviera a girarse, pero Jeyson sólo se ladeó un poco, dejándome ver sólo parte de su perfil.

—Aún sigues en shock. No tengo por costumbre aprovecharme de una mujer vulnerable que no tiene claro lo que hace.

Lo miré incrédula y bufé.

—¿De verdad me ves muy trastornada?

—Eric dijo que intentaron violarte.

Borré la sonrisa de golpe.

—Supongo que sucedió sin más.

—Además estás herida.

—Sólo es una pequeña brecha en la cabeza y unas contusiones —protesté sintiendo como me hacía parecer una incapacitada.

—Aún así, si mañana cuando estés mejor tienes las ideas claras, vuelve a pedírmelo.

—Eres un imbécil —solté de mal humor.

—Es parte de mi encanto —bromeó.

Vi con preocupación como salía por la puerta y me puse en pie precipitadamente.

—Volverás luego, ¿verdad? —pregunté sin la misma seguridad.

Jeyson se giró de nuevo.

—Planeo abrazarte durante toda la noche —aseguró con una de esas sonrisas maliciosas—, aunque sea eso lo único que obtendrás de mí esta noche.

Volví a bufar con una sonrisa y me senté en la cama, tumbando la espalda mientras miraba el techo. Era imposible no sentirme segura allí. Y estaba el tema que había dejado caer sin más Jeyson...

—Una relación normal, ¿eh?

¿Y qué era para él una relación normal? ¿Se refería a salir como novios y esas cosas o para él tenía algún otro tipo de significado? Ni siquiera tenía claro de ser capaz de estar a las expectativas de lo que él quería durante el sexo... Era obvio que aquella noche se había contenido... ¿no?

Me froté con fuerza la cabeza, tocando sin querer la herida y solté un gruñido de dolor, incorporándome y decidiendo darme una ducha antes de cambiarme de ropa y acostarme.

No me demoré mucho bajo el agua, me sequé rápido y me puse un pijama limpio, quitándome el que había tenido en casa y con el que había ido a la casa de Jeyson, únicamente echándome por encima la cazadora y me metí en la cama, aspirando el olor de las sábanas, unas que olían obviamente a jabón, muy lejos de tener el aroma del cuerpo de Jeyson. Hice una mueca y me moví en la cama, mirando el techo durante unos instantes, pensando en todo lo sucedido, en Jeyson, decidiendo hablar francamente al día siguiente con él, contarle sobre mis dudas y temores tal y

como me había aconsejado Emma...

—Emma... —murmuré—. Tengo que mandarla un mensaje.

Era verdad. No iría a trabajar al día siguiente tal y como se había acordado pero mientras Jeyson se encargaría de llamar al supermercado, era responsabilidad mía explicarle a una amiga el por qué faltaría. Además, horas antes ya habíamos programado quedar después para tomar café.

Aún así, decidí hacerlo a la mañana para no molestarla a esas horas y me acurruqué en la cama, deseando mantenerme despierta para cuando Jeyson volviera a la habitación pero cuando abrí los ojos de nuevo ya era de día y los únicos indicios de que Jeyson había regresado a la habitación, era el vago recuerdo de unos brazos rodeándome y unos labios besándome el cuello antes de seguir durmiendo.

Maldije y me apresuré a buscar mi móvil, aliviada de que todavía Emma no habría llegado al trabajo y le mandé un rápido mensaje, explicándole sin detalles que habían entrado a robar a la noche en casa, que estábamos bien en casa de Jeyson y que no iría a trabajar, prometiéndole que la llamaría después.

Una vez envié el mensaje, me apresuré a vestirme con unos tejanos y una camiseta y tras agarrar también una chaqueta de punto negra larga, salí de la habitación, comprobando que ni Eric ni Margaret estaban en sus habitaciones.

—Hola.

Me di la vuelta sorprendida para encontrarme con una de las mujeres del personal de la mañana. Johanna se llamaba si no me equivocaba. Era mayor que yo pero el tiempo que habíamos coincidido mientras trabajaba también allí me había caído muy bien.

—Ey —saludé.

—¿Así que ya es oficial? —bromeó con una sonrisa.

—¿Qué? —la miré sin comprender durante unos segundos, luego, comprendiendo a qué se refería, abrí mucho los ojos, y avergonzada sacudí la cabeza—, no... ayer robaron en casa y he venido unos días mientras se soluciona el tema...

—Claro —aceptó ella sin mala intención—, pero que sepas que aquí ya hay apuestas entre el personal sobre cuanto tiempo tardareis en empezar en salir.

La miré horrorizada.

—¿Qué? ¿Por qué hacéis eso?

—Salta a la vista, créeme.

—No, no es nada de... —¿eso?

—Sí, ya, tú tranquila, no hacéis mala pareja.

Me dio unos golpecitos en el hombro, como si se lo pensara mejor, se giró y me miró preocupada.

—¿Qué? —salté a la defensiva.

—Igual debería empezar a llamarte señora...

Le hice una mueca y ella se echó a reír.

—Ni se te ocurra hacer algo así.

—Sí, bueno, he oído lo del robo y que te hirieron, sin bromas, ¿estás bien?

—Sí, sólo es una herida sin importancia en la cabeza pero estoy bien.

—Genial, si necesitas hablar o cualquier cosa, ya sabes que las chicas estamos por la casa.

Me guiñó un ojo y musité unas tímidas gracias antes de empezar a bajar detrás de ella, encontrando a Jeyson cerca de su despacho junto a la señora Hermey.

—Hola... —musité—, ¿y mis sobrinos?

—El chófer los ha llevado al colegio. No querían quedarse en casa —explicó Jeyson acercándose a mí.

—¿Qué? Pero, ¿y si es peligroso?

—La policía me ha dicho que es seguramente un caso aislado, mala suerte y que no correrían peligro.

Lo miré con ansiedad. De alguna manera parecía que él hacía más las funciones de padre que yo siquiera de tía. Decidí no amargarme demasiado por ello.

—¿Ha estado aquí la policía?

—Llamé por teléfono antes de dejarlos ir —explicó, rodeándome con un brazo y abrazándome.

Me sorprendió esa rápida y repentina muestra de cariño pero no lo aparté, disfrutando de ella, justo cuando Johanna y otra de las mujeres salían hacia el hall y nos vieron. Por un momento no reaccionaron, siguieron su camino pero Johanna antes de perderse de vista, me guiñó un ojo y me levantó el dedo pulgar, dándome ánimos. Puse los ojos en blanco.

—¿Sabes que está haciendo tu personal una apuesta sobre nosotros?

—¿Algo bueno o algo malo?

Ni siquiera aflojó la presión del abrazo.

—A ver cuanto tardamos en empezar a salir.

Jeyson se rió en mi oído.

—Entonces dejemos que sigan apostando... y a todo esto, ¿ya estás lo suficientemente bien como para ser capaz de darme una respuesta?

—No recuerdo que me hicieras ninguna pregunta —dije como por casualidad, imaginando a qué se refería.

Despacio, los brazos de Jeyson me liberaron y dio un paso hacia atrás, mirándome muy serio.

—Dije que te quiero y que quiero iniciar una relación contigo. Sé —añadió al ver que iba a decir algo—, que no nos conocemos lo suficiente y que posiblemente choquemos en carácter y muchas cosas pero estoy seguro que podremos llegar a entendernos.

Lo miré ofuscada y carraspeé, mirando como la señora Hermey salía en ese momento con un grupo de personas.

—¿Podemos hablar en tu despacho? —pedí.

Jeyson asintió con la cabeza y me indicó con una mano que me adelantara. Él no dudó en seguirme, prácticamente rozándome y cuando entró al despacho, se aseguró de cerrar la puerta a su espalda.

—¿Más cómoda?

—Sí, bueno, tu casa da la sensación de estar en un museo —bromeé algo nerviosa, borrando lentamente la sonrisa mientras me armaba de valor para hacer lo que me había prometido hacer desde la noche anterior. Sincerarme con él—. Quiero hablar contigo un momento...

—Bien, ¿quieres sentarte? ¿Prefieres tomar algo primero? Ni siquiera has desayunado.

—No —rechacé la oferta aunque sí me dejé caer en una de las sillas al lado del escritorio. Jeyson permaneció de pie—. Sabes... —me humedecí los labios—, sabes que me gustas —admití una vez más de mala gana—. Me hiciste decírtelo...

—Y parece que te molesta —rió Jeyson.

Hice una mueca.

—Como sea, me gustas —repetí— pero no soy tan ciega para no ver los inconvenientes de esta relación desde el principio.

Vi de refilón como Jeyson se apoyaba en la pared de manera desenfadada y se desabrochaba

los botones de la chaqueta del traje, sin disimular la ceja enarcada o sin dejar de mirarme.

—¿Inconvenientes?

—Sí, eso es, inconvenientes.

Y realmente esperaba que él lo entendiera sin necesidad de que me viera obligada a tener que enumerarlos en voz alta. Eran tan obvios que hasta me escocían.

—¿Te refieres al sexo? —preguntó al final tras un largo silencio bastante incomodo.

—¿Qué? No —puse los ojos en blanco—, bueno, eso lo dejo para otro tema.

—¿Otro tema? No deberías preocuparte. No tengo fetiches raros, soy bastante normal y no exijo nada a nadie....

—He dicho que no es eso —gruñí—. No me preocupaba tanto el sexo como otras cuestiones.

Jeyson me miró muy serio, parecía que no entendía de verdad de lo que yo hablaba.

—No sé... —admitió—, ¿cómo qué?

Bufé irritada.

—Deberías imaginarlo sin que yo te lo dijera.

Fui increíblemente efusiva con mis palabras pero Jeyson me siguió mirando y sacudió la cabeza, sin comprender.

—¿Es la casa? ¿Te molesta que haya tanta gente en la casa?

—¿Qué? —la anonadada era yo, ¿por qué pensaba en la casa?—. No...

—Nadie habla de vivir juntos inmediatamente si no quieres.

¿Vivir juntos? Abrí mucho los ojos.

—¿Has pensado en ir a vivir juntos?

—¿Tú no?

Encima el sorprendido era él. Me removí incomoda. De pronto era yo la que me sentía como una miserable sin corazón.

—No... hace mucho que nos conocemos, ¿no? —sugerí sin darle mucha convicción a mi voz.

Jeyson me observó enarcando un poco más la ceja.

—No me gusta ese extraño protocolo de noviazgo —explicó con sinceridad—. Creo que una pareja puede saber si es compatible más fácilmente si viven juntos y desperdiciar esos años de novios para luego vivir juntos y descubrir que no se soportan... creo que es algo que todo el mundo se puede ahorrar. No somos niños, no es que no vayamos a tener sexo de todas formas, no veo el motivo de esperar, pero si es lo que quieres, ya digo que no me importa ser paciente.

Lo miré alucinada, sin saber qué decir.

—Ah... sí, bueno, supongo... es... razonable —carraspeé de nuevo, volviendo al hilo del asunto—, pero no hablaba de la casa... ni de eso.

—Sobre el personal en la casa y todo lo demás podemos hablarlo tranquilamente...

—Ah, sí... eh... bueno, pero no es eso, de verdad...

—¿Entonces hay algo más que te moleste? Adelante, puedes decirlo abiertamente. La idea de una relación es hablarlo para poder solucionar los problemas juntos.

Demasiado perfecto... Lo miré horrorizada y traté de sonreír sin éxito.

—Tú no eres el problema —casi chillé, girando el cuello para no verme obligada a tener que mirarlo.

—¿No soy el problema? ¿Entonces?

—¿Me has mirado? —exploté de mal humor, haciendo que Jeyson me mirara como si al hacerlo pudiera entender de lo que hablaba.

—Sí, ¿por qué?

Hice una mueca.

—¿Y tú te has mirado?

—Lo hago cada vez que me miro al espejo, sí.

No parecía entender nada de aquello.

—Eres médico.

—Lo soy, sí, ¿tienes alguna aversión hacia ellos? Porque si es el caso, puedo tranquilizarte diciendo que no ejerzo ahora mismo de ello.

¿No ejercía? Bueno, no me pillaba por sorpresa, ya que salía poco como para tener un trabajo estable en esas condiciones.

—¿Y trabajas en algo a todo esto? —solté como por casualidad sin esperar en realidad alguna respuesta.

—Soy arquitecto.

Giré el cuello con esfuerzo para mirarlo incrédula.

—¿También eres arquitecto?

—Mi tío me pidió que le diseñara una casa en Arizona y un centro comercial pero en realidad tampoco suelo dedicarme a ello. Tengo varias empresas de publicidad bien asesoradas que suele ser a lo que me dedico habitualmente... ¿estás bien?

Jeyson se apartó de la pared y dio un paso hacia mí pero lo detuve con una mano, conteniendo

sola las ganas de vomitar. ¡Era increíble! No sólo era un maldito neurocirujano, sino que también era arquitecto y empresario... respiré hondo.

—¿Y tienes algunos estudios más que desconozca? —me interesé con aspereza.

Jeyson se encogió de hombros.

—No, empresariales y cuatro idiomas. Mis padres eran muy estrictos.

Hice una mueca, fastidiada.

—Sí, los míos también lo eran —mascullé—, pero ni siquiera terminé la carrera así que puedes hacerte una idea de las diferencias que hay entre los dos.

No había esperado que soltara algo así, puede que le diera más importancia por el tono que había usado, duro, frío cargado de desprecio dirigido únicamente a mí. Nunca me había importado ser la cabra loca de la familia, antes no me había importado nada más que disfrutar de la vida y pasarlo bien con las amistades que rondaba. Ahora era diferente. Quería a Jeyson y no me sentía de la categoría necesaria para andar a su lado con la cabeza alta.

Noté como me temblaban los labios y los apreté con fuerza, desviando la mirada irritada.

—Mis estudios no me hacen mejor que nadie —dijo Jeyson con una voz demasiado suave como para no notar que intentaba hablar con cuidado, posiblemente pensando lo que iba a decir para no herir mis sentimientos.

—Puedes apostar por ello —murmuré sin girar el cuello.

—Tampoco me hace mejor que nadie mi título o el dinero que pueda tener en el banco —sentí como se movía hacia mí y me puse tensa pero no me aparté— mucho menos mi casa o mi familia.

—Sé todo eso —gruñí.

—No soy diferente a ti.

—Lo eres —solté—. No me veo capaz de caminar a tu lado y dejar que me presentes como tu

novia. A la larga los comentarios a nuestras espaldas terminarían destruyéndote y me dejarás y la única que sufriré seré yo.

Jeyson se arrodilló a mi lado, poniendo una mano sobre mi muslo y con la otra me levantó la barbilla. Me miraba muy serio.

—¿De verdad es lo que piensas?

Asentí con la cabeza.

—¿De verdad estás sugiriendo que me cansaré de ti por lo que diga la gente?

Volví a asentir con la cabeza.

—Sé que es así.

—Entonces tengo razón —Fruncí el ceño sin comprender, arrugándolo aún más cuando Jeyson sonrió, acercando su rostro al mío y me besó tiernamente en los labios—. No me conoces en absoluto —se puso de pie, soltándome y dejándome completamente fría, aún sin entender—. Es algo que habrá que solucionar. ¿Cuándo te mudas definitivamente?

—¿Qué?

Parpadeé sin comprender.

—Esta casa es más segura.

—Sí, bueno, pero aún no he dicho que sí... además, están los niños, tengo que preguntarles a ellos —y decirles que estaba saliendo con él—, y no sé...

—Bueno, ya dije que no tiene que ser ahora mismo, aunque técnicamente ahora mismo estás viviendo conmigo... y hasta duermes en la misma cama.

Noté como me sonrojaba y abría y cerraba la boca sin encontrar ningún argumento para decirle, pero sin necesidad de buscar algo que decir y ya de paso borré su sonrisilla de triunfo, unos golpes en la puerta del despacho hizo que los dos girásemos la cabeza hacia la puerta

mientras Jeyson daba permiso para entrar y la señora Hermeý hacia acto de presencia.

—La policíá está aquí —informó la mujer muy solemne con una carpeta en la mano.

Jeyson me miró antes de decir:

—Diles que pasen.

Capítulo 24

No había mucho que decir. Tal y como informaron a Jeyson por teléfono. No habían conseguido atrapar al ladrón pero que era evidente que había sido un caso puntual de algún aficionado. Posiblemente algún grupo de jóvenes haciendo el gamberro y que las cosas no habían salido bien. Aseguraron que si yo no hubiera bajado las escaleras para enfrentarme a ellos que no me hubieran atacado, que seguramente buscaban algo para poder vender luego y sacar algo de dinero, que había sido todo una sucesión de mala suerte, que no veían un patrón a seguir con mis respuestas sobre lo sucedido y el hecho de que no hubiera ningún otro caso por la zona. Incluso se atrevieron a poner de ejemplo el caso de Eric.

Agradecí que Jeyson se mantuviera al margen, en la misma habitación pero permitiéndome lidiar con la situación yo sola. Ya no me sentía nerviosa ni asustada y pude responder con normalidad todas las preguntas, pensando en lo que había sucedido, la primera vez que me despertó el ruido y la sucesión de ruidos antes de atreverme a bajar y la manera en la que el hombre se había abalanzado sobre mí, intentando bajarme la ropa posiblemente para violarme.

—Y dígame, señorita Elliot —siguió el policíá terminando la investigación—, ¿tiene alguien de algún trabajo o cualquier cosa que no se llevara bien contigo?

Sacudí la cabeza, negando con firmeza.

—No hay nada de eso —aseguré—. Nunca estaba tanto tiempo en un sólo trabajo. Tenía buena relación con mis amigos y amistades —aunque ya ni me contactaban—, y ahora no tengo tiempo de nada y en mi trabajo por lo general me relaciono con una sola compañera con la que me llevo muy bien y hasta ahora no he tenido ningún cliente que me mire como si quisiera asesinarme. Llevo

muy al pie de la letra el lema del cliente siempre tiene la razón.

—De acuerdo —aceptó el hombre—, ¿y algún novio, pareja...?

Abrí la boca para negar una vez más pero el recuerdo de Matt y el mensaje que le había enviado hora antes hizo que me estremeciera. El policía levantó la mirada de la libreta para fijarla en mí.

—¿Señorita Elliot?

—Bueno... hay un exnovio —dije despacio, notando como Jeyson se movía, acercándose y cerré un segundo los ojos—, posiblemente sea una tontería y no tenga nada que ver —añadí deprisa.

El policía asintió con la cabeza.

—Por supuesto —aceptó él—, pero si tiene algo de información que nos ayude a investigar aunque puede que no se nada, sería mucho mejor que nos la facilitara para evitar cualquier posible contratiempo futuro.

Asentí despacio.

—Matt —empecé—, se llama así y lleva un tiempo mandándome extraños mensajes. No los contesto ni nada pero ayer le envié uno pidiéndole que me dejara en paz. Pero que seguramente no tenga nada ver —repetí una vez más.

—Claro —aceptó el policía con una sonrisa—, ¿y tiene la información de contacto? ¿Sabe dónde vive?

Lo miré unos segundos, preocupada. No quería implicar a nadie inocente y tampoco quería dar detalles de mi vida a Matt. Moví el cuello agobiada.

—Sólo le harán algunas preguntas de rutina, no tienes que preocuparte.

Jeyson puso una mano sobre mi hombro y levanté la cabeza para mirarlo.

—De acuerdo —acepté de mala gana, dándoles el número de teléfono, la dirección de su apartamento y hasta enseñando los mensajes que había estado recibiendo.

Cuando el policía se marchó, me sentía agotada.

—Ya ha pasado lo peor —aseguró Jeyson.

Lo miré fastidiada.

—Ahora tocará explicarle a Emma lo ocurrido. Y están las clases de Maggy. La audición es dentro de nada y ya has visto lo que ocurre cuando se estresa. ¡Y tengo que llamar al seguro! Por lo de los cristales...

—Primero llama al seguro —me aconsejó Jeyson—. Aunque primero deberías desayunar.

Bufé con una sonrisa pero no discutí, dejándome mimar por unos instantes.

Al final el tiempo pasó más rápidamente de lo que había esperado. Un par de días se hizo fácilmente una semana, luego otra más y al final estaba tan familiarizada con el movimiento de esa casa que ni siquiera me parecía algo extraño el ir y venir de gente a casi todas horas del día.

No hubieron visitas nocturnas y me sorprendí de encontrar las puertas habitualmente cerradas con llave, completamente abiertas. Aproveché cuando Jeyson volvía de entrenar con Eric y sus compañeros de equipo para agarrarlo del brazo y empujarlo a la habitación que compartía con él.

—Oye, las habitaciones están abiertas —le indiqué yendo al grano nada más cerré la puerta.

Jeyson me miró divertido.

—Sí, lo he notado. Curiosamente las abrí el otro día.

Lo miré incrédula.

—¿Por qué?

—Porque no considero oportuno seguir usando mi casa como sala de reunión ahora que tengo

pareja y hay niños en la casa.

Parpadeé aún sin comprender.

—No te sigo. ¿No traías aquí a tus amantes o lo que fuera para montarte orgías?

Jeyson me miró sorprendido y luego se echó a reír

—¿Orgías? ¿En serio?

Me encogí de hombros.

—¿No es eso lo que haces aquí en esas habitaciones? ¿fetiches raros, sado de ese...?

—Sí, bueno —se llevó una mano a la cabeza—. He viajado mucho y he conocido a muchos tipos de personas... en uno de esos viajes conocí a un grupo de personas que tenían algo parecido a una sociedad. Me introduje en su... libertinaje... era muy hïjo ven —se excusó al ver como le miraba y desvié la cabeza, carraspeando—. Así que me introduje en ese mundo y al igual que ellos ponían sus residencias para los encuentros sexuales, yo dispuse mi casa para que cuando los miembros estuvieran en la ciudad pudieran disfrutar de esas actividades sin preocupaciones.

Parpadeé sin saber que decir a eso. Vale que hubiera oído que los ricos podrían ser especiales y de gustos extravagantes pero aquello me dejaba de piedra.

—¿Y qué se hace en esos encuentros?

—Sexo normal seguro que no. La idea es probar experiencias no tan típicas que no encuentras en una situación normal.

—Sí, por supuesto —murmuré—. Me quedó claro —Desvié la mirada—. ¿Y tú?

—¿Yo?

Sabía lo que quería decir con la pregunta pero se hacía el difícil. Bufé.

—¿Cuánto has experimentado?

—Bastante —reconoció—. Pero hace tiempo que no he participado en los encuentros. Digamos que el sexo llegó a resultarme... aburrido.

Levanté la mirada bruscamente.

—¿Aburrido?

Si tenía una forma de describir a ese hombre sería insaciable. Excepto raras ocasiones en las que había sido yo quien me había negado a tener sexo, Jeyson siempre estaba dispuesto y no era de los que se conformaban con una vez a menos que le recordara que al día siguiente trabajaba. El sexo con él era... perfecto. Terminaba saciada, satisfecha y amada. Jeyson sabía como complacer a una mujer y exceptuando ciertas peticiones como taparme los ojos o atarme, no pedía nada, un tema de que me había preocupado al principio de empezar nuestra relación oficialmente.

—Sí, hasta que te conocí —admitió haciendo que me sintiera abochornada.

—No creo que te diviertas mucho conmigo —solté tratando de no demostrar lo que me había emocionado esa confesión—. El sexo conmigo seguro de que está lejos del que tenías con esas personas de las reuniones.

La sonrisa de Jeyson fue cautivadora y contuvo la respiración, dejando que se acercara y me abrazara, besándome despacio en los labios.

—Contigo no es seco es hacer el amor y es perfecto tal y como es. No pediría nada más.

—Ya —musité con una sonrisa, alzando la cabeza para volver a besarlo—. Lo que está claro que no sólo sabes como complacer a una mujer en la cama, ¿eh?

Jeyson rió suavemente y besó mi mejilla.

—Mañana no trabajas.

No era una pregunta.

—No —Aún así lo confirmé, estremeciéndome al pensar en el placer que me esperaba esa

noche, permitiendo que los labios de Jeyson recorrieran la piel de mi cuello.

—Tía Dave, Jeyson, ¿os importaría bajar y dejar eso para la noche?

Eric empezó a golpear la puerta y Jeyson levantó la cabeza, devolviéndome la sonrisa que ya asomaba por mis labios.

¿Estás seguro que quieres todo el pack con el que vengo? —pregunté riendo.

—¿Estáis ahí dentro?

—Ahora salimos —grité sin mirar a Jeyson que no había dejado de sonreír, divertido.

—¿Y perderme una familia ya con dos niños creciditos?

—¡Estoy hambriento!

—La comida está puesta —informó Jeyson sin levantar mucho la voz.

—Oh, vamos, ¿es en serio? —volvió a golpear la puerta—. ¿Es que sois dos adolescentes en celo? ¡Dejad eso para luego o le digo a Margaret que venga a buscaros!

—No, no —salí corriendo hacia la puerta y la abrí, encontrando a Eric con una sonrisa socarrona, buscando a Jeyson a mi espalda.

—¿Dónde quedan ahora los consejos de no precipitarme y tomar las cosas con calma? —soltó socarrón, lanzando una significativa mirada a Jeyson, quien no dudó en adelantarse y revolverle el pelo.

—Ve abajo y espera allí.

Eric intentó quitarse de encima a Jeyson sin dejar de reír y se apresuró a alejarse en cuanto Jeyson lo soltó.

—Es broma, ¿no?

Me giré hacia Jeyson con las manos en las caderas.

—¿A qué te refieres?

Bufé asombrada aunque más que eso estaba divertida por el asunto.

—¿Has hablado de sexo con Eric?

Jeyson se echó a reír.

—Alguien tiene que guiarle... —se hizo el inocente.

Puse los ojos en blanco y me acerqué a él, usando las dos manos para arreglarle la chaqueta del chándal.

—¿Y exactamente qué consejos le das a un niño si has sido un depravado sexual?

Jeyson me agarró de las muñecas, levantándolas y se las llevó a los labios para besarme los dedos sin dejar de mirarme o borrar la sonrisa.

—Tú lo has dicho, mi señora, he sido, en pasado.

Volví a poner los ojos en blanco.

—No, ahora en serio —dije poniéndome muy seria. Lo que menos quería era que todo el esfuerzo que habían puesto mi hermana y su marido en educar a sus hijos se fuera por la borda con malos consejos.

—Ahora en serio —aseguró él—. Tu sobrino ya no es un niño.

—Eso ya lo he notado.

—Deja de preocuparte. No le daré malos consejos ni le induciré a algo que pueda desviarlo del mal camino.

Puse los ojos irritada.

—Oye, no soy una santa, ¿sabes?

—Hmm.

Abrí mucho los ojos con falsa indignación y di un paso hacia él pero de nuevo la voz de Eric desde abajo me frenó.

—Chicos, por lo que más queráis, dejad eso para luego que ya ha llegado hasta Emma.

Miré a Jeyson que me observaba con una sonrisa.

—Ha llegado Emma —repitió haciendo que volviera a poner los ojos en blanco.

—Oh, vamos de una vez.

Capítulo 25

—Sí, pasaré por casa primero.

Caminé de prisa, mirando a un lado y otro de la calle antes de decidirme a cruzar y me di prisa en acomodarme en la cabina del coche, apoyando el móvil con el hombro mientras lo retenía en la oreja, buscando las llaves en el bolso.

—¿Por qué no lo dejas para mañana? —sugirió Jeyson tranquilo desde el otro lado de la línea —. Llevas todo el día fuera de casa y ya te echo de menos.

Puse los ojos en blanco y estuve a punto de dejar caer el móvil cuando di con las llaves y lo agarré con la mano sin prestar atención en poner en marcha el motor.

—No puedo. Margaret lleva días dejándome sorda con el traje de la audición. Es el domingo y está histérica.

—Pero mañana es viernes. Podemos ir juntos, cogerlo...

—No —reí—, mejor lo llevo hoy. Así Margaret no nos dará la cena protestando con lo poco importante que es para esta familia.

Jeyson se echó a reír con ganas. La primera vez que había visto uno de los berrinches de la niña se había quedado sorprendido pero había demostrado ser tan hábil engatusando como con cualquier otra cosa y había conseguido calmarla en un instante, no sólo ganándose un poco más el corazón de la niña, sino que Eric lo había admirado un poco más, algo que me preocupaba a medias.

—De acuerdo, haz lo que quieras pero date prisa en volver a casa.

—Sí, no tardaré —prometí—, ¿está Eric ya en casa?

—Sí, vino hace un rato y se puso a hacer los deberes.

—Hm —acepté—. ¿Y Maggy?

—Horneando algo con el cocinero.

—Oh, así que hoy tendremos postre de Maggy.

—Eso me temo.

Los dos nos reímos.

Margaret era una bailarina esplendida pero sus dotes culinarios daban mucho que desear. El pobre cocinero solía intentar persuadirla de intentarlo pero ella insistía en preparar postres que debían gustarle solo a ella mientras los demás fingíamos que estaban deliciosos unicamente para no hacerla llorar.

—Voy a conducir —dije echando marcha atrás aún con el móvil en las manos—. Y no tengo el manos libres. Hablamos luego, ¿vale?

—De acuerdo, hasta ahora.

Aparté el móvil de la oreja y lo tiré despreocupadamente sobre el asiento de al lado.

No tardé mucho en llegar a mi casa. Hacía meses que habían arreglado el cristal de la ventana y según la policía no habían visto nada extraño por los alrededores mientras patrullaban por lo que habían archivado el tema, olvidándose de lo sucedido.

No le había dado más vueltas. Tal vez vivir en casa de Jeyson había ayudado a que olvidara el asunto.

Mi vida ahora era... perfecta. Echaba de menos a mis padres, también a mi hermana pero era algo que desde el primer momento había sabido que tendría que aprender a vivir con ello.

Ahora sabía que podría vivir con ello aunque siempre habría una espina clavada en mi corazón.

—El traje y a casa —murmuré aparcando el coche frente a la casa y miré unos segundos antes de bajar de la cabina la silenciosa y oscura casa que tenía en frente.

No era la primera vez que había vuelto a por el resto de la ropa. Cuando finalmente vivir allí se había convertido en una rutina y decidí que tal vez era lo mejor, incluso para los niños que se habían acostumbrado rápidamente a Jeyson y aquella casa, había regresado a la casa con Jeyson a por la mayoría de las cosas pero había sido un día en los que libraba, de día y no sola.

Ahora me daba un poco de miedo.

—Vamos, no seas estúpida —murmuré abriendo la puerta.

Estaba claro que si el ladrón no había rondado por allí en todos esos meses no tenía sentido que apareciera ese día precisamente que yo había elegido para ir a recoger el traje de Margaret.

Abrí rápidamente la puerta y me aseguré de cerrarla a mi espalda antes de encender las luces, una a una a medida que pasaba de una habitación a otra y miré a mi alrededor, decidiendo que ya que estaba allí, podría recoger algunas cosas más que los niños querrían de vuelta.

Busqué una bolsa, encontrando una en el mueble de la entrada y subí a las habitaciones, cogiendo algunas fotos, algo más de ropa, algunos de los muñecos de Margaret y, por supuesto su

traje para su baile del domingo. Cuando bajé las escaleras, me detuve un segundo en el salón, entrando tras dudar y saqué de la estantería, varios álbumes que mis padres nos habían enseñado cientos de veces y me senté un momento en el sofá, pasando las páginas con un nudo en la garganta, recordando cada escena de aquellas fotografías, una época en la que habíamos sido muy felices todos.

Respiré hondo, obligándome a no llorar.

—Ahora también soy feliz—me recordé, intentando sonreír.

Pasé de página y estuve a punto de dar un bote en el sofá cuando escuché el sonido del timbre, sobresaltándome.

No me moví. Me quedé muy quieta, asustada hasta que lo volví a oír y decidí levantarme, cerrando el álbum y dejándolo a un lado en el sofá, junto a otros que había amontonado allí.

Despacio me acerqué a la puerta y corrí con los dedos la cortina al lado de la puerta para averiguar quien podría aparecer en una casa que llevaba tanto tiempo vacía y que tampoco antes de mudarnos no había recibido muchas visitas precisamente.

Era Matt.

Me quedé helada.

Ya me había dicho la policía que tras investigar a Matt, éste había demostrado encontrarse con una amiga en su casa, algo que ni me había sorprendido ni me había importado. También era un tema que había dejado de lado y como los mensajes habían finalizado tampoco le dí mucha importancia al asunto pero, ¿qué hacía en casa en ese momento?

Sopesé las posibilidades de fingir que no lo había oído o que la casa estaba vacía, algo bastante increíble si tenía en cuenta la cantidad de luces que iluminaban el interior pero aún así...

Un nuevo timbrado hizo que respirara hondo, recordándome que no tenía por qué ser paranoica.

—¡Ey, Dave! ¡Abre la puerta de una vez! ¿Qué demonios te pasa ahora?

Puse los ojos en blanco. Siempre había sido igual de demandante pero en aquel entonces me había hecho gracia.

Tras pensar unos instantes y decidir que no tenía motivos para comportarme desconfiada, quité el cerrojo y abrí la puerta, interponiéndome entre la puerta y el interior de la casa.

—¿Qué? —saludé sin una sonrisa, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Joder, que antipática —rió.

Enarqué una ceja.

—¿Has bebido?

—Hm, sí —Matt sacudió la cabeza, apoyándose en el marco de la puerta, acercándose demasiado a mí y di un paso atrás para mantener las distancias—, estaba en una fiesta. Allí —dijo señalando ambigüamente con un dedo hacia la derecha.

Ni siquiera miré hacia la dirección que me indicaba. Empezaba a arrepentirme de no haber fingido que no había nadie en casa.

—¿Qué es lo que quieres, Matt? Tengo prisa.

Él asintió con la cabeza, como si le hubiera hecho alguna pregunta en la que pudiera responder afirmativamente.

—He venido varias veces —empecé con la lengua pastosa por culpa del alcohol, dando un paso más hacia mí.

Yo retrocedí de nuevo, prácticamente entrando en la casa.

—Matt, como sea —dije empezando a preocuparme—, tengo prisa así que, ¿por qué no hablamos en otro momento? Podemos quedar un día y tomamos algo —sugerí, intentando ser amable aunque dudaba que ese encuentro se fuera a producir.

—¿Ah, sí? —rió él de manera brusca, haciendo que pusiera mala cara, fastidiada—. ¿Entonces vamos a quedar?

Bueno, sólo tenía que dejar que se fuera conforme y podría irme a casa.

—Claro, Matt. Te llamaré un día de estos y hablamos tranquilamente, ¿te parece?

Matt asintió con la cabeza y vi como se echaba hacia atrás, girándose y dejándome respirar aliviada.

—Y dime —dijo deteniéndose aunque no se dio prisa en girarse—, ¿tu nuevo novio te dejará quedar conmigo?

Giró a medias la cabeza para poder mirarme y yo borré la sonrisa diplomática de golpe.

—Es suficiente, Matt. Vete a casa a dormir la mona.

—No, no —insistió girándose—, tengo interés en saber como de puta eres con él en la cama.

Abrí mucho los ojos, impresionada, sobre todo indignada y agarré la puerta para cerrarla de un portazo en su cara pero no tuve ocasión. Matt la agarró con una mano, interponiendo un pie.

—¡Eh! —protestó Matt entrecerrando un poco más los ojos de lo que ya el alcohol le obligaba a mantenerlos entornados—. Deja de ser tan zorra.

Empujó la puerta con todas sus fuerzas, echándome violentamente hacia atrás y se apresuró a entrar en la casa, cerrando la puerta a su espalda y me sonrió desagradablemente, mirándome de arriba abajo.

—Sal de mi casa —le advertí, dando un paso hacia atrás, pensando rápidamente donde había dejado el bolso. ¿En la cocina? ¿En el salón? Necesitaba el móvil para llamar a la policía—. Si no te vas ahora mismo llamaré a la policía.

—Sí, sí, enseguida —aseguró desinteresadamente, empezando a desabrocharse el pantalón—, pero primero vas a continuar lo que dejamos aquel día que el imbécil de tu sobrinito nos interrumpió.

Palidecí.

—¿De qué estás hablando?

—Oh, vamos, lo sabes muy bien —dijo dando un paso más hacia mí sin que yo apartara la mirada de él, horrorizada—. Fui yo quien entré aquella noche a tu casa. Venía a divertirnos un rato pero tuvieron que interrumpirnos pero hoy no hay nadie más en la casa, ¿verdad? Y no habrás llamado a la policía porque he llamado como un buen chico a la puerta —Amplió su desagradable sonrisa, deslizando una mano dentro de su pantalón—. Y ahora venga, demuéstreme qué le haces a ese rico con el que vives para que quiera salir contigo.

Capítulo 26

Intenté mostrarme lo más serena posible. Sabía que si me ponía a chillar o corría sólo conseguiría darle la espalda y él aprovecharía para golpearme y hacer lo que quisiera. Necesitaba razonar, algo que el miedo no me dejaba. Sabía que no había mucho en casa para defenderse y Matt era sin duda mucho más fuerte que yo.

—Estás borracho... —murmuré con un ligero temblor en la voz—, Será mejor que te calmes y no hagas nada de lo que luego te vas a arrepentir.

—¿Arrepentir? —soltó una carcajada—. Nos seas ridícula. No estoy tan borracho y llevo queriendo hacer esto desde que te vi con aquel tío... joder, que porte, así que la traviesa Dave también sabía seducir a un hombre así, ¿eh? —se movió por la entrada, mirando alrededor como si buscara algo. Me mantuve firme, sopesando las posibilidades que tendría de llegar a la puerta del patio y salir allí—. ¿Me tomas por idiota?

—Quiero que salgas de mi casa, Matt, y quiero que lo hagas ahora —dije sin conseguir darle a mi voz la entonación que quería.

—¿Y crees que voy a hacer lo que tú quieras?

—Te aconsejaría que lo hicieras.

Miré con disimulo hacia la cocina.

—Uy —silbó bravucón—, ¿y eso por qué?

Si conseguía llegar hasta la cocina podía coger alguno de los cuchillos...

—Jeyson vendrá ahora. Hemos quedado aquí, ¿de verdad creías que las cosas iban a resultar como querías siempre?

Vi la rabia en sus ojos y me moví con disimulo hacia la puerta de la cocina, comprobando que mi bolso estaba encima de la mesa. Me mordí el labio con ansiedad.

—Bueno, eso es estupendo, así podrá mirar como me follo a su novia.

—Muérete de una maldita vez, hijo de puta.

Me abalancé sobre la puerta de la cocina, agradeciendo que Matt estuviera cargado de alcohol y sus movimientos fueran más lentos y conseguí llegar hasta el cajón con los cuchillos, agarrando el más largo y me giré justo cuando Matt conseguía alcanzarme, empujándome y perdiendo el equilibrio caí al suelo, golpeándome el brazo contra la encimera y solté un grito de dolor pero no fue lo suficiente para atontarme, consiguiendo darle una patada antes de que llegara a sentarse sobre mí, golpeándole entre las piernas con todas mis fuerzas, varias veces antes de que se echara para atrás con quejidos de dolor y yo consiguiera volver a levantarme, agarrando el bolso y rodeando la mesa eché a correr hacia la puerta de la calle, abriéndola y estuve a punto de apuñalar a Jeyson que me miró sorprendido, con una dedo sobre el timbre sin llegar a pulsar.

—¿Dave?

—Jeyson...

—¡Hija de puta!

Di un respingo y aparté a Jeyson, agarrándole del brazo que entrecerró los ojos de inmediato y miró hacia donde se escuchaba la voz.

—¿Qué demonios ocurre? —dijo muy en guardia dando un paso hacia la casa.

No le dejé, volví a agarrarlo del brazo y tiré de él.

—No, vámonos —pedí.

Imaginaba que una vez Matt consiguiera ponerse de pie estaría demasiado furioso y el alcohol tampoco le dejaría ser demasiado racional, posiblemente abalanzándose contra Jeyson y ahora que lo veía sí que me sentía más aliviada pero me daba miedo que pudiera resultar herido.

—Es el ladrón, ¿no? —razonó, apartando mi mano con suavidad, mirando con otros ojos el cuchillo que tenía en la mano y vi como su mirada se endurecía—. ¿Te ha hecho algo?

—¿Qué? No. Es Matt —expliqué precipitadamente volviendo a agarrarle.

Jeyson me apartó de nuevo, agarrando el móvil y lo escuché hablar con emergencias, llamando a la policía.

—Quédate aquí —me pidió.

Negué con la cabeza.

—Por favor —pedí—. No entres, seguro que ha cogido algún cuchillo...

Como respuesta, Matt apareció como una fiera en el vestíbulo, tropezando con el paragüero. Tenía todo el pelo revuelto y con el pantalón abierto y la camiseta medio enroscada al cuerpo le daba un aspecto salvaje.

—Oh... —dijo al ver a Jeyson con un rictus muy desagradable—, pero si tenemos al príncipe azul de la fulana, ¿qué gilipollas, te gusta follarte a mi mujer?

Vi como Jeyson suspiraba, posiblemente considerando la situación pero no me pareció verlo preocupado en ningún momento. Sólo giró un instante la cabeza hacia mí.

—¿Estás segura de que no te ha hecho nada?

Asentí despacio con la cabeza.

—Jeyson...

—Sólo sera un momento.

—¡Estoy hablando yo! Hoy he venido a follarme a la tía esa y no me iré de aquí sin hacerlo, así que, ¿por qué no te animas y miras la escena?

—¿De verdad salías con él?

Hice una mueca de disgusto.

—Hubiera jurado que no era así...—musité avergonzada.

Jeyson asintió despacio, mirando tambalearse a Matt y luego volvió a suspirar.

—No merece la pena ni que gaste energía.

—¿Eh?

Vi con temor como Jeyson salvaba los pocos pasos que les separaban y desviando los golpes de Matt, intentando apuñalarlo con un pequeño cuchillo de punta, Jeyson le dio un puñetazo en medio de la cara y hasta hubiera jurado que escuché como algo crujía en ese momento antes de que Matt se echara hacia atrás y empezara a gritar, soltando el cuchillo y llevándose las dos manos a la cara.

—Y ahora quédate quieto y espera a la policía.

Corrí hacia Jeyson, agarrándome a su brazo y miré a Matt lloriqueando en el suelo, agradeciendo cuando vi a los dos coches patrullas deteniéndose justo a nuestro lado, haciéndose cargo de la situación en el preciso momento que bajaron de los vehículos.

Reconocí a la mujer que salió de uno de ellos.

—¿Estáis bien? —fue la única que se acercó mientras sus compañeros acudían a detener a

Matt.

—Sí... —dije despacio mirando como Matt se resistía, aún insultándome y gritando.

—Estás cosas ocurren en muchas ocasiones —explicó la mujer cuando le conté un poco lo ocurrido—. Cuando una pareja termina, el chico sigue creyendo que la chica es de su propiedad y cuando tienen una nueva pareja terminan volviéndose violentos —me dio una palmada en el hombro, mirando a Jeyson mientras asentía con la cabeza—. Has tenido suerte.

Se apartó de nosotros y se acercó un momento a sus compañeros que habían tenido que inmovilizar a Matt y difícilmente habían conseguido meterlo en la parte trasera del coche.

—Tenéis que venir a prestar declaración —dijo otro de los policías.

—Iremos detrás —aseguró Jeyson.

El hombre asintió con la cabeza y se alejó.

Yo miré a mi alrededor, sin darme cuenta hasta ahora de las personas que habían salido de sus casas a mirar la escena.

Conocía a muchos vecinos, amigos de papá o mujeres con las que mi madre se había relacionado y charlado durante horas a las puertas de una u otra casa pero que tras su muerte y una rápida y fría palabra de consuelo, no se habían acercado por casa con un mínimo de interés para saber qué tal estaba o si necesitaba apoyo.

No los culpaba.

Yo no había sido la mejor hija y mucho menos la mejor vecina. Hasta ahora había pasado de todo y todos y no tenían por qué simpatizar conmigo. Incluso estaba segura que muchos de ellos habían pensado que Eric y Margaret habían tenido muy mala suerte al ser yo su único familiar vivo.

Tampoco podía refutar mucho eso pero aún así quería a esos niños y quería lo mejor para ellos.

Aparté la mirada y me fijé como los coches patrullas se alejaban calle arriba.

—¿Estás bien? —se interesó Jeyson dándose la vuelta para poder abrazarme.

No puse resistencia. Dejé que sus brazos me rodearan y apoyé la cabeza en sí hombro, relajándome.

—Ahora estoy bien —aseguré tomando aire, aún sintiendo los fuertes latidos de su corazón.

—¿Has pensado en vender la casa?

Me aparté de Jeyson bruscamente y lo miré horrorizada.

—¿Qué dices?

Él sonrió.

—Supongo que eso es un no.

Además, pensé aunque no llegué a expresarlo en voz alta, nada garantizaba que una relación durara eternamente por mucho que lo deseara.

Ya sólo aquella no era la casa de mis padres, el lugar donde crecí, donde había una parte de mi hermana y estaba cargada de recuerdos, sino que era algo que me garantizaba un lugar donde volver si las cosas iban mal.

—La mantendré —dije muy seria, pasando un brazo alrededor del suyo y le insté a movernos, buscando con la mirada su coche. Ya volvería a por el al día siguiente cuando fuera de día y hubiera alguien por la calle, alguien que no sólo hubiera salido a curiosear cuando parecía que había algo interesante para ver—. Tal vez la alquile —sugerí, tal vez hablando para mí misma—. Ya lo decidiré.

—Claro, tómate el tiempo que necesites.

Asentí con ka cabeza, deteniéndome para mirar en la dirección contraria en busca de su coche.

—¿Dónde has aparcado?

—Ah, un poco más abajo.

—Cualquier cosa con tal de hacerme andar —protesté.

—Eso ya es demasiada pereza —rió él.

—Oh, cállate.

—Tal vez deberías venir a los entrenamientos de Eric.

Le lancé una mirada de espanto que lo decía todo.

—¿Te has vuelto loco?

—Al menos a correr conmigo por las mañanas.

Bufé.

—¿Me dejas agotada por las noches y encima quieres que me levante antes de ir a trabajar para salir a correr al alba?

Jeyson se echó a reír y tiró de mi brazo, acercándonos al coche.

—Al menos defensa personal —sugirió mientras me abría la puerta y esperaba a que me sentara.

—¿Defensa personal?

Lo miré incrédula mientras ajustaba mi cinturón de seguridad y él se acomodaba frente al volante.

—Estoy empezando a plantearme seriamente que la necesitas.

Puse los ojos en blanco.

—Espero no tener muchos expsicópatas —murmuré demasiado alto como para que él no llegara a oírlo.

—Espero que no sean muchos ex —rió quedamente.

—Oh, tranquilo —solté con fingida aspereza—, seguro que son menos que ex tuyas.

Esta vez rió con más ganas.

—No tantas —aseguró.

Puse los ojos en blanco una vez más y bufé. Vale, no, posiblemente para Jeyson no habían sido parejas no novias, sino mujeres con las que experimentar nuevas emociones juntos. Preferí no pensar en ello. El pasado estaba fuera de ese momento y no merecía la pena amargarse por algo que ya no existía.

—Además —dije encogiendo de hombros como si no le diera mucha importancia al tema—. Si me vuelvo más delgada no tendrás donde agarrar.

Esta vez las carcajadas de Jeyson resonaron mientras arrancaba y seguía el camino de los coches patrulla hasta comisaría.

Capítulo 27

—Están ganando —dijo una vez más Jeyson a Margaret cuando la niña frunció el ceño y se incorporó un poco más en las gradas para poder ver mejor.

—Pero Eric no ha encestado ninguna vez —protestó ella, alzando un poco más el cuello.

—No hagas eso —solté agarrándola del abrigo para tirar de ella hacia abajo y obligarla a sentarse.

—No va a caerse —intervino Jeyson, tirando también del abrigo.

—No entiendo por qué tiene que jugar un partido en vísperas de navidad —protestó la niña cruzando los brazos alrededor del pecho.

—No seas así, Maggy —dije, apretándola contra mi costado—. Eric estuvo muy animado cuando fue a verte en tu audición.

—Eso no tiene nada que ver —se quejó, pero manteniendo la nariz en alto para no perderse ninguno de los movimientos de su hermano.

Me volví hacia Jeyson con ojo crítico.

—¿Cómo crees que lo llevan? —intenté susurrar entre los gritos de nuestro alrededor.

Jeyson inclinó la cabeza hacia mí.

—¿A qué te refieres?

—Las navidades sin sus padres.

Miré a Margaret de reojo que seguía pendiente del partido y Jeyson también la miró.

—Bien no, seguro —murmuró desviando de nuevo la mirada hacia mí—, pero son fuertes y no están en su casa, algo que ayudará a que los recuerdos sean un poco dolorosos.

—Y tampoco tu casa está tan vacía como para que puedan sentirse solos y deprimidos —dije abriendo mucho los ojos antes de sonreír.

—Alguna ventaja tenía que tener mi casa, ¿no?

Me eché a reír, justo en el momento que Eric encestaba y los tres nos levantamos, gritando como locos.

—No recordaba que los partidos fueran tan divertidos —murmuré, mirando a Jeyson que seguía pendiente del partido.

—Si no te gusta un deporte, para que puedas pasártelo bien depende de a quien vayas a ver jugar y a la compañía que lleves contigo.

Ladeó la cabeza y me sonrió, guiñándome un ojo.

Sonreí también e incliné la cabeza para besarlo, apartándome en cuanto noté la mano de Margaret tirando de mi cazadora.

—Tía Dave, estamos en publico.

—Maggy, cada día te pareces más a mi madre —la recordé con una sonrisa.

Ella me miró espantada y luego me sacó la lengua, cruzando de nuevo los brazos sobre el pecho.

—Que sepas que no es algo que deberías decirle a una niña —me avisó.

Bufé.

—Vale, lo siento, ¿quieres que te de un beso también a ti?

—¡No! —se apartó rápidamente en cuanto me moví de mi asiento para acercarme a ella, agarrándola por las piernas hasta que conseguí acercarme lo suficiente para darle un sonoro beso en la mejilla que ella no dudó en limpiarse exageradamente con la mano.

—Tía Dave, puede haber alguien que me conozca —se quejó mirando a su alrededor para comprobar que no había nadie de su clase.

Puse los ojos en blanco y me giré hacia Jeyson que sonreía divertido.

—Tiene una reputación que mantener —la defendió.

—¡Oye!

Le di un inocente golpe en el brazo y después de reír un poco terminamos de ver el partido, gritando y animando hasta que finalmente el reñido marcador terminó con la victoria del equipo de

Eric.

Jeyson fue el primero en bajar hacia la cancha, dejando que Eric se abalanzara hacia él dándole un fuerte abrazo. Me rezagué junto a Margaret que se abrió camino entre los grupos de gentes para poder saludar y felicitar a su hermano.

Yo miré la escena. A Jeyson hablando con el entrenador y el resto de miembros del equipo a quienes él también había ayudado a entrenar, a Margaret siendo provocada por un Eric que sonreía radiante, animado por sus amigos...

—Ha sido difícil, Sally —murmuré, pensando en mi hermana—, pero al final creo que podremos seguir adelante.

Y lo haría de nuevo como mejor pudiera.

Seguiría sin ser perfecta y me equivocaría muchas veces más pero creía, necesitaba creer que juntos podríamos enfrentarnos a todo y superarlo.

Ahora que tenía tiempo de sentarme y llorar mi pérdida, ya no tenía esa necesidad de hacerlo.

Los guardaba dentro de mi corazón.

Sonreí y bajé para unirme a ellos, dejando que los dos niños me abrazaran con fuerza antes de que Jeyson se acercara y me diera un rápido beso en los labios.

—Hora de volver a casa —dijo.

A nuestra casa.

FIN